
CIRCULO DEL CRIMEN
EL PERSONAJE IMAGINARIO
DORIS MILES DISNEY
EDICIONES FORUM
Nº35

Annotation

Sophie Tate era una solterona de mediana edad pero llena de vida y sentido del humor. Tanto, que ella y sus amigas del club de bridge decidieron crear un personaje inventado y rellenar con sus datos el formulario para solicitar citas con muchachos mediante un ordenador.

Lo que no pudieron suponer es que al hacerlo pusieron en marcha un torrente de pasión y odio que desembocaría en el asesinato…



El personaje imaginario

Doris Miles Disney

EL PERSONAJE IMAGINARIO

Círculo del Crimen Nº 35

1

—¿Os parece prematrimoniales pueden estar justificadas?

—¡Cielo santo! —exclamó una de las miembros del club.

—Bueno, lo dice justo aquí —afirmó Sophie Tate Curtís—. Se puede escoger entre tres soluciones: sí, no, según las circunstancias.

—Supongo que tendremos que poner según las circunstancias.

Sophie Tate tachó la tercera casilla y pasó a la siguiente pregunta.

—¿Es importante que su pareja comparta sus actitudes sexuales? —hizo una pausa—. Las posibilidades son: carece de importancia, moderadamente importante o muy importante. ¿Le pongo moderadamente?

—Sí —dijo otra de las presentes—. Ahora, Sophie T., haz el favor de volver atrás desde el principio. No resulta respetable que una dama soltera de tu edad sólo se fije en las preguntas sobre el sexo.

—¿Por qué no? —Sophie Tate, que nunca había renunciado al papel de payaso que desempeñara en la escuela de Morton-Hindley cuarenta años atrás, adoptó una expresión lasciva—. Dicen que nunca se es demasiado viejo para aprender.

La risa recorrió la mesa de bridge. Habían pasado el límite de la sobriedad hacía una o dos copas.

—Aún así —dijo alguien—, si queremos rellenarlo esta noche, será mejor que volvamos atrás y empecemos por el principio. Lo único que hemos logrado hasta ahora ha sido llamar a la chica igual que tu tía Becky Meade.

—Lo que tú digas —Sophie Tate volvió a la primera página del cuestionario y la recorrió con la vista—. Piden los datos personales. Jane —le dijo a la anfitriona—, necesitamos otra copa para darnos fuerzas.

—¿Qué tipo de datos? —preguntó una de las amigas mientras la anfitriona recogía los vasos vacíos.

—Oh, cosas como dirección permanente, dirección temporal, si la hay, código de área, número de teléfono...

—Me parece que tendrás que dar tu dirección como la temporal, Sophie T. —dijo alguien—. Las demás no podemos hacerlo a causa de nuestros maridos. Nadie quiere ponerse a dar explicaciones si jóvenes desconocidos empiezan a llamar a la puerta, a escribir o lo que sea.

—¿Llamar a la puerta? —Evelyn Tryon, la hermana viuda de Sophie Tate, se mostró consternada. Había aprendido a aceptar, aunque no siempre compartiera, los caprichos de Sophie Tate desde que había llegado de Richmond el otoño anterior para vivir con ella en la vieja casa familiar en Alexandria, pero aquello era demasiado.

—¡Oh, no! —exclamó—. Sophie T. y yo no podríamos soportarlo,

hombres jóvenes al teléfono preguntando por Rebecca Meade en los momentos más inoportunos…

—Pon que no tiene teléfono —dijo una de ellas.

—Todo el mundo tiene teléfono hoy día —objetó Sophie Tate.

—No necesariamente. Especialmente si se trata de una dirección provisional.

—De todos modos resultará mejor si tienen que escribir cartas —dijo la anfitriona—. Así podrás traerlas a las reuniones del club y todas tendremos oportunidad de leerlas.

Sophie Tate comprendió las posibilidades de diversión que tenía aquello.

—Bueno, de acuerdo —dijo, y escribió «no» en la casilla del número de teléfono. Bajo dirección provisional escribió la suya, 1415 calle South Rutherford, Alexandria, Va., Código de área 703, Distrito de Correos 22314.

—¿Qué pasa con la dirección permanente? —su pluma se detuvo sobre la siguiente casilla.

—Omaha, Nebraska, como mi hija Evelyn —dijo la señora Tryon refiriéndose a una hija casada.

Se inventaron una dirección en una calle de Omaha y un número de teléfono parecido al de Evelyn hija, y añadieron los números de los códigos de área adecuados.

Sophie Tate tachó «caucásica» en la casilla de raza y pasó a la siguiente serie de datos.

—¿Qué edad? —preguntó.

—Veintitrés me parece adecuado —dijo alguien—. Y si queda sitio digamos que tiene los ojos y el pelo negros.

—Nada de eso —exclamó Sophie Tate—. No os dejaré opinar en esto. Puesto que estamos utilizando mi casa como dirección provisional yo seré quien decida.

—Bien, ¿cómo quieres que sea? —preguntó una de ellas.

—Rubia —replicó Sophie Tate—. Si Rebecca Meade sólo tiene una vida inventada que vivir, lo hará como rubia. Lo que yo siempre he querido ser —tiró desdeñosamente de un mechón de su llameante pelo rojizo, ahora teñido, aunque del mismo tono que las demás le recordaban en su juventud.

—Los ojos azules —continuó y tachó ese color.

—Altura un metro setenta —añadió su hermana, seleccionando la de su hija Evelyn.

—¿Constitución física? —Sophie Tate bajó la pluma—. Las posibilidades son delgada, media, robusta.

—Media —dijo alguien—. Eso puede significar cualquier cosa.

Prosiguieron sin discusión hasta la cuestión de la religión: Rebecca Meade sería protestante, pero no consideraba importante que

su pareja fuera de la misma fe religiosa.

También le otorgaron buena salud, una educación superior y luego se detuvieron ante el tema de otros estudios.

—Una licenciatura. Ya puestas, la haremos verdaderamente inteligente —le dijo Evelyn Tryon.

Sophie Tate hizo una señal en la casilla de licenciatura en arte.

—Ahora viene lo del atractivo físico. ¿Ponemos que es muy atractiva?

—No, eso no —exclamó otra de las presentes—. Parece demasiada presunción. ¿Qué otras posibilidades hay?

—Superior a la media, mediano e inferior a la media.

—Superior —dijo alguien—. Pero, ¿no se puede matizar un poco, Sophie T. y decir que ligeramente superior o algo así? Suena más modesto.

Hubo algunos gestos de asentimiento ante aquella sugerencia.

—Los ordenadores no entienden las explicaciones —señaló alguien—. No pueden perforarlas o lo que sea que hagan.

Sophie Tate marcó atractivo físico superior a la media.

—¿De qué edades deben ser los acompañantes?

De veintitrés a treinta consiguió el acuerdo general.

Luego venían las aficiones de Rebecca Meade, Sophie Tate leyó las opciones en voz alta: baile, deportes, fiestas, conversar, televisión, lectura, cine, teatro, viajes, jardinería, arte, música popular, folklórica, ligera, clásica, jazz —la lista parecía interminable. La elección era cuestión de preferencias personales.

La división de opiniones les hizo acalorarse tanto que la anfitriona preparó otra ronda de bebidas para enfriar los ánimos.

Rebecca Meade estaba empezando a parecerles alguien real; estaban tomándole cariño.

—Me parece que tendremos que hacerla aficionada a casi todo —decidió por fin Evelyn Tryon—. Además, así resultará mejor. Cuantos más intereses tenga, más posibilidades de elección tendrá.

—Por mí, de acuerdo..., sólo que no me gusta que sea demasiado deportista —dijo una de las amigas.

—O demasiado intelectual —dijo otra.

Al final una vez aceptado un compromiso, resultó que a Rebecca Meade le gustaba el golf, nadar, leer, la música ligera, el jazz, viajar, el cine, el teatro, las fiestas y bailar.

—Muy completa —dijeron todas en tono de aprobación.

—¿Bebe o fuma? —preguntó Sophie Tate a continuación, encendiendo un cigarrillo y apurando el bourbon con hielo.

Estudió las opciones y contestó a su propia pregunta marcando «bebe ocasionalmente» y «menos de un paquete de cigarrillos al día».

—La moderación en todo parece ser la filosofía de Rebecca —dijo.

—¿Estáis seguras de que no va a parecer aburrida con tanta moderación y tanto término medio? —preguntó una de las amigas con tono de duda.

El resto mostró a coro su desacuerdo.

—Claro que no —dijeron—. Resulta perfectamente encantadora. Bien educada..., muy completa...

—Y muy atractiva, además —intervino Evelyn Tryon—. Una rubia alta, de ojos azules, de belleza superior a la media..., imaginad la de cartas que va a recibir de chicos que querrán salir con ella.

—Montones —afirmó Sophie Tate—. ¿Qué ingresos anuales le parecen adecuados? Las posibilidades van de cinco a cincuenta mil dólares al año. Sin embargo, no debemos hacerla demasiado avariciosa.

Caramba, cuando yo era niña, cinco o diez mil al año parecían...

—Eso era en la Edad Media —le interrumpió otra de ellas—. Los tiempos han cambiado, Sophie T.

Sophie Tate le hizo un gesto de burla.

—Pongamos entre quince y veinte mil —dijo otra—. Eso no es demasiado en estos tiempos. Justo lo suficiente para mostrar que Rebecca está acostumbrada a un cómodo nivel de vida.

Sophie Tate marcó la casilla correspondiente a esa cantidad y pasó a las ideas políticas.

—Puede ser liberal, de centro o conservadora o no tener ideas definidas.

—Bueno, por supuesto que las tiene —dijo una de ellas—. Es una chica culta, lee, le gusta viajar..., tiene que tener opiniones políticas por fuerza. Pero no vamos a hacerla ni liberal ni conservadora. ¿No es más probable que los intelectuales sean de centro?

—¡Dios santo! Ya estamos otra vez. Término medio, moderada, y ahora con ideas políticas de centro.

—¿Por qué no? —preguntó Sophie mientras hacía una señal en «centro»—. ¿Quién va a querer salir con una extremista política, ya sea de derechas o de izquierdas? —Pasó por alto las preguntas ya contestadas sobre el sexo y añadió—. Ya casi hemos terminado. Una última cuestión sobre cómo de cerca quiere Rebecca que vivan los chicos que salgan con ella. Puede elegir desde su misma zona hasta ochenta kilómetros de distancia.

—¿Ochenta kilómetros? —le dijo alguien—. Qué barbaridad.

—No sé qué decirte —intervino otra de las presentes—. Con la autopista y la 95 se puede llegar a cualquier lugar a ochenta kilómetros de Alexandria en menos de una hora.

—Aún así, será preferible que los muchachos vivan un poco más cerca —Sophie Tate marcó la casilla de hasta cuarenta kilómetros de distancia—. Por lo menos esto incluye Quantico y Belvoir.

—Ya está —exclamó contemplando el cuestionario con satisfacción—. Sólo falta meterlo en el sobre de Asociados Científicos y ya está listo para salir.

—La cuota —le recordaron.

Las amigas buscaron en sus bolsos. La señora Tryon tomó los cuatro dólares de las otras y entregó un billete de cinco dólares a su hermana.

—Dudo de que mucha gente envíe dinero en efectivo —observó mientras sacaba un librito de sellos.

—Bueno, pues Rebecca Meade sí. Nadie va a poner su nombre en un cheque para pagar la cuota.

Sophie Tate metió el dinero y el cuestionario en el sobre, lo cerró y le puso el sello.

—La suerte está echada —su rostro pecoso mostró una sonrisa tan traviesa como la de un niño mientras pasaba la mirada alrededor de la mesa para detenerse en Evelyn Tryon—. Piensa lo que opinaría nuestra estricta tía Becky Meade. Debe de estar removiéndose en su tumba en este mismo instante.

Todas se rieron y se levantaron para marcharse, mientras le decían a su anfitriona lo bien que lo habían pasado y qué locura tan divertida había sido lo de rellenar ese cuestionario para obtener citas con muchachos por ordenador.

—Nos vendrá muy bien —dijo Sophie Tate—. Estas cosas nos mantienen jóvenes y evitan que nos convirtamos en viejas anticuadas.

Salieron a la noche de mayo y absorbieron refrescantes bocanadas de aire fresco perfumado con los arbustos en flor de los jardines de alrededor.

—Hay un buzón dos manzanas más abajo —le recordó la anfitriona a Sophie Tate que sostenía el sobre en la mano—. ¿Por qué no lo echas camino de casa?

—Lo haré —replicó Sophie mientras descendía por las escaleras.

—Me pregunto cuánto fardará Rebecca en recibir la primera oferta para salir —dijo alguien.

—No intentes apresurar las cosas —reprendió Sophie Tate a quien había hablado—. La carta decía que un mes.

—Entonces no será en la próxima noche de bridge, dentro de dos semanas; puede que en la siguiente —dijo la anfitriona desde el umbral de su puerta.

—Puede —replicó Sophie, encogiéndose de hombros.

El grupo se separó afuera. Cada una de las otras dos amigas tenía su propio coche, las hermanas se fueron juntas.

Evelyn Tryon conducía. Como se notaba algo bebida avanzaba a un ritmo tan lento que hubiera llamado la atención de cualquier coche patrulla que pasara por allí.

No había ninguno a la vista. Apenas había tráfico alguno en las tranquilas calles sombreadas de árboles de Old Town, Alexandria.

Evelyn frenó junto al buzón. Sophie Tate bajó la ventanilla de su lado, se asomó por ella e introdujo la carta en las ranura.

Evelyn reemprendió el lento avance hacia la casa.

—No sé quien dijo esta noche que estábamos locas, pero desde luego, tenía razón —observó un momento después—. Acabo de verte echar eso al Correo, pero ni aún así puedo creérmelo.

—Fue divertido —dijo Sophie Tate—. Piensa en lo que nos vamos a reír cuando empiecen a llegar las respuestas.

La calle South Rutherford estaba delante de ellas. Evelyn dio una cuidadosa vuelta en medio de la calzada, se dirigió hacia el lado derecho y dijo:

—Sin embargo, no estás muy segura de qué tipo de jóvenes van a solicitar una cita.

—Serán tipos maravillosos, por supuesto —replicó Sophie Tate—. Rebecca no se conformaría con menos.

Las eses le salían pastosas. Evelyn pensó que su hermana estaba bastante más bebida que ella. Efectivamente, había sido una noche divertida.

—Una noche memorable —dijo Evelyn evitando a su vez la dificultad de las eses.

—¿Qué?

—Nada —repuso Evelyn mientras paraba el coche por completo antes de entrar por el camino de su casa.

2

A la mañana siguiente Sophie Tate se despertó con resaca a las primeras luces. Notó que la resaca era bien fuerte antes incluso de abrir los ojos para contemplar sin placer el nuevo día que se filtraba por entre los postigos de las ventanas de su habitación.

Pero, ¿qué otra cosa podía esperar con todo lo que había bebido la noche anterior en casa de Jane? Hacía treinta años que conocía su esplendidez con la botella y todavía no había aprendido a limitar las copas que tomaba cuando Jane se ocupaba del bar.

El exceso de cigarrillos —por lo menos paquete y medio— empeoraba aún más el asunto...

Sophie Tate se dio la vuelta e intentó volver a quedarse dormida. Pero, ¿cómo podía dormir nadie con esos malditos pájaros cantando allá afuera a pleno pulmón? Ese sinsonte que se pasaba la vida en su jardín parecía el más ruidoso..., ¿o eran los cardenales?

Sólo Dios lo sabía...

Se sentía sedienta, deshidratada por el alcohol y el tabaco. Si encontraba valor para llegar al cuarto de baño, dejaba correr el agua hasta que saliera fría y se tomaba dos o tres vasos con un par de aspirinas, quizá pudiera volverse a dormir. El sueño era lo que más necesitaba. No había en el mundo una cura mejor para la resaca que horas y horas de sueño.

Se levantó de la cama lentamente, con cuidado y cruzó el vestíbulo hasta el cuarto de baño.

La puerta de Evelyn estaba cerrada; no se oía ningún ruido tras ella. «Por supuesto que no», pensó Sophie Tate con resentimiento, mientras regresaba a su habitación. Evelyn dormía como un tronco. Aunque se acostara tarde o comiera o bebiera en exceso, Evelyn dormía profundamente, a veces hasta las nueve de la mañana, e invariablemente se despertaba alegre y despejada.

Esa costumbre de toda la vida de su hermana resultaba aún más difícil de soportar por la pretensión de Evelyn de que era el hecho de no fumar lo que había hecho que aún le durara a los cincuenta años.

—Si tú también renunciaras a los cigarrillos, Sophie T., te aseguro que te quedarías sorprendida. No es la bebida, comprendes, es el fumar lo que hace que te despiertes temprano con resaca. Si renunciaras al tabaco, dormirías como yo, como un niño pequeño.

En momentos así, Sophie Tate pensaba que había cometido un enorme error al invitar a su hermana pequeña a venir a vivir con ella en Alexandria.

Su dormitorio era el que daba a la calle en la vieja casa de ladrillos que había pertenecido a la familia de su madre desde hacía

tres generaciones antes de que ella naciera. Volvió a meterse en su cama de nogal, casi tan antigua como la casa, cerró los ojos e intentó volver a quedarse dormida.

Sin embargo, ya completamente despierta, empezó a pensar en un gran vaso de zumo de naranja frío o, mejor aún, dos grandes vasos.

Pero eran sólo las seis y cuarto, demasiado pronto para levantarse. Se quedó en la cama hasta que oyó silbar afuera al repartidor de periódicos y el golpe del *Washington Post* contra los escalones de la entrada.

Clara Gibson, su asistente, que venía tres mañanas a la semana, llegó a las ocho y media. Sophie Tate, encorvada sobre su tercera taza de café en la mesa de la cocina, gruñó por lo bajo cuando oyó a Clara abrir la puerta trasera.

Clara, que era diaconisa de su iglesia y se oponía severamente a la bebida, entró como siempre, con los ojos brillantes tras una buena noche de sueño y nada de alcohol en sus venas, y saludó con un alegre:

—Buéno día, señorita Sophie T.

—Buenos días, Clara. —Sophie simuló estar absorta en el periódico, pero notó los agudos ojos de Clara fijos en ella.

—¿No se siente mú bien éta mañana, eh? —comentó Clara mientras sacaba unos zapatos viejos y un delantal limpio de la bolsa —. Salió a divetíse y pasálo bien anoche, ¿verdá? Cualquiera pensaría que a su edá, señorita Sophie T., debería tené más juicio.

—Cállate —replicó Sophie Tate fríamente—. O al menos, si vas a seguir, deja de montarme ese numerito del Tío Tom. Puede que a esa dama yanqui con la que siempre me estás comparando le parezca muy divertido, pero a mí, no. Sé perfectamente bien que puedes hablar mucho mejor que yo si te lo propones.

Clara lanzó un resoplido.

—Por lo méno no bebe como alguien que yo conozco. Al méno puedo llevá la cabeza mú alta de que tenga un ama a quien le gusta la bebida méno que a mí. Al méno...

—¡Un ama! Dios santo —Sophie le lanzó una mirada de furia—. ¿De dónde te has sacado eso? Apuesto a que a tu ama yanqui le encanta y se lo cuenta a todos sus amigos diciéndoles lo divertida que eres.

—A nadie le importa cómo nos hablamos —replicó Clara dando un fuerte tirón a las cintas del delantal al atárselas y dejando caer ruidosamente los zapatos al suelo mientras se sentaba para cambiárselos.

Eran viejas amigas, viejas adversarias que envejecían juntas, una sin ningún hombre en su vida y la otra viuda desde hacía tanto tiempo que su breve experiencia matrimonial constituía el más leve de los

recuerdos o lo había olvidado por completo.

Ninguna de ellas quería contar cuantos años llevaba Clara trabajando para Sophie Tate e intentando también mejorar su forma de vida, procurando que estuviera a la altura de su derecho por nacimiento a ser una dama.

La lista de las quejas de Clara era larga: el tono de voz de Sophie Tate era demasiado alto, su lenguaje, rudo y malsonante. Se teñía el pelo en lugar de dejárselo de un honesto color gris como hacía Clara. Fumaba demasiado. Rara vez iba a la iglesia, no se dedicaba a ninguna meritoria obra de caridad, no hacía nada de lo que una dama debe hacer, excepto las horas que dedicaba a la jardinería. Pero ni siquiera a eso le sacaba el provecho debido. Cultivaba tulipanes y rosas que hubieran ganado premios en cualquier concurso de jardinería en bastantes kilómetros alrededor, si se molestara en participar en ellos. Pero, ¿lo hacía? Por supuesto que no. Año tras año, Clara intentaba nuevos argumentos y año tras año Sophie Tate decía que todo eso no eran más que idioteces.

Idioteces. El sonido mismo de la palabra era una ofensa para los oídos de Clara.

Lo peor de todo, por supuesto, era que Sophie Tate bebía. Todos los días de su vida algún tipo de alcohol envenenaba su sistema. No siempre en mucha cantidad, pero sí algo. Y en algunas ocasiones, como la noche pasada, como proclamaba su aspecto macilento, bebía tanto que tardaba un día entero en recuperarse.

Clara movió la cabeza y se puso a trabajar murmurando por lo bajo.

Sophie Tate preparó una nueva cafetera. Oyó correr el agua en el piso de arriba. Evelyn se había levantado.

A principios de junio, un mes después de que enviaran el cuestionario para el ordenador, apareció en el buzón de Sophie Tate la primera carta dirigida a Rebecca Meade. Procedía de Asociados Científicos: una lista de siete jóvenes que vivían en el área metropolitana de Washington. Se incluían direcciones, números de teléfono, y otros datos. Una carta le informaba que para su protección su nombre no sería enviado a ningún suscriptor masculino que no apareciera en su propia lista.

Eso resultaba interesante, coincidieron las integrantes del club de bridge en la siguiente reunión. Para una joven podía traerle complicaciones el que su nombre, dirección y teléfono flotara por ahí en manos de varios jóvenes a quien ella no conocía.

—Por lo menos la chica tiene algún control sobre todo el que le llame —dijo una de las amigas.

—Sí —intervino otra—, aunque no demasiado.

—Algo es algo.

Estudiaron la lista. Cinco de los nombres, Brinton, Graves, Colby, Weston, Harper, los agruparon como anglosajones. Sandelli sería probablemente italiano, Levesque decididamente francés.

Dos de ellos tenían direcciones en Washington, una estaba tan cerca de la Universidad George Washington que supusieron que debía de estudiar allí. El otro, Nathaniel Harper, obtuvo su aprobación con una dirección en la avenida Connecticut. El resto vivían en las afueras, Silver Spring, Maryland, Fairfax County, Arlington County. El más lejano vivía en Vienna, Virginia.

Todos ellos entraban en el grupo de edad estipulado en el club de bridge. También se daba la altura, que iba desde el metro setenta y cinco de Nathaniel Harper, al metro ochenta y siete de Malcolm Weston, además del color del cabello y de los ojos.

—Fascinante —dijo alguien—. ¿Cuánto creéis que tardarán en recibir el nombre de Rebecca y escribirle?

—Me sorprendería mucho que escribieran todos —intervino otra —. No tiene teléfono y prefieren llamar que escribir cartas.

—Sin embargo, le escribirán a Rebecca —afirmó Sophie Tate con confianza—. A los hombres les gustan las rubias. Esperad y veréis.

Su opinión se vio confirmada antes de la siguiente reunión quincenal celebrada en su casa con Evelyn Tryon actuando como anfitriona de la velada. En esa semana habían llegado dos cartas, con cuatro días de diferencia.

Sophie Tate esperó hasta que todas estuvieron sentadas en su salón y entonces sacó las cartas con gesto de triunfo y las pasó alrededor de la mesa de bridge mientras Evelyn preparaba las bebidas, ginebra con tónica para casi todas ellas, en esa calurosa noche de junio.

La primera carta decía:

> «Estimada señorita Meade:
>
> La semana pasada me llegó mi lista de Asociados Científicos. De los seis nombres que contenía, el suyo era el único sin número de teléfono, lo que la convierte en la "mujer misteriosa” con la que, naturalmente, deseo entrar en contacto primero.
>
> Sobre mi mismo: soy investigador químico para una firma de Virginia del Norte. Crecí en Lansing, Michigan, y asistí a la Universidad de Michigan. Llevo viviendo dos años en esta zona y actualmente asisto a dos cursos para licenciados en la Universidad de Georgetown.
>
> Me gustaría conocerla pronto. ¿Quizá podríamos salir a cenar? Tengo varias clases y unas cuantas noches de estudio durante el verano, pero suelo estar libre los fines de semana.

Si me escribe o, mejor aún, me llama por teléfono, veremos si podemos ponernos de acuerdo.

Tengo mucho interés en conocerla.

Le saluda atentamente,

Franklin L. Colby.»

—Desde luego, es un tipo ambicioso —dijo una de las amigas con aprobación—. Y tiene un buen futuro además. Me parece que los químicos deben de ganar mucho dinero con todas las investigaciones médicas e industriales que se hacen en estos tiempos.

La segunda carta, procedente de Falls Church, tenía un humor estudiado que agradó menos a los miembros del club.

—No me gusta su tono —dijo una de ellas frunciendo el ceño ante la afirmación del que escribía de que aunque establecer contacto con Rebecca supusiera escribir en lugar de llamar por teléfono—, por cierto, ¿utilizaba señales de humo para comunicarse al no tener teléfono?

—seguía siendo la que deseaba conocer primero, por una razón práctica y por cuestión de preferencia personal. Era la que vivía más cerca de todas las chicas de su lista, y si se agradaban no habría ningún problema para poder verse; además, le gustaban las rubias. Entonces,

¿qué le parecía citarse en algún sitio para tomar una copa o ir a ver alguna película o algo por el estilo una de estas noches? Podía llamarle cualquier tarde a eso de las seis. Y más cosas por el estilo.

—Muy lanzado —dijo una de las amigas del club.

—Un verdadero engreído —corroboró Sophie Tate—. No es alguien con quien nos gustaría que saliera Rebecca Meade… en el caso de que fuera una persona real.

Sin embargo, no lo era. El club de bridge se sentía tranquilo al saber que habían comprobado la Sección suburbana de Virginia en el listín de teléfonos antes de decidirse por ese nombre.

Evelyn entró con una bandeja de bebidas. Las fue repartiendo mientras decía:

—Sophie T. y yo hemos estado discutiendo sobre cuál sería el mejor modo de contestarlas.

—Es una pena que no pueda hacerme una operación de cirugía estética —replicó Sophie Tate con expresión apenada—, teñirme el pelo y concertar una cita con Franklin Colby. Mide un metro ochenta y sabe escribir una carta como es debido sin ningún atrevimiento.

—Vamos, Sophie T. —intervino Evelyn, lanzándole una mirada de advertencia—. Que no se te meta ninguna idea tonta en la cabeza. No tiene importancia mientras yo esté aquí para tenerte controlada, pero ¿qué pasará el mes que viene cuando yo esté en Omaha cuidando a

Evelyn mientras tiene el niño? No me sorprendería nada que hicieras alguna estupidez a cuenta de esta historia de las citas por ordenador.

—No te preocupes, la tendremos vigilada —dijeron las otras.

—Dejemos eso, ¿qué pasa con la respuesta a las cartas? —preguntó Sophie Tate—. ¿Debemos decir que Rebecca se ha ido a Tombuctú, que tiene una enfermedad incurable o qué? Evelyn opina que debemos decir que Rebecca se ha prometido desde que envió el cuestionario.

Hubo unos cuantos movimientos negativos de cabeza. Aquello no podía ser la solución.

La partida de bridge tuvo que esperar mientras se estudiaban varias sugerencias para un modelo de carta, algo sencillo y creíble.

Evelyn trajo unos frutos secos y renovó las bebidas.

Sophie Tate, cuaderno y lápiz en mano, compuso por fin un modelo de carta que les pareció satisfactorio.

> Estimado (empezaba).
>
> Me ha agradado recibir sus noticias y agradezco su invitación a ....
>
> Sin embargo, desde que envié el formulario a Científicos Asociados, han cambiado mis planes para el verano. Voy a salir de viaje dentro de poco y no tengo una idea definida de cuándo regresaré, lo que me temo significa que resultará totalmente imposible que salgamos juntos. Es una pena que no haya manera de solucionarlo, pero muchas gracias de todos modos por escribirme
>
> Atentamente le saluda.

—No le hemos dado un apellido materno —dijo alguien.

—Cielo santo, ¿qué importa eso? —replicó una de ellas—. Lo importante es que tenemos una carta creíble para enviar a esa gente. Es mucho mejor que mandar a Rebecca a Tombuctú o prometerla a alguien de repente o algo por el estilo.

—Aun así es una pena que tengamos que dejar escapar a Franklin Colby —dijo Sophie Tate, medio en serio, medio en broma—. Me parece que se podría hacer alguna cosa...

—¿Como qué? —preguntó una de las amigas.

—Bueno, arreglarlo para que Rebecca se cite con él en algún sitio, en el vestíbulo de un hotel, por ejemplo, para que podamos echarle un vistazo nosotras. Luego podríamos hacer que le entregaran un mensaje de que Rebecca no podía acudir, que se había puesto enferma o...

—Sophie Tate, eres algo increíble —le interrumpió su hermana con voz severa—. Eso sería un comportamiento vergonzoso.

—Pero ¿no os gustaría a todas saber cómo son los muchachos de las citas de Rebecca establecidas por ordenador? —insistió Sophie

Tate.

—Sí, por supuesto que sí —dijeron las otras—. Pero lo único que podemos hacer es responder a las cartas y olvidarnos del asunto.

Sophie Tate suspiró, aceptando que tenía razón.

—Yo me encargaré de estas dos. Recibirán la carta modelo dentro de unos cuantos días.

Antes de que llegara la siguiente reunión del club se recibió una tercera carta, esta procedía de Silver Spring.

Sophie Tate la llevó la noche de la partida de bridge para enseñársela a las otras, pero para entonces la broma estaba perdiendo gracia. Todas se mostraron más interesadas aquella noche de julio en la nueva casa de su anfitriona que en algo que les recordaba lo tontamente que se habían comportado aquella ya lejana noche de mayo.

—Encárgate tú de contestar esta —le dijo Sophie Tate a su anfitriona—. Yo ya he hecho mi parte.

—Esperemos que sea la última —dijo alguien.

Sin embargo, no fue así. A finales de esa semana llegó otra carta.

—Maldita sea, ya estamos otra vez —le dijo Sophie Tate con enfado a su hermana mientras entraba el correo.

—¿De quién es?

Sophie Tate abrió la carta dirigida a Rebecca Meade y echó un vistazo a la firma.

—Es de Malcolm Weston, el de Arlington.

> «Querida señorita Meade —leyó en voz alta—. Tengo su nombre en mi lista de Científicos Asociados. Me gustaría mucho poder conocerla. He observado que no tiene teléfono y, por lo tanto, le sugeriría que me llamara usted o me escribiera a mi dirección: 2769 Kenmore Street, Apt. 32. Mi número de teléfono es 529-6511. Probablemente lo tendrá en su lista, pero lo incluyo de todos modos para estar seguro.
>
> Espero con interés sus noticias y confío en que lleguen pronto... Saludos cordiales,
>
> Malcolm Weston.»

—Dios santo, suena como una carta comercial —comentó Evelyn Tryon—. Me empieza a dar la impresión de que estamos dirigiendo una agencia matrimonial, ¿no te parece?

—Dudo que todos tengan el matrimonio en mente —replicó Sophie Tate con sequedad, luego se echó a reír—. Cualquiera que sean sus pretensiones, piensa en cómo están perdiendo el tiempo.

Se había encontrado a mitad de las escaleras cuando llegó el correo. Subió la carta a su habitación y la metió en el archivador de su escritorio.

Allí fue donde se quedó. De vez en cuando se acordaba de que debería contestarla, pero lo iba posponiendo y luego decidió encargárselo a alguna de las participantes en el club en la próxima reunión, el jueves de la semana siguiente.

Aquella noche volvía a corresponderle actuar de anfitriona. Sería la última reunión hasta el día del trabajo. No se reunían en agosto cuando la mayoría de ellas solían estar fuera. Sophie Tate misma iba a marcharse a Carolina del Norte, a Nags Head, a mediados de mes. «Para cuando volviera a reunirse el club, en septiembre, todo el asunto del ordenador estaría ya más que olvidado», pensó.

3

—¡Suélteme, le digo que me suelte! —la joven logró liberarse de la mano que apretaba la garganta y luchó por liberar se golpeándole con ambos puños.

Mal Weston le devolvió el golpe, un porrazo con todas sus fuerzas que cogió a la joven por la mandíbula y la lanzó contra la portezuela del coche. La puerta se abrió de repente. Ella salió despedida y cayó hecha un ovillo en la carretera, con la cartera de los libros encima. Logró desenredarse, se incorporó a cuatro patas y empezó a gritar.

Mal Weston se deslizó a lo largo del asiento y saltó por el lado del coche. Tiró de ella para ponerla de pie, tapándole la boca con su mano.

—¡Cállate! —le gritó furioso—. ¿Quieres despertar a todo el vecindario?

Era un barrio tranquilo, una zona apartada formada por unas cuantas casas desperdigadas a cierta distancia de la autopista de Richmond; la casa de la chica era la penúltima de la calle.

Pero con una luz encendida en el piso de arriba y las ventanas abiertas en la noche de verano, no había logrado callarla a tiempo. Otras luces se encendieron en el interior, luego se iluminó el porche. Se abrió la puerta y la madre de la chica salió corriendo.

—Ruth —gritó—, ¿qué pasa, Ruth?

No tuvo más remedio que soltarla. La chica agarró su cartera, juntó como pudo los jirones de su vestido, que él le había roto por los hombros y corrió llorando hacia su madre que la acogió entre sus brazos.

Mal estuvo tentado de saltar a su coche y salir corriendo…, pero, ¿y si la madre mandaba a la Policía detrás de él? Era mejor esperar, intentar suavizar las cosas…

No había modo de hacerlo. La luz del porche le mostró a la madre los golpes en los brazos y en la garganta de su hija, el vestido roto, el peinado revuelto, la marca roja en la mejilla, que estaría amoratada a la mañana siguiente. Incluso le caía un hililllo de sangre por la comisura de la boca: quizá un diente flojo o ¿se habría mordido por dentro cuando él la pegó?

El incontenible estallido de rabia de Mal Weston se había pasado con la misma velocidad con que lo había provocado el rechazo de la chica ante sus avances sexuales. «Aquello podía causarle un problema verdaderamente grave», se dijo a sí mismo. Tenía que mantener la sangre fría y esperar a ver.

La madre era viuda. No había ningún padre ofendido que pudiera pedirle cuentas. Ni siquiera un hermano. Sólo una hermana más

pequeña, una niña, que al parecer ni siquiera se había despertado.

La madre mantenía abrazada a la chica, tranquilizándola en un momento y al siguiente denunciaba a Mal Weston y le llamaba bruto, asesino, un animal que debería estar encerrado.

Pero no entró corriendo en la casa a llamar a la Policía. Amenazó con hacerlo, hablando sin parar del tipo de individuo que era y del peligro que representaba para otras chicas jóvenes, pero no hizo ningún ademán de llevar a cabo su amenaza.

Tampoco podría haberlo hecho, incluso aunque hubiera querido, con su hija aferrada a ella, llorando y gimiendo:

—No, no, madre. Saldría en todos los periódicos. No podría volver a llevar la cabeza alta. Déjale ir. Dile que se vaya y que no se vuelva a acercar a mí nunca más.

La madre dudaba. Eran gentes respetables, ella era secretaria particular de un funcionario del gobierno, la hija, universitaria.

Mal retrocedió hacia su coche, repitiendo una y otra vez cuanto lo sentía, diciendo que pagaría el vestido roto.

—¡No menciones siquiera algo semejante! —le gritó la madre, temblando con una rabia que no podía desahogarse con la acción—. Vete inmediatamente, antes de que cambie de opinión y haga que te arresten por asalto e intento de violación.

«Era muy capaz de hacerlo», pensó él, mientras retrocedía hacia su coche, sin quitarle los ojos de encima a la mujer. Otra palabra equivocada y la ira de la madre podía dejar a un lado toda idea de intentar salvar su reputación.

Tanteó a sus espaldas en busca de la manecilla de la portezuela del conductor, abrió el coche y se deslizó debajo del volante, todavía sin apartar la vista del par de mujeres. Volvió a repetir que lo sentía mucho y se inclinó sobre el asiento para cerrar la portezuela del otro lado.

La madre y la hija permanecieron inmóviles mientras él daba marcha atrás con el coche y se alejaba de allí.

Lanzó un suspiro de alivio. Se había pasado el momento de que hicieran cualquier tipo de movimiento. «Ahora, lo único que harían», pensó, «sería entrar en la casa, la hija llorando y la madre intentando consolarla».

Sin embargo, había sido una situación peliaguda. Podía haber acabado como aquel incidente allá en Missouri hacía un par de años, cuando estaba en la escuela secundaria.

Aquella chica había sido también del tipo histérico; incluso peor que Ruth, y los padres igual. Habían llamado a la Policía. Sus tías habían intervenido pero todavía debía de haber un historial del asunto por algún lado de los archivos policíacos de aquella pequeña ciudad, ¿cómo se llamaba?, en las afueras de Columbia.

Qué pesada había resultado Ruth..., justo cuando pensaba que podía sacar algo de ella. No era nada fea, vestía bien, sabía mantener una conversación..., ¿por qué tenía que cambiar completamente y montarle esa noche el numerito de la chica virtuosa?

El se había tomado su tiempo, se había gastado dinero con ella: una película la semana pasada, la primera vez que salieron juntos, luego fueron a Blues Alley la otra noche, sin intentar apresurarla, sin hacer ningún intento serio hasta esta noche. Parecía que a ella él no la desagradaba, había mostrado todas las señales correctas..., entonces, ¿a qué venía aquello de jugar con él de aquel modo y luego derrumbarse cuando él intentaba forzar la jugada?

Había mostrado una desvergüenza tremenda al rechazarle y luego, ya puesto a ello, burlarse de él. Tenía más que ella para ofrecer. Era mucho más guapo, bastante más inteligente —una licenciatura en Arte y una carrera de escritor que le esperaba en cuanto terminara la investigación para el libro que estaba preparando—, mientras que ella asistía a una universidad de mala muerte de la que nadie había oído hablar.

No es que importaran de verdad ninguna de las diferencias que los separaban. El había estado dispuesto a salir con ella el resto del verano, pero ahora se había estropeado todo y había terminado antes de que pudiera siquiera empezar.

Diablos con las chicas. Podían complicarle a uno la vida bastante. Como Ruth. Si tenía tan buena opinión de sí misma, ¿por qué buscaba citas mediante un ordenador? Para él era diferente, era nuevo en la zona, pero ella había vivido allí toda su vida.

Teniendo en cuenta el tipo de chica que había resultado ser, suponía que había tenido suerte en que no hubiera ocurrido nada peor que el escándalo que había formado la madre.

Llegó a la Ruta 1 y se encaminó a la entrada más cercana a la 1-95. Lo único que podía hacer era irse a la cama a dormir.

Con aquella lista de citas no estaba teniendo más suerte que con la primera que había enviado, pensó disgustado. En aquella había utilizado el enfoque intelectual y había recibido en su lista un montón de locas que no merecían ni una mirada. Esta vez, al llenar el cuestionario, había intentado presentarse como un tipo corriente, pero no le había servido de mucho. La primera chica de su nueva lista había resultado auténticamente insoportable. La segunda no estaba muy mal, pero sólo tuvieron una cita. Le había rechazado un par dé veces después mintiendo descaradamente sobre un tipo de su pueblo que estaba ahora en la ciudad. La siguiente era Ruth, luego la rubia de Alexandria que no tenía teléfono y que hasta el momento no había contestado a ninguna de las cartas que se había molestado en escribirle.

Sólo quedaban dos nombres. Quizá debería saltárselos o por lo menos esperar unos cuantos días para ver qué suerte tenía con la chica de Alexandria a la que había escrito.

Verdaderamente le encantaban las rubias. Puede que fuera la atracción de los opuestos, ya que él era muy moreno.

Estaba ya en la 95 cuando se le ocurrió que si hubiera seguido por la Ruta 1 hasta Alexandria podría haber dado algunas vueltas por la zona para descubrir dónde vivía la rubia.

Sin embargo, pensándolo bien, no le habría valido de nada. No podía acordarse de la dirección. Sólo del nombre: Rebecca Meade.

Mal Weston vivía solo en un tercer piso amueblado en una destartalada casa de apartamentos en Arlington. Pasaba la mayor parte del tiempo solo, incluso, por así decirlo, cuando iba a la Biblioteca del Congreso o a los Archivos Nacionales donde llevaba a cabo sus investigaciones.

Por supuesto, en esos sitios no estaba completamente solo, estaban los bibliotecarios y gentes así. También estaba siempre Quantrill, William Clarke Quantrill, el tema del libro que se proponía escribir o más bien el héroe protagonista. Así fue cómo pensó en el incursor Confederado. Su libro haría justicia a aquel hombre, disiparía la nube que planeaba sobre su reputación.

Había llegado a identificarse a sí mismo con Quantrill, primero en un curso de historia obligatorio, luego en la escuela secundaria donde eligió Historia de Américo como especialidad. Allí escribió una tesis sobre su héroe y logró persuadir a las dos tías que le habían criado de que le financiaran la investigación que deseaba realizar en Washington para ampliar el trabajo y publicarlo en forma de libro.

Primero, durante un año sumamente aburrido, había dado clases de historia en un instituto. La enseñanza le mantuvo libre de las llamadas a filas, igual que las prórrogas como estudiante le habían protegido anteriormente.

Ahora estaba cubierto por el manto de una excedencia. Tenía veinticinco años. Su esperanza radicaba en que si podía alargarlo durante un año más puede que nunca le llamaran a filas en absoluto.

Mientras tanto, tenía a Quantrill, el atrevido jefe de la guerrilla, mal juzgado por el mando Confederado y por otras fuentes contemporáneas. Todos los crímenes de los que había sido declarado culpable serían absueltos y considerados como legítimas acciones de guerra.

A veces, en la soledad de su apartamento, Mal Weston podía identificarse con su héroe hasta el punto de parecerle que cabalgaba con él en una incursión tras otra, desde el sangriento ataque contra Kansas hasta la herida mortal en Kentucky, un mes después de Appomattox.

Pero no siempre. Se decía a sí mismo que nadie podía esperar que un tipo de su edad, con su fuerte apetito sexual, se dedicara a estudiar viejas notas y archivos durante todas las horas del día.

Por eso de vez en cuando, recorría los bares de Washington y lograba algún ligue ocasional. Poco después de su fracaso con Ruth, ya casi de madrugada, una patrulla de Policía le advirtió que se alejara de la calle 14 y le señalaron los peligros que podía correr un hombre blanco que buscara a una negra por aquella zona.

A la noche siguiente, Mal Weston buscó la dirección de Rebecca en su lista de posibles citas y se dirigió en el coche hacia Alexandria para ver dónde vivía.

Localizó el número de la calle y volvió al atardecer para echar un vistazo con calma a la casa, desde el coche aparcado en la acera de enfrente.

Era una casa de ladrillo estrecha y antigua, de tres pisos de altura. El edificio estaba aislado a diferencia de muchas de las casas que lo rodeaban, con espacio suficiente para un garaje para un coche en la construcción adosada a un lado; se trataba de una casa bien cuidada, agradable, con una valla de ladrillo que conducía a un jardín trasero sombreado por árboles que superaban la altura del tejado.

Estaba situada en un barrio de primera clase, totalmente diferente de la zona de la calle 14 a donde había ido la noche anterior, como si se tratara de un planeta distinto.

Esta dirección provisional de Rebecca Meade representaba dinero en gran cantidad, pensó. No era un sitio donde pudiera tener una habitación alquilada. Sería más bien algún pariente, una abuela, tía o tío, con quien pasaba una larga temporada o, más probable aún, seguía algún curso en algún centro de estudios de la zona. Ella tenía veintitrés años. Quizá fuera a la universidad.

Debía de ser algo así. Que raro, sin embargo, que no tuviera teléfono en una casa semejante.

Tenía que haber alguno. Puede que el número no figurara en la guía... Quizá la anciana, la abuela de Rebecca, por ejemplo, viviera sola, no querría que su número figurara en la guía y le prohibiría a su nieta que se lo diera a nadie.

Mal encendió un cigarrillo. Las imágenes pasaban por su mente: la abuela rica, oportunamente fallecida poco después de que él conociera a Rebecca, dejándole toda su fortuna; él, casado con Rebecca y trasladándose a aquella elegante residencia con una habitación preparada para que pudiera escribir. Rebecca protegiéndole como una especie de mecenas artístico del Renacimiento, satisfecha de verle avanzar a un ritmo reposado, en contraste con su situación presente, en que tenía que sacarle dinero a sus tías con un miserable y avaro límite de tiempo sobre cuanto más

estaban dispuestas a seguir manteniéndole.

Suspiró con impaciencia. Bien pocas probabilidades había de tener una suerte así. Rebecca Meade no se molestaría ni en mirarle si la casa resultaba indicativa del ambiente en que se movía. Ni siquiera había contestado a sus cartas. Probablemente no pensaba hacerlo. Seguramente había enviado el cuestionario por curiosidad, por broma o algo parecido.

Chupó con enfado el cigarrillo, repasando la escasa información que tenía sobre ella: cabello rubio, ojos azules, un metro setenta.

Una rubia alta. Una rubia alta esnob. ¿Qué pensaría si le hablaba del salón de peluquería que tenían sus tías?

Le miraría con desprecio. Con un gesto aristocrático sin duda alguna.

El odio por Rebecca Meade le invadió por dentro mientras seguía observando la casa. Las luces brillaban en el interior pero las cortinas estaban echadas. ¿Qué pasaría si llamara a aquella puerta iluminada y preguntara por ella?

Haría el ridículo.

Tiró la colilla del cigarrillo por la ventanilla, puso en marcha el coche y se alejó de allí.

A la mañana siguiente no había ninguna carta de Rebecca Meade en el correo. Sólo encontró una misiva de sus tías incluyéndole el cheque de agosto. Cada una le había escrito una página de recomendaciones, de que trabajara duro, escogiera buenas compañías, mantuviera un horario regular, tuviera cuidado con el dinero. Le recordaban, como siempre lo hacían, que debían permanecer de pie todo el día para ganarlo, y que marcara el 21-23 de agosto en su calendario. La señora Gracie Porter, se acordaba de ella, ¿verdad?, una de sus clientes más antiguas, estaría en Washington en aquella fecha y esperaban que pudiera disponer de una tarde libre para llevarla a ver la ciudad.

Procura ser amable con ella, recomendaban ambas tías. No quisiéramos que la ofendieras en modo alguno.

La carta le puso furioso. La rompió en pedazos y la arrojó a la papelera. ¿Quién se habían creído que eran esas malditas viejas, intentando colocarle una de sus decrépitas dientas?

Salió del apartamento lleno de rabia. Sin embargo, para cuando hubo depositado el cheque en su cuenta de un banco de Arlington y cruzado el Potomac para entrar en Washington, se le había ocurrido una nueva idea para la carta de respuesta a sus tías.

Este mes ando corto de dinero, les diría. Gastos imprevistos debido a la reparación de la máquina de escribir —¿o había usado esa excusa un par de meses antes?— y la compra de unos zapatos nuevos. Será mejor que me enviéis veinte dólares extra si tengo que llevar a la

señora Porter a ver la ciudad. Resultaría embarazoso que ella tuviera que pagar todos los gastos que pudieran surgir...

Emprendió el camino de regreso a casa a las tres de la tarde. No podría haber explicado por qué le vino de repente la idea de ir a la Biblioteca Pública de Alexandria, pedir que le dejaran la guía telefónica de la ciudad y buscar el 1415 de la calle South Rutherford. Si Rebecca Meade se alojaba con un pariente cuyo teléfono no figuraba en la guía no lo encontraría buscando por calles ni tampoco en el listín alfabético. Pero aun así pidió que se lo dejaran.

El número de teléfono correspondiente al 1415 de la calle South Rutherford le resultó tan inesperado que Mal Weston se lo quedó mirando inexpresivo durante un momento antes de que su mirada pasara al nombre que lo acompañaba.

S. T. Curtís. Nada indicaba si se trataba de un hombre o de una mujer. Pero, ¿no era cierto que los hombres tendían a usar el nombre en la guía telefónica y las mujeres solteras, viudas o divorciadas, sólo las iniciales?

S. T. Curtís podía muy bien ser la abuela de Rebecca Meade, la abuela rica que había imaginado la noche pasada. Por otra parte, evidentemente, podía ser un hombre, un abuelo, tío, primo o lo que fuera.

Pero las ilusiones de Mal no se desvanecieron con tanta facilidad. Un hombre, se dijo a sí mismo, no se preocuparía de si Rebecca Meade incluía su número de teléfono en el cuestionario, mientras que a una mujer sí le importaría.

Sin embargo, estaba la cuestión de si S. T. Curtis sabía siquiera que la chica había enviado el famoso cuestionario. No es el tipo de cosas que uno menciona a una persona mayor. Si se desea hablar sobre el tema se escoge a alguien de la misma edad. Sabía muy bien que la generación más vieja, en este caso sus tías, jamás aprobarían una cosa así.

En otras palabras, podía haber sido idea de Rebecca el no incluir el número de teléfono de su dirección provisional. Aparentemente no quería que la molestaran con llamadas de los posibles solicitantes de una cita ni tampoco contestando las cartas que recibía. El lo había imaginado la noche anterior, ¿no era verdad? El enviar el cuestionario no había sido para ella más que un capricho pasajero, una broma. Por lo que él sabía, podía estar pasándole su carta a todos sus amigos.

La imagen de Rebecca de la noche anterior, alta, rubia y esnob, volvió a su mente. Y con ella el sentimiento de odio.

Por Dios que, pese a todo, no se iba a salir con la suya. Si no tenía noticias dentro de un día o dos la llamaría por teléfono. Apuntó el número de S. T. Curtis. Así sabría cuál era la justificación que ella pensaba darle.

Ya se había encontrado antes con personas de ese estilo.

Volvió a dirigirse con el coche aquella noche a la calle South Rutherford a eso de las diez. La casa estaba a oscuras, sólo estaba encendida una luz del exterior. La puerta del garaje estaba cerrada.

Mal esperó durante media hora al otro lado de la calle, metido en el coche. No se encendió ninguna luz en el interior, no apareció nadie. Pensó que probablemente S. T. Curtis estaría en la cama. La luz de fuera sería para Rebecca, que seguramente habría salido con alguno de su pandilla de la misma clase que ella.

Un par de esnobs saliendo juntos.

Un coche patrulla pasó lentamente. Probablemente vigilaría con frecuencia un barrio tan elegante como aquél.

No convenía que volvieran y le encontraran allí.

Se dirigió a su casa.

4

Evelyn Tryon salió para Omaha dos días antes de que su hermana fuera a acoger al club de bridge en la que iba a ser su última reunión hasta septiembre.

El nieto de Evelyn iba a nacer hacia el 5 de agosto y ella, que se marchaba una semana antes de dicha fecha, no esperaba regresar hasta finales de mes.

Sophie la llevó en el coche al aeropuerto nacional. Al regresar a casa, dejó el coche en la calle. El auto de Evelyn estaba dentro del garaje. Resultaba más conveniente dejarlo allí durante su ausencia que no que Sophie tuviera que andar quitándolo para meter su propio coche.

Entró en la casa, sintiéndose contenta de repente de tenerla para ella sola. No es que nunca se hubiera arrepentido seriamente de haberle pedido a Evelyn que volviera y compartiera con ella lo que había sido también su hogar..., pero Sophie Tate llevaba tantos años viviendo sola que había momentos en que la mera presencia de otra persona bajo el mismo techo le hacía añorar la soledad que había perdido.

En el piso de arriba estuvo paseando de una habitación a otra, disfrutando del silencio y vacío de la casa.

Eran sólo las tres y media cuando desembocó en la cocina. Era demasiado pronto para beber: las cinco era la hora que Evelyn había establecido como norma. Pero Sophie Tate se preparó un gin tonic y se lo llevó a las escaleras de atrás. Fue sorbiéndolo lentamente, agitando el hielo en el vaso mientras observaba su jardín. Hacía demasiado calor para permanecer allí afuera a aquella hora del día, incluso bajo el gran arce donde había colocado los muebles de jardín en el arco circular de losas que lo rodeaba.

Sophie Tate se incorporó apoyándose en el pasamanos y lanzó una mirada crítica a los rosales. No es que pudiera esperar de ellos un gran despliegue de belleza casi a finales de julio, con esos malditos escarabajos japoneses y todo lo demás, pero aún así daba la impresión de que deberían tener un aspecto un poco mejor, teniendo en cuenta la cantidad de atención que les había dedicado. Tanta que, en realidad, tendía a descuidar el resto del jardín en favor de ellos. Por ejemplo, junto a la tapia trasera, el seto de plantas anuales parecía estar luchando una batalla perdida contra las malas hierbas. Sería mejor que mañana se levantara temprano y trabajara un poco en ellas antes de que hiciera demasiado calor.

A la mañana siguiente, estaba afuera a las siete y media con rastrillo, azada y trasplantador. El sol ya le calentaba la espalda con la

promesa de un calor todavía más fuerte. Hacia las ocho, el sudor le corría por la cara y le apelmazaba el cabello de un rojo llameante. A las ocho y media, cuando Clara llegó, había vaciado dos veces la carretilla en el montón de abono compuesto situado detrás del cobertizo de las herramientas y el seto trasero estaba casi terminado.

Clara entró con su llave por la valla lateral de la casa. Sophie Tate, de rodillas, ocupada con una mala hierba muy bien enraizada, se volvió al oír el picaporte y se limpió el sudor de la frente con el revés de la mano.

—Buenos días, Clara —dijo.

—Buéno —Clara inspeccionó a su ama vestida con unos pantalones cortos viejos, ella llevaba años oponiéndose en una batalla perdida a cualquier clase de shorts. Observó también la blusa descolorida, las sandalias impresentables y añadió:

—Déde luego, con esa ropa resulta tó un espectáculo, señorita Sophie T.

Esta se encogió de hombros.

—No importa. La pared impide que los vecinos me vean.

—Los vecinos puén mirar por encima —señaló Clara—. La señorita Crandall estará probablemente vigilando por entre los visillos de su dormitorio en este mismo momento, riéndose con el espectáculo que le está ofreciendo —Clara elevó la mirada a las ventanas del segundo piso de la casa de al lado, acalorándose con el tema—. Probablemente le estará diciendo a su madre: «Ven a ver a la señorita Sophie T. Sería un debé, un acto de caridá decirle que no se pusiera nunca pantalones cortos. Tiene el trasero demasiado grande. Las señoras con traseros grandes no deberían ponerse nunca pantalones cortos.»

—Tienes una cara muy dura, Clara —replicó Sophie Tate—. Tengo un tipo bastante bueno para una mujer que se va acercando a los sesenta. Puede que me haya puesto un poco ancha, quizá, pero no más que la mayoría. Yo diría que incluso menos. Mi trasero —añadió volviéndose para mirarlo—, no está nada mal. Y ¿quién eres tú para decir nada? El tuyo es mucho más grande que el mío.

Sophie Tate reanudó la tarea de acabar con las malas hierbas, descargando su indignación con la planta que tenía delante.

Clara se dirigió a la puerta trasera e intentó decir la última palabra:

—Por lo méno, yo llevo el mío tapado y decente. No voy por ahí enseñándolo con pantalones cortos.

Aquello fue demasiado.

—Menos mal que no —gritó Sophie Tate por encima del hombro —. Si lo hicieras podrías cobrar la entrada porque ibas a atraer a una verdadera multitud.

Clara ni se dignó replicar, y entró en la casa cerrando la puerta con violencia.

Sophie Tate recordó demasiado tarde que había pensado pedirle que hiciera un lote de sus maravillosos buñuelos de queso para poder congelarlos para la reunión del club de bridge al día siguiente por la noche.

Si se lo pidiera ahora, después de cómo habían empezado el día, probablemente los llenaría de veneno para las plantas.

Sophie Tate tardó casi toda la mañana en lograr que Clara recuperara su buen humor y en convencerla de que podía esperar hasta el viernes para hacer una limpieza a fondo en la habitación de Evelyn.

—Estará fuera el mes entero —señaló Sophie Tate—. Tendrás tiempo más que suficiente hasta entonces. Además, ya sabes cuanto les gusta a las amigas del club de bridge los buñuelos de queso. Me paso prácticamente la noche entera metiéndolos en el horno cada vez que nos los preparas.

—No comprendo mú bien cómo pué ser eso —replicó Clara con la severidad pintada en su rostro negro—. Me parece que cuando se reúnen, se dedican más a beber que a comer. Hay viernes en que no pué ni levantar la cabeza.

Sophie Tate inició una ofendida réplica pero lo pensó mejor. Su obligación era mostrarse humilde y responder con suavidad.

—Por favor, Clara —pidió.

Al final, Clara preparó los buñuelos y los metió en el congelador. Se despidieron de forma amable discutiendo el menú para la cena que Sophie Tate iba a ofrecer el sábado por la noche, con Clara encargada de preparar y servir la comida.

Una de las miembros del club trajo una invitada el miércoles por la noche para sustituir a Evelyn Tryon. Aunque habían sido sólo cuatro hasta la llegada de Evelyn, ahora les gustaba ser cinco para que la anfitriona quedara libre para ocuparse de las bebidas en vez de tener que levantarse corriendo entre cada partida.

Sophie Tate estaba en la cocina preparándose una nueva bebida aprovechando una pausa en sus tareas de anfitriona, cuando sonó el teléfono. Eran poco más de las diez de la noche.

Las citas por ordenador eran lo último que tenía en la mente en aquel momento. Estaba totalmente desprevenida para aquella voz masculina.

—¿Puedo hablar con la señorita Rebecca Meade, por favor?

Total silencio por parte de Sophie Tate. Mientras reaccionaba, todo su espíritu bromista salió a la superficie.

—Un momento —replicó.

Dejó colgando el auricular, se tomó otro trago de su copa,

recorrió la cocina de un extremo a otro y volvió a coger el teléfono.

—Diga —exclamó, arrastrando suavemente las palabras.

—Hola, señorita Meade —dijo una voz masculina, algo inexpresiva pero agradable—. Soy Mal Weston. ¿Se acuerda de mi nombre? Tengo el suyo en mi lista de Científicos Asociados. Le escribí sugiriéndole que nos viéramos, pero no he recibido noticias suyas hasta ahora.

—Oh, sí, me acuerdo —contestó Sophie Tate—. Había pensado escribirle… —Se interrumpió al recordar que Rebecca Meade no había dado ningún número de teléfono. Aquel joven se había tomado bastantes molestias para obtenerlo, pensó, experimentando una punzada de inquietud que pasó rápidamente—. Creo que soy la peor del mundo para eso de contestar cartas —continuó acentuando el arrastrar de las palabras—. Pero, ¿cómo consiguió el número de aquí para poder llamarme?

—Bueno, la guía local de la biblioteca viene dispuesta por calles e incluye los números de teléfono. Por cierto, ¿quién es S. T. Curtís?

—Mi tía —replicó Sophie Tate sin un momento de vacilación—. Estoy alojada con ella mientras sigo un curso aquí, en Alexandria. Pero es un poco rara. Es una solterona, muy irritable —Sophie Tate cogió su vaso, bebió y prosiguió la conversación—. No le gusta que le de a nadie mi número de teléfono —su voz adoptó una nota provocativa—. Es verdaderamente estricta. No me atreví a incluirlo. Y menos aún a decirle que había enviado ese formulario.

—Dios santo, suena igual que mis tías —comentó Mal Weston, olvidándose del sueño de la abuela rica y sustituyéndolo por una tía soltera, excéntrica, más joven y más temible, pero al menos sin hijos y con Rebecca como posible y única heredera.

—Desde luego, es un poco difícil —prosiguió Sophie Tate con su acento forzado y disfrutando con la situación. Volvió a tomar un trago —. No puede ni imaginarse…

—Pero, ¿no la mantendrá encerrada con llave, supongo? ¿Qué le parece si quedamos en algún sitio, si es que prefiere que no vaya a su casa? ¿Puede salir? ¿Su tía trabaja o algo así?

—No, está siempre en casa —replicó Sophie Tate con tono quejumbroso.

«Dinero», pensó, «la tía debía de tenerlo a montones, menudos ingresos debía tener para mantener una casa así».

—¿Estás ocupada mañana? —preguntó.

—Cielos, me temo que sí. Me voy fuera, ¿sabes? Tomo un avión a las diez el sábado por la mañana. ¿No es una pena que no llamaras antes? Quizá, cuando regrese…, pero mientras tanto, cuéntame algo más de ti, Mal.

—No hay mucho que contar. Tengo un apartamento. Estoy

haciendo un trabajo de investigación en Washington y no hay nada más.

—Oh, venga ya, seguro que hay más —murmuró Sophie Tate intentando parecer interesada aunque su atención se vio distraída por alguien que entraba en la cocina con su vaso vacío, preguntando:

—¿Dónde está la encargada del bar?

Sophie Tate le hizo un gesto de que guardara silencio con el índice contra los labios; le indicó las bebidas para que la invitada se preparara su propia copa. Mientras tanto, intentaba mantener el acento juvenil al pedirle a Mal Weston que le contara más cosas sobre sí mismo.

La amiga frunció las cejas con expresión de asombro y se quedó remoloneando una vez preparada la bebida, pero Sophie le hizo un gesto de que se fuera de la cocina y garrapateó en la agenda de teléfonos: *Te lo contaré después*.

Había escuchado sólo a medias lo poco que le contó Mal sobre sí mismo. Pero Sophie reaccionó cuando preguntó:

—¿Qué me dices de ti, Rebeca? ¿De dónde sacaste ese acento del sur si procedes de Nebraska?

—Oh, me educaron en Richmond. Mi familia se trasladó a Nebraska hace sólo unos cuantos años, pero la mayoría de nuestros parientes siguen viviendo allí. —Para evitar nuevas preguntas añadió con tono pesaroso—: Ha sido muy agradable hablar contigo, Mal. Siento que no tengamos oportunidad de conocernos, puesto que voy a estar fuera y todo lo demás.

—¿A dónde vas?

Sophie Tate se quedó con la mente en blanco. No se le ocurría ningún sitio.

—Oh, iré de aquí para allá.

—Escucha, ¿no podrías dejar lo que tengas que hacer mañana por la noche, poner algún tipo de excusa o lo que sea...?

—Oh, por supuesto que no —replicó Sophie Tate, escandalizada —. A mi tía le daría un ataque. Sólo estamos nosotras dos, comprendes, y cuenta conmigo para cenar mañana, es la última noche antes de mi viaje.

Mal elevó un tanto su cálculo de dinero de la tía, añadiendo la idea de que Rebeca Meade no estaría tan preocupada por no ofenderla a menos que tuviera expectativas de heredarla.

—Entonces, ¿qué te parece vernos en algún sitio mañana por la tarde para tomar una copa? —no tuvo que fingir la ansiedad de su voz —. Quiero conocerte antes de que te vayas, Rebeca. No me has dicho cuánto tiempo vas a estar fuera.

—Realmente, no lo sé seguro... varias semanas por lo menos.

—Entonces, más razón aún para tomarnos una copa juntos y

poder conocernos mutuamente.

Debe de ser guapo, pensó Sophie Tate. En caso contrario, no hablaría con tanta confianza de desear que ella, o más bien Rebeca Meade, le conociera en persona.

—Sólo una hora —insistió él—. Sugiere cualquier sitio que a ti te venga bien.

Otra de las amigas apareció en el umbral, haciendo sonar los cubitos de hielo de su vaso vacío para indicar a Sophie su abandono de sus obligaciones como anfitriona.

Tenía que apartar a Mal Weston del teléfono; en cualquier caso, ya empezaba a ponerse pesado, y para lograrlo tendría que aceptar verse con él en alguna parte y luego llamarle para anular la cita.

Por su mente cruzó la idea de que si la tienda de decoración en la avenida Wisconsin había recibido el nuevo muestrario de telas para mañana por la tarde, probablemente le convendría acercarse para ver si alguna de ellas resultaba adecuada para la butaca de orejas que deseaba volver a tapizar. Por supuesto, ni se le ocurriría echar una mirada a Mal Weston, pero, sin embargo...

—¿Qué te parece algún sitio cerca de Georgetown a última hora de mañana por la tarde? —dijo ella—. Quizá pueda ir, pero no te lo puedo prometer con tantas cosas como tengo que hacer para marcharme, pero lo puedo intentar.

—Magnífico. Digamos entre las cinco y cinco y media, ¿te parece?

—Me parece... fenomenal —replicó Sophie Tate, dudando sobre la elección del adjetivo. ¿Las chicas de ahora dirían cosas así? Será estupendo —añadió rápidamente, olvidando arrastrar las palabras.

—¿Te parece que quedemos en el Club Calico? ¿Sabes dónde está...? En la calle M esquina a la Avenida Wisconsin.

—Oh, sí —contestó Sophie Tate, que no había oído nunca mencionar ese sitio—. Sin embargo, debes recordar que no te aseguro que pueda ir. Ah, otra cosa..., ¿cómo vamos a reconocernos?

—Yo estaré ojo avizor para verte: una chica rubia de un metro setenta.

—Pero, ¿cómo sabremos que no habrá allí montones de ellas? —a pesar de la presencia de una de las jugadoras de bridge en el umbral, Sophie Tate se permitió un tono de coqueteo—. Será mejor que me digas qué aspecto tienes.

—Uno ochenta y cinco. Pelo negro y ojos oscuros. Si hace tanto calor como hoy no llevaré chaqueta, sino, probablemente, una camisa verde oliva.

—Qué divertido. Estoy deseando que llegue mañana..., si es que puedo ir.

Cielos, sonaba de lo más incitante, pensó Mal Weston.

—Yo también lo deseo. Adiós por ahora, Rebecca.

—Adiós, Mal —replicó Sophie Tate con tono acariciador.

Colgó el teléfono y sonrió a su público instalado en el umbral de la cocina.

—¿Qué tal resulto como Rebecca Meade?

—Dios bendito, ¿era alguien de la lista de ordenador? ¡Oh, no, Sophie Tate! —la amiga salió corriendo hacia el salón para contárselo a las otras.

Sophie Tate la siguió y entró con andares afectados en la habitación, disfrutando con las exclamaciones ante lo que había hecho.

—Parecía una ternera en celo —decía la que había comunicado la noticia—. Imaginaos. ¿Cómo vas a librarte de la cita que has concertado, Sophie T.?

—¿Estás dando a entender que no puedo ponerme guapa y acudir a ella? —Sophie Tate adoptó una expresión dolida—. Quien sabe, puede que sucumbiera ante mis encantos si lo hiciera.

—No digas tonterías, Sophie T.

—Bueno, no voy a darle un plantón.

Le llamaré mañana y le diré que no puedo ir. Ya he preparado el terreno diciéndole lo ocupada que estoy preparando un viaje. Le conté que me voy por un período indefinido, Rebecca Meade, me refiero, así que no volverá a llamar.

—¿Cómo ha conseguido tu número?

—Por la guía de calles.

—¡Qué emprendedor por su parte! —fue el comentario—. Pero no debiste dejarte enredar, Sophie T. Debiste decirle que ella ya no vivía aquí contigo o algo por el estilo. ¿Por qué has hecho una cosa tan tonta, simulando que eras Rebecca?

—Porque me apetecía —replicó Sophie Tate, dolida por las críticas.

—Eso es típico de nuestra querida Sophie —dijo una de las presentes—. Cualquier cosa con tal de divertirse. ¿Cuál de ellos era?

—Qué más da —contestó Sophie sacudiendo bruscamente la cabeza—. Vosotras no aprobáis que yo me divierta un poco, así que ¿por qué os tiene que interesar cuál de ellos fuera?

—No tiene importancia —dijo una de ellas con tono apaciguador —. Además yo ni siquiera recuerdo cómo se llamaban. Tú tienes la lista, Sophie T., así que después de que le llames y anuales la cita puedes borrar su nombre.

—Eso es lo que pensaba hacer —replicó Sophie Tate.

La invitada que sustituía a Evelyn parecía perpleja.

—Es sólo una broma entre nosotras —explicó la amiga que la había traído—. Es una tontería. ¿A quién le toca jugar?

Sophie Tate recogió los vasos vacíos para preparar nuevas

bebidas. El juego prosiguió. No volvieron a mencionar la llamada de Mal Weston.

A la mañana siguiente, mientras rellenaba unos cheques en su escritorio, tropezó con su carta. Arrugó el ceño, la hizo pedazos y la tiró a la papelera que Clara vaciaría después.

Ahora no había necesidad de contestarla. Sólo tenía que llamarle por teléfono para anular la cita.

Cuanto antes lo hiciera, mejor…

Buscó el número en la lista de Científicos Asociados y lo marcó. No obtuvo respuesta entonces ni cuando volvió a intentarlo a diferentes intervalos a lo largo del día.

Que lata, pensó. Tendría que dejarle ir al Club Calicó y mandarle allí un mensaje.

5

Si Sophie Tate hubiera tenido que andar un trecho más largo; si la tienda de decoración hubiera estado situado a más de tres manzanas de la calle M con el aparcamiento donde había dejado el coche situado en un punto intermedio entre ambos; o si hubiera tardado un poco más en elegir la tela para tapizar el sillón... si cualquiera de estas contingencias se hubiera producido, habría evitado que Sophie Tate acudiera al Club Calicó que, como ella sabía perfectamente, era un lugar que le convenía evitar.

Tal como ocurrieron las cosas, dudó en la entrada del aparcamiento y echó una mirada al reloj. Eran poco más de las cinco. Tenía tiempo de sobra, casi una hora y media, antes de reunirse con Shelby Saunders, uno de los miembros del club, para cenar juntas en un restaurante de Alexandria.

Además, razonó, el tráfico estaría en el peor momento justo ahora, mientras que si se tomaba una copa en algún sitio y esperaba hasta que disminuyera un poco, acabaría ahorrándose tiempo cruzando el puente y atravesando el parque...

Fue caminando hasta la calle M.

El Club Calicó no quería gastar en luces. Al entrar en él, después de la luz brillante del exterior, Sophie Tate se detuvo un momento en el vestíbulo dejando que sus ojos se adaptaran al cambio, al aspecto acogedor del lugar con las ventanas cubiertas con cortinas de algodón, las paredes y los reservados forrados con madera oscura y pequeñas lamparitas con pantallas de la misma tela de algodón. Había unas cuantas pinturas en las paredes que con su idea convencional del arte no formaban más que unas manchas de color pintarrajeadas sobre el lienzo.

Aparentemente era muy pronto para los clientes del Club Calicó. Sólo había unas cuantas personas diseminadas en las mesas y unas pocas más sentadas en la barra del bar.

Sophie Tate no tuvo dificultad en identificar a Mal Weston en un reservado junto a la puerta, con sus ojos oscuros, pelo negro, camisa verde oliva, corbata algo más oscura, evidentemente alto, incluso estando sentado.

El la miró cuando entró o más bien su sojos pasaron sobre la mujer de edad, de huesos grandes, con cabello de un rojo chillón, rostro chupado y vestida con un traje morado de algodón.

Su mirada bajó a la bebida que tenía delante, volvió a alzarse al abrirse de nuevo la puerta detrás de él. Entraron un hombre y una mujer, no la rubia alta que estaba esperando.

Sophie Tate se instaló en otro de los pequeños compartimentos

que le permitía observar el nítido perfil de Mal Weston.

No estaba mal para una cita a ciegas, pensó, porque aquellas relaciones por ordenador eran casi iguales que las citas que se concertaban a ciegas cuando ella era joven. Efectivamente era un tipo bien parecido a quien Rebecca Meade, si fuera una persona real, probablemente le hubiera agradado conocer.

Sophie Tate pidió un gin tonic y se lo fue bebiendo lentamente con un ojo en Mal Weston. El pidió otra copa sin dejar de echar miradas a su reloj. Cada vez que alguien entraba levantaba la vista rápidamente.

A las seis menos veinte, a Sophie Tate empezó a remorderle la conciencia. Se terminó la bebida, hizo una señal al camarero de que le trajera otra y se dirigió a la cabina telefónica situada en la parte del fondo.

En el mismo momento, Mal Weston pensando con enfado que Rebecca Meade ya le había hecho esperar bastante, se puso en pie para ir a llamar y descubrir qué era lo que le había pasado.

Entonces vio que la vieja pelirroja se le había adelantado para ocupar la cabina telefónica. Volvió a sentarse.

Sophie Tate buscó el número del Club Calicó, introdujo una moneda y lo marcó. Oyó cómo sonaba el aparato de la barra y observó a través del cristal al camarero que levantaba el auricular.

Era fascinante, como si tuviera un teléfono del futuro que permitiera ver a la persona con la que se estaba hablando, pensó.

—Calicó Club —dijo el camarero.

—Oiga. Quiera hablar con Mal Weston. Por favor, ¿querría pedirle que se pusiera al teléfono?

—Un momento.

—Gracias.

Sophie Tate tenía la sensación de que su cabina de cristal se había convertido en un palco privado de un teatro en el que se representaba un espectáculo exclusivamente para ella.

Vio la mirada del barman pasar sobre la concurrencia y sus labios que se movían mientras por el auricular le oía gritar:

—Llaman al teléfono al señor Malcolm Weston. Señor Malcolm Weston.

Vio cómo Mal se levantaba y se dirigía a la barra frunciendo el ceño mientras levantaba el auricular. Ahora le tocaba actuar a ella.

—Mal —dijo con su acento lánguido, suave y sin aliento—. Lo siento muchísimo pero me es imposible ir.

—¿Por qué no?

Daba la impresión de que la estaba mirando directamente a ella a través de la cabina. Volvió la cabeza, temerosa de que pudiera leer en sus labios, aunque el sentido común le decía que estaba demasiado

lejos y que él no se fijaba en ella en absoluto.

—Estoy todavía en el Enfant Plaza. Llevo de compras toda la tarde y me es imposible verte hoy. Además, mi tía está conmigo y ya te he explicado cómo es. He intentado librarme de ella —continuó Sophie Tate con tono de disculpa—, pero ha sido imposible. Siento haberte tenido esperando todo este tiempo para nada. De verdad que creía que...

Ella siguió hablando, Mal no decía nada. Sophie no se atrevía a mirar a través del cristal.

—Quizás cuando regrese... aunque no sé cuándo será eso...

—¿Qué era lo que decías que ibas a hacer esta noche? —preguntó por fin.

—Es la noche de mi tía..., ¿recuerdas? Cenamos juntas y luego tengo que hacer el equipaje. No tendré ni un minuto para mí misma. Lo siento...

—Yo también —replicó Mal Weston con sequedad.

—Bueno, quizás tengamos más suerte en otra ocasión. Adiós, Mal.

Colgó sin esperar su respuesta, le vio cómo empezaba a decir algo, se interrumpía y colgaba a su vez. Ella levantó el auricular y simuló estar hablando todavía con alguien por si acaso miraba hacia ella.

El joven se dirigió a su mesa. Sophie Tate siguió hablando por el aparato silencioso, o más bien recitando:

—El muchacho permanecía en la cubierta en llamas, picoteando cacahuetes... Porque, ¿qué mejor muerte puede tener un hombre que enfrentarse a la terrible fortuna por las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses? Es (¿o era en pasado?) el Antiguo Marinero y detuvo a uno de los tres. Ahora con la larga barba gris y los ojos relucientes (¿o era brillantes?)...

Por fin colgó y regresó a su sitio. La bebida la estaba esperando.

Se atrevió a lanzar una mirada a Mal Weston, que estaba inclinado sobre su vaso, con la frente fruncida en un gesto de enfado.

Bueno, no era de extrañar, pensó.

Los remordimientos de conciencia le impidieron acabarse la bebida. Pagó la cuenta y salió. Mal Weston no levantó siquiera la mirada cuando ella pasó a su lado.

Intentó olvidarse de lo que había hecho mientras caminaba hacia el aparcamiento, pero no lo logró del todo. Deseaba no haber ido al Club Calicó o, mejor aún, haberse negado a concertar la cita la noche anterior. Después de todo, no había resultado divertido. Había sido una cosa estúpida. Cruel. Infantil. Algo de lo que avergonzarse y que nunca mencionaría a nadie.

Cuanto antes pudiera apartarlo de su mente, mejor se sentiría consigo misma.

Sin embargo, Shelby Saunders volvió a traerlo a colación durante la cena. No inmediatamente, el tema no le interesaba hasta ese punto, sino mientras dilucidaban si iban a tomar postre o no.

—Por cierto, ¿qué hiciste por fin sobre la cita que aceptaste anoche para Rebeca?

—Llamé y la cancelé esta mañana a primera hora —replicó Sophie Tate—. Dije que estaba demasiado ocupada.

—Bien. Espero que con esto se acabe toda esta historia del ordenador. Creo que voy a tomar postre, Sophie Tate. El pastel de moras parece delicioso. Mañana me saltaré la comida para compensar el exceso.

—Yo también lo tomaré —dijo Sophie Tate, aliviada de que la otra no estuviera demasiado interesada para seguir haciendo preguntas.

Tomaron con calma las bebidas y la cena y luego prolongaron la ocasión tomando un licor. Eran las ocho y media cuando se separaron en la puerta del restaurante: Shelby Saunders camino del aeropuerto para recibir a su marido que regresaba de un viaje de negocios, Sophie Tate que se volvía a su casa.

Se encontraba a medio camino de allí, con las luces de posición encendidas ante la llegada del atardecer, cuando pensó en los champiñones que se había olvidado de comprar para la cena del día siguiente por la noche.

Tomó el camino más corto al supermercado, rebosante de la actividad de los compradores de las noches de los viernes.

Tardó un poco en encontrar champiñones grandes y firmes para que Clara los rellenara y pusiera al horno y más tiempo aún en pagarlos dada la cola que tenía delante en la caja rápida. No más de diez artículos, decía el cartel, pero la gente hacía trampa.

El atardecer se había transformado en noche cuando llegó por fin a su casa. El edificio, sombreado por los árboles de la calle estaba a oscuras, excepto por la luz de afuera que tenía costumbre de dejar encendida siempre que esperaba no regresar a casa hasta después de oscurecido.

No es que la necesitara en realidad. Al bajarse del coche en el sendero de entrada, habría podido encontrar a ciegas el camino hasta la puerta principal o a través de la verja del otro extremo de la casa hacia la puerta de atrás.

Entró por la puerta principal, se detuvo para recoger el periódico de la tarde y fue encendiendo las luces de dentro según avanzaba hacia la cocina.

Metió los champiñones en la nevera y se llevó el periódico para leerlo en el cuarto de estar. Echó las cortinas antes de instalarse cómodamente.

A mitad de la lectura, rebuscó en el bolsillo un cigarrillo y no encontró más que un paquete vacío. El cartón que había comprado aquella mañana estaba arriba, en su habitación, pero, Dios santo, ¿se había fumado un paquete entero desde entonces?

En realidad no, pensó tranquilizada. Shelby Saunders se había quedado sin cigarrillos a la hora de cenar y se fumó tres o cuatro de los suyos, puede que incluso cinco.

Sophie Tate subió arriba para coger un paquete nuevo y dejó encendida la luz de su habitación. Desde la ventana observó que la de fuera estaba todavía encendida. La apagó al volver a bajar para regresar al cuarto de estar.

Acabó de leer el periódico y subió a acostarse con un libro.

6

Mal Weston no se marcho del Club Calicó hasta media hora o más después de que Sophie Tate saliera apresuradamente de allí. Se tomó otra bebida, la tercera, y estuvo dándole vueltas en la cabeza al brusco desaire que le había hecho Rebecca Meade por teléfono.

En realidad no había hecho ningún esfuerzo por acudir a la cita. Jamás había tenido la menor intención de hacerlo. Toda esa palabrería sobre su tía era parte de su falsedad. Si creía que era lo bastante tonto como para creérselo, no sabía con quien estaba tratando...

Pidió una cuarta copa. Entraron un par de chicas que le lanzaron una mirada de interés, pero él las miró ceñudo. En otro momento, quizás, pero no ahora. Ahora tenía a Rebecca Meade en la mente.

Cuando estuvo dispuesto a marcharse se dirigió al servicio de caballeros y al volver se detuvo junto a la cabina de teléfono. ¿Por qué no llamar a Rebecca Meade y decirle lo que pensaba sin esperar a más?

Buscó el número, sacó una moneda y lo marcó. Sonó y sonó una y otra vez. Nadie contestó. Rebecca, después de haber cenado con su querida tiíta y teniendo que hacer el equipaje para su viaje, debería estar ya en casa desde hacía bastante rato. Pero nadie contestaba, la casa estaba vacía.

Al parecer, era una mentirosa junto con todo lo demás.

Pagó las consumiciones y salió, pasando junto a las dos chicas que le habían mirado antes. Habían conseguido un par de tipos de pelo largo, uno de ellos con una guitarra.

Mal estuvo paseando en el coche sin rumbo fijo durante' un rato. Cuando ya eran casi las siete y media, se le ocurrió que no había comido nada desde el emparedado que se tomara al mediodía en un bar. Mejor sería tomarse otro ahora.

Su avance sin rumbo le había conducido hasta el Malí. Torció hacia la Avenida de Pennsylvania donde entró en una tienda especializada en emparedados. Se tomó dos hamburguesas con queso y dos tazas de café, pero el alimento físico no hizo nada para calmar el apretado nudo de rabia que sentía en su interior. El hablar con Rebecca Meade sería la única cosa que lograría calmarle.

Volvió a probar el número de teléfono. Seguía sin contestar. Las ocho y cuarto y todavía no había vuelto a casa. Ni siquiera la maldita tía había regresado.

Al volver al coche, le vino la idea que podían haber cenado fuera en algún sitio. Pero, si ése era el caso, estarían muy pronto de vuelta. Rebecca le había llamado al Club Calico bastante antes de las seis.

Desde entonces habían tenido tiempo más que suficiente de tomar una cena temprana y volver a casa para preparar todo el equipaje.

Mal tomó el puente de la calle 14 y siguió por el camino del parque hacia Alexandria. Buscaría un sitio para aparcar cerca de la calle South Rutherford, cerca de la casa, como hiciera la otra noche y esperaría a que apareciera Rebecca.

Esperaría toda la noche si fuera necesario; de otro modo no se quedaría satisfecho.

La calle estaba silenciosa a aquella hora del atardecer. Había coches aparcados a ambos lados, pero no tantos como para que escaseara el espacio. Pudo aparcar casi en el mismo lugar que encontró la otra noche frente al número 1415.

Mal observó la casa. Afuera brillaba una luz, pero ninguna en el interior. Rebecca y su tía no habían regresado todavía.

Apagó el motor y se tomó un trago de la botella que guardaba en la guantera; se retrepó en el asiento dispuesto a esperar.

Pasaron varios minutos. Una mujer salió de una casa varias puertas más abajo de donde él estaba, con un perrito sujeto con una correa, pero se alejó en la otra dirección.

Pasaron varios minutos más. Estaba oscureciendo. Un par de muchachos adolescentes pasaron por su lado, hablando entre sí, sin mirar siquiera en su dirección.

Al caer la noche, la luz de fuera, al otro lado de la calle, brillaba con más fuerza. Mal tomó otro trago y acababa de guardar la botella, cuando vio acercarse un coche hacia él, avanzando lentamente, con el piloto parpadeando para indicar un giro hacia la izquierda, hacia el sendero del 1415.

Rebecca y su tía volvían por fin a casa.

Mal se deslizó de al lado para verlas mejor desde el lugar del pasajero. Pero en el auto sólo estaba una de ellas, ¿Rebecca o su tía?, cuya silueta se recortaba contra los faros enfocados contra las puertas del garaje.

Las luces se apagaron, la puerta del coche se abrió y se cerró, el conductor cruzó por el césped en dirección a la puerta principal.

—Dios mío...

Mal se quedó con la boca abierta cuando la luz del exterior reveló el cabello rojo brillante, el rostro delgado y el vestido morado de la mujer que había visto anteriormente en el Club Calicó. No podía ser... ¿qué podía estar haciendo allí aquella mujer? Pero al observarla por la ventanilla del coche no había tenido la menor duda de que se trataba de la misma.

Abrió con la llave la puerta principal, recogió el periódico y entró en la casa cerrando la puerta tras ella.

Mal se derrumbó contra el asiento mientras las luces se encendían

en el interior.

—Cristo bendito —exclamó con asombro—, ¿sería ésa la tía de Rebecca Meade?

Tenía que serlo. El coche aparcado en la misma puerta, el atajo hasta la entrada, el modo seguro de entrar en la casa. Nada sugería el amigo o el huésped al que se le ha dejado la llave. Todo ello significaba que ella era la dueña que vivía allí.

La mujer era ST Curtís, la tía de Rebecca. No podía ser nadie más. Rebecca dijo que sólo estaban ellas dos.

Volvió a deslizarse bajo el volante, sacó la botella, bebió y la guardó de nuevo en la guantera. Mientras tanto sus pensamientos no se apartaban de lo que hizo la tía aquella tarde en el Club Calicó.

Rebecca la había mandado en su lugar. De eso no cabía la menor duda, pero ¿por qué?

La respuesta llegó rápidamente provocando unas desagradables líneas en el rostro de Mal. Rebecca la había enviado para que le echara una mirada y le informara de si debía mantener o no su cita con él.

Maldita zorra mentirosa, decirle que su tía era tan severa que no podía ni dar su número de teléfono y ni siquiera se atrevía a mencionar que había enviado el cuestionario... qué forma de mentir cuando la tía estaba al tanto de todo el asunto. Las dos se habrían reído juntas de él, cuando la tía se presentara en el Club Calicó para poder darle su informe.

Sin embargo, ¿cómo se las habían arreglado para que Rebecca pudiera rechazarle tan de prisa... ¿estaría esperando por algún lugar cercano, esperando a que su tía saliera y le diera el informe?

No, eso no, pensó, recordando el incidente de la cabina telefónica. Había observado cómo la tía entró en ella justamente cuando él se levantaba dispuesto a llamar a Rebecca.

Probablemente, durante todo el tiempo, Rebecca estaría allí, en la casa, esperando la llamada.

El veredicto fue negativo. Olvídate de él le diría la vieja bruja. No es nadie con quien te interese salir. No es de tu clase, no es lo suficientemente bueno para ti.

Inmediatamente después —¿había salido siquiera la tía de la cabina de teléfono?— Rebecca le llamó a él y anuló la cita.

¿Se habrían reunido las dos más tarde para ir a cenar y volverían a reírse a sus expensas?

Probablemente. Pero, ¿dónde estaba ahora Rebecca Meade?

Lo que estaba claro era que no se encontraba en la casa haciendo las maletas para el viaje que, al parecer, debía emprender al día siguiente. Quizás no existía tal viaje. Puede que sólo formara parte del cuento que le había montado.

Aunque podía ser que no. ¿Cómo habría resuelto el problema si el veredicto de la tía hubiera sido favorable y hubiera querido empezar a salir con él? No resultaría muy convincente limitarse a decir que el viaje se había cancelado.

Bueno, ya lo descubriría de un modo u otro, si había una palabra de verdad en lo que le había contado aquella pequeña desvergonzada.

El primer paso era esperar allí mismo para comprobar a qué hora regresaba a casa y quién la acompañaba. Lo que fuera a hacer después lo tenía todavía en el aire. No obstante sabía que haría algo porque, bien sabía Dios que no existía ninguna chica que pudiera hacerle la faena que le había preparado Rebecca y salirse con la suya.

El tiempo pasaba lentamente mientras esperaba, cada minuto parecía más largo que el anterior, quince minutos, veinte, treinta fueron transcurriendo. Surgió un problema inesperado, la presión de su vejiga debido a las copas que había tomado y a las dos tazas de café.

¿Dónde estaba Rebecca?

Agachado detrás del volante para evitar ser visto desde los coches que pasaban, Mal se revolvía inquieto en el asiento intentando en vano olvidar la incomodidad que experimentaba. Echó una mirada arriba y abajo de la calle. ¿Podría arriesgarse y hacerlo allí mismo, en la calzada? No; había demasiadas luces en los coches, demasiada gente entrando y saliendo de los autos.

Tendría que encontrar un servicio de caballeros en algún sitio, una gasolinera, quizás, aunque no había ninguna por las cercanías.

Salió con el coche en busca de una, pero encontró un sitio más a mano: un edificio medio en ruinas situado junto al río. Se dirigió a la parte de atrás y resolvió su problema.

Cuando regresó encontró el lugar donde había aparcado todavía disponible, apagó el motor y miró al otro lado de la calle. Se inclinó hacia adelante. Ahora no se veía ninguna luz en el piso de arriba, pero la luz de afuera y las del piso de abajo se habían apagado durante su ausencia.

Qué mala suerte. Alguien había acompañado a Rebecca a casa, no se veía ningún otro coche en la calzada o delante de la vivienda mientras él estaba lejos.

¿Volvería a salir de nuevo? Las luces de abajo apagadas decían que no, la luz de arriba indicaba que podía estar efectivamente haciendo el equipaje. Suponiendo que fuera así; suponiendo que se hubiera dejado algo que necesitara llevarse al viaje en el auto de la tía, tendría que salir para cogerlo.

No pasaría nada porque esperara un poco más por si tenía la oportunidad de echarle una mirada. ¿Qué hora sería?

Encendió una cerilla y miró el reloj.

Las diez y cuarto. Esperaría hasta las diez y media. Por si acaso.

Pero no ocurrió nada, nadie salió de la casa. La luz de arriba permaneció encendida. Eso fue todo.

A las diez y media puso el coche en marcha y se marchó a casa. Sin embargo, sólo dejaba la vigilancia por esa noche. Por la mañana estaría de vuelta para comprobar si Rebecca Meade tomaba ese avión de las diez.

Mal puso el despertador a las siete cuando se metió en la cama pero resultó que no lo necesitó pues se despertó a las cinco dando vueltas a la ofensa que le habían hecho. Después se quedó en un duermevela hasta que se levantó un poco antes de las siete.

Poco después de las ocho estaba otra vez en su puesto frente al número 1415. No se veía ningún periódico en los escalones de la entrada como en las casas adyacentes. Si se daba por supuesto que lo recibían, significaba que había alguien en la casa y lo había entrado ya.

El llevaba su propio ejemplar del *Post*. Le ayudó a pasar el tiempo y proporcionaba a su espera el aire de respetabilidad de un hombre que lee el periódico mientras espera a alguien a quien ha venido a buscar.

No es que hubiera mucha gente por allí para fijarse en él a las ocho y media de una mañana de sábado: unos cuantos niños jugando, un ama de casa o dos ocupadas en alguna tarea temprana, alguna criada camino de su trabajo.

La única señal de vida en la casa del otro lado de la calle eran las cortinas que se descorrieron en las ventanas del piso de abajo.

Dieron las nueve y pasaron. El aeropuerto estaba a sólo cuestión de minutos pero, aun así, si Rebecca Meade iba a tomar un avión de las diez, tendría que salir muy pronto para comprobar su reserva, pagar el billete, recogerlo o lo que tuviera dispuesto y facturar el equipaje.

Quedaron atrás las nueve y media y ninguna chica rubia salió a toda prisa de la casa. Sólo vio al cartero que dejó el correo en el buzón y pasó a la casa siguiente.

Mal Weston lanzó un juramento por lo bajo. ¿Cómo podría haber alguien tan mentiroso como Rebecca Meade en todas las palabras que salían de su boca?

Estaba dispuesto a marcharse cuando se le ocurrió que un vuelo de las diez no significaba justo a esa hora exacta. La gente hablaba de cosas que sucedían a una hora determinada cuando en realidad se referían a diez o quince minutos antes o después. Se quedaría un poco más para darle una última oportunidad a Rebecca Meade.

Poco antes de la diez, una mujer de color de constitución robusta, cruzó la calle entre su coche y el que estaba aparcado delante,

echándole una mirada al pasar.

El se inclinó sobre el periódico, sin prestarle atención hasta que la vio entrar en el 1415 tomando el sendero de ladrillos en el costado de la casa que conducía a la parte de atrás.

Era la criada de la tía que acudía al trabajo. Se había fijado en él. Sería mejor marcharse. Ya no había nada que le retuviera con las manecillas del reloj avanzando hacia las diez. Rebecca Meade no iba a coger ningún avión. Lo más probable es que estuviera todavía dormida en su cama.

Se puso alerta al ver que la puerta principal se abría al otro lado de la calle pero no era más que la criada que entraba el correo. Apenas pudo vislumbrarla un momento a través de los árboles de delante pero ella podría verle a él del mismo modo, o por lo menos a su coche.

Debería haberse marchado hacía ya tiempo. La gente de aquel tipo de barrio estaría alerta, o incluso haría que lo estuvieran sus criadas, ante cualquier desconocido que remoloneara por la zona. Se darían prisa en llamar a la Policía para que comprobara su identidad y eso era lo último que deseaba en aquel momento.

Se alejó con su coche. No obstante, regresaría una y otra vez, se dijo a sí mismo, hasta que hubiera aclarado las cosas con Rebecca Meade. La ira, que nunca estaba muy lejos de la superficie, hervía dentro de él cada vez que pensaba en lo fácil que le había sido a aquella chica el burlarse de él.

7

Si Mal Weston hubiera entrado en el jardín posterior de Sophie Tate durante algún momento de su vigilancia, la hubiera encontrado trabajando allí fuera asegurándose de que su jardín ofreciera el mejor aspecto posible en honor de los invitados a la cena.

Un poco antes de las diez había terminado y puso en marcha el aspersor, satisfecha de que no se había escapado a su mirada ni una mala hierba, ni una flor muerta.

Estaba sentada en la escalera de atrás con una taza de café y un cigarrillo, cuando llegó Clara.

—¿Verdad que está bonito?, —preguntó observando satisfecha sus dominios—. Llevo trabajando aquí como una fiera desde hace dos horas.

—Etá mú bonito... excepto —el tono de Clara se hizo crítico—, me paece que no enfundó los muebles del jardín antes de conectá el aspersor. Las señoras que se sienten aquí fuera con sus bebidas alcohólicas y tó lo demás, querrán que las sillas estén secas y limpias.

—Diablos, me olvidé de los muebles. Recuérdamelo más tarde, cuando cierre el aspersor... Y, por cierto, no sigas llamándolas bebidas alcohólicas esta noche, delante de todo el mundo. Sólo son bebidas, comprendes. Guárdate el tono de desaprobación para ti misma.

Clara, que se dirigía a la puerta de atrás, se dio media vuelta llena de inocencia ofendida.

—Oh, yo nunca, señorita Sophie T... le aseguro que no...

—Sí, lo has hecho y más de una vez además —fue la firme réplica de Sophie Tate—. La última vez fue hace sólo unas pocas semanas, la noche en que vinieron el coronel Martin y esos amigos suyos de Oklahoma a tomar unos cócteles. No pudiste buscar un momento peor para repetir sin cesar eso de las bebidas alcohólicas sabiendo perfectamente que el coronel es el mayor bebedor de Alexandria. Te dije entonces que me hiciste sentir de lo más avergonzada, así que no pretendas ahora que no lo dijiste.

—Pero...

—No discutamos más sobre ello, Clara —interrumpió Sophie Tate —, Aquello ya está olvidado. Basta con que recuerdes hoy que sólo estamos sirviendo bebidas y tampoco vayas poniendo cara seria cuando se las ofrezcas.

Clara, sabedora de que era culpable, estaba ansiosa por dejar el tema.

—He visto al cartero —dijo mientras entraba en la casa—. Voy a entrá el correo y luego prepararé las gambas. Aunque se ponga el ventilado y el aire acondicionado, dá lo mismo y huele toda la casa.

Luego sacaré la cristalería que piensa utilizá y le daré un buen fregado.

—Yo me ocuparé de eso —Shopie Tate se puso en pie—. Voy a meterla directamente en el lavaplatos.

—¿En el lavaplatos, señorita? —Clara parecía escandalizada—. La mejor cristalería de su mamá...

—Sí, efectivamente. Ya me has hecho fregar la vajilla y la cristalería a mano suficiente tiempo, Clara. La señora Saunders dice que mete todo en el lavavajillas y que todavía no le ha pasado absolutamente nada. Si la nuestra no puede aguantarlo igual de bien, qué se le va a hacer.

—Pero señorita Sophie...

—Sintoísmo exagerado —dijo Sophie Tate y cuando Clara la miró con gesto de incomprensión, explicó—: Veneración a los antepasados extendida a las posesiones que han dejado tras ellos... ¿Te parecen adecuadas para la mesa unas rosas rojas y unas bocas de dragón blancas?

—Muy bonito. ¿Tiene suficientes mantelillos de lino azul, de los que dijo que pensaba utilizá? —preguntó Clara atándose el delantal.

—Supongo que sí. Vamos a ver, ¿somos solamente diez, puesto que los Gleason no pueden venir? —Sophie Tate contó con los dedos —. Los Gleason y la sobrina que ha venido a visitarles; los Knight y su hijo para hacer pareja con la sobrina... él es guapísimo, espero que la sobrina esté a su altura. Eso hace seis; los Chester, ocho; el viejo comandante Rarren y yo, diez. Sí, esos seremos. ¿Quieres empezar a limpiar la plata que no limpiaste ayer, Clara?

—No, señorita. Como le dije voy a hacé las gambas primero —replicó Clara abriendo la puerta de la nevera.

—Bueno, mientras haces eso, meteré la cristalería en el lavaplatos.

Los preparativos para la cena continuaron en la comodidad con aire acondicionado de la casa de Sophie Tate.

El apartamento de Mal Weston era un horno de calor en los inicios de ese día de agosto. El ventilador que agitaba el mismo aire húmedo y estancado, no servía de mucho.

Su mente estaba mucho más activa que su cuerpo desnudo y sudoroso tumbado en el sofá-cama deshecho. Permaneció allí durante horas obsesionado con Rebecca Meade, soñando imaginarias venganzas contra ella, sexuales, sádicas o una combinación de ambas. De vez en cuando alargaba la mano para coger una galleta salada de la caja situada junto a la cama o se levantaba para buscar una nueva lata de cerveza. A veces se quedaba adormilado. La mayor parte del tiempo se limitaba a permanecer allí, cultivando, mejorando sus fantasías...

A eso de las cuatro, dado que no había comido nada más que galletas en todo el día, el hambre le impulsó a la acción.

Se dio una ducha. Se había afeitado esa mañana pero su piel oscura ya mostraba una sombra de barba. Se afeitó otra vez y se vistió. Se puso una camisa sport limpia y unos pantalones y se frotó con una toalla de papel los zapatos para sacarles brillo. No llevaba ningún plan preparado pero el ofrecer una apariencia cuidada resultaría una ventaja en cualquier situación que se presentara aquella noche.

Comprobó las existencias de licor y guardó una botella de medio litro en la guantera del coche antes de salir hacia un restaurante cercano para tomar una cena temprana. Iba allí con frecuencia. El servicio era rápido y podía tomar una comida adecuada a un precio modesto.

Se encontraba en la calle South Rutherford antes de las seis y media, aminoró la velocidad a un paso lento al acercarse al 1415 y vio gente entrando por la puerta principal: una pareja de mediana edad y un hombre bastante más joven, más o menos de su misma edad, bien parecido y vestido con un traje que Mal pudo comprobar con una sola mirada estaba fuera de sus posibilidades económicas. La pareja de más edad iba igualmente bien vestida. Los tres se iban riendo juntos; caminaban con la confianza en sí mismos que proporciona el haber tenido siempre lo mejor de todo y no haber tenido nunca que imaginar un mundo donde esto no fuera cierto.

Sin duda, el tipo joven era la pareja de Rebecca para las copas, la cena o lo que fueran a tomar. Era el tipo de individuo que contaría con la aprobación de la tía. No tendría necesidad de inspeccionarlo en un bar y de decirle a su sobrina que no era lo bastante bueno para ella. Era de su clase, procedía de un ambiente similar al de ellas, no, como Mal, nacido en un pisito miserable situado encima de una peluquería.

Mal aminoró aún más la marcha al pasar junto a la casa justo cuando la tía pelirroja abría la puerta para recibir a sus invitados. Le pareció vislumbrar a alguien más en el interior —¿Rebecca Meade o una invitada que había llegado antes?—, antes de que la escena desapareciera de su vista.

Dio la vuelta a la manzana y regresó. Al llegar a la casa vio otros recién llegados en las escaleras de entrada pero desaparecieron en el interior antes de que él se acercara.

En su tercera y última vuelta —estaba empezando a sentirse un poco en evidencia— estaba entrando un hombre anciano con un vientre prominente.

Mal se desvió hacia el río, aparcó junto a un almacén a orillas del agua y sacó la botella.

El calor del día había empezado a remitir. Una leve brisa soplaba a través de las ventanillas. Permaneció sentado tras el volante bebiendo y rumiando su amargura. La ira que sentía dentro se veía acrecentada por las festividades que tenían lugar en la casa de la calle South Rutherford.

A él nunca le invitarían a una fiesta aquellas dos mujeres. Lo único que consiguió de ellas y lo único que podía esperar sería un engaño como el de la noche anterior. Mentirosas, esnobs, pajarracas engreídas, eso es lo que eran Rebecca y su tía.

Pero él no se iba a callar como un corderito...

Hacia el atardecer volvió a dirigirse al 1415. Aparcó a cierta distancia y caminó hasta la casa.

Las luces de dentro estaban encendidas pero el salón, visible desde las dos ventanas de la fachada, estaba vacío. Sin embargo, oyó voces y risas procedentes de la parte de atrás. Allí es donde estaba la fiesta, en el jardín. ¿Estarían Rebecca y el individuo joven cogidos de la mano entre las flores?

Se acercó a la pared de ladrillo lateral y se detuvo a encender un cigarrillo, alargando todo lo posible el proceso mientras miraba a través de la valla. Allá atrás se estaban divirtiendo mucho, una diversión ruidosa con abundancia de bebidas probablemente, haciendo que todos alborotaran más de lo que lo harían normalmente.

Como para confirmar esta opinión, el joven que Mal había identificado como el compañero de Rebecca apareció ante su vista con un vaso en la mano y se inclinó para hablar con alguien sentado en una silla. Era una mujer, advirtió Mal al avanzar un paso, sólo parcialmente visible, con la espalda vuelta hacia él. ¿Rebecca? Estaba demasiado lejos como para poder distinguir con la luz que declinaba si era joven o vieja; la parte superior de su cabeza mostraba un cabello rubio o canoso.

Aspiró el cigarrillo y arrojó la cerilla, esforzándose por ver mejor a la mujer que volvió la cabeza para lanzar la vista hacia el joven inclinado sobre ella. Pero entonces, Mal oyó ruidos, pisadas que venían hacia él: un tipo senil con un perro. ¿Por qué tenía que haber siempre alguien paseando alguno en aquel maldito vecindario? Mal tuvo que ponerse a caminar a su vez como si viviera por allí cerca y hubiera salido a dar un paseo.

Recorrió dos manzanas antes de volver sobre sus pasos. El perro y su dueño habían desaparecido para cuando regresó a su puesto de observación pero lo mismo había ocurrido con los invitados, o al menos así empezaba a ocurrir: las voces iban disminuyendo de volumen a medida que entraban en la casa y el jardín fue quedándose silencioso en el atardecer.

Pasó por delante de la casa mirando por las ventanas. Vio gente

entrando en el salón pero antes de poder identificarlos, la criada que había visto por la mañana cruzó su línea de visión y echó las cortinas.

Al parecer los invitados se disponían a cenar, habían terminado las bebidas y se instalaban en el interior.

¿Qué debía hacer ahora, regresar obedientemente a aquel agujero que llamaba hogar?

Ni pensarlo. Se iría ahora, se tomaría un par de copas en algún sitio y volvería dentro de una hora. No más tarde. Rebecca y el joven podrían salir por su cuenta después de cenar. Eso es lo que él habría sugerido si hubiera sido su pareja. ¿A quien le gustaría quedarse con una serie de viejos toda la noche?

Al cruzar la calle, se fijó en la última casa de una hilera situada frente al número 1415. Una serie de escalones conducían a la puerta principal con lo que parecía ser una zona hueca debajo, enmascarada por unos arbustos que emitían el punzante aroma del boj. Las persianas estaban bajadas y no se veía luz detrás de ellas. El edificio tenía un aspecto abandonado. Había bastantes probabilidades, pensó, de que los dueños estuvieran fuera de vacaciones.

Mal regresó a las nueve y media. Encontró un sitio para aparcar algo más arriba del 1415 y fue caminando desde allí.

Lo único que pudo ver fueron las ventanas iluminadas con las cortinas echadas en el piso de arriba y de abajo. No sabía cuales de los coches aparcados junto a la acera pertenecían a los invitados, pero observó que el Corvette rojo que se sentía inclinado a atribuir al individuo joven, estaba todavía aparcado unas cuantas casas más allá.

Mal no estaba preparado para tanto ir y venir en la calle, aunque se dijo a sí mismo que debería haberlo estado, en una noche de sábado de verano y además tan agradable como aquella.

La gente salía a dar un paseo, entraba o salía de las casas; los coches se ponían en marcha, los faros le enfocaban con su luz, lo que significaba que no podía quedarse por allí, sin llamar la atención.

La casa del final de la calle, situada frente al 1415 seguía a oscuras. Cruzó hacia ella y se escondió en el semisótano.

Le proporcionaba un buen escondite pero nada más. Tenía que abandonar de vez en cuando el escondijo para vigilar el 1415 y al mismo tiempo evitar que le vieran.

No tenía necesidad de aguantar tantas molestias, decidió al cabo de un rato. Podría obtener el mismo efecto manteniéndose oculto y utilizando los oídos. Oiría la puerta cuando se abriera y los saludos de despedida cuando los invitados empezaran a marcharse.

Se había traído la botella. Le pareció más seguro no encender un cigarrillo pero al menos podría tomarse un trago o dos mientras esperaba.

Seguía sin tener ningún plan en la mente excepto algún tipo de

confrontación con Rebecca Meade. Si salía a algún sitio con su acompañante les seguiría en el coche. Si se quedaba en casa, llamaría al timbre cuando los invitados se hubieran marchado. En cualquiera de ambos casos, le diría unas cuantas verdades y le haría saber que no era tan tonto como ella se había pensado. Si la tía se entrometía, él no tenía nada que objetar. También le agradaría mucho decirie lo que opinaba de ella una vez puestos a ello.

Sabía que aquello no cambiaría nada pero al menos le haría sentirse algo mejor respecto a la sucia faena que le habían preparado.

Sólo de pensarlo, los puños se le cerraban con fuerza. No es que pudiera utilizarlos con aquel par de mujeres, por mucho que le hubiera gustado hacerlo. Los fue abriendo lentamente pero casi como por propia voluntad de ellos, al parecer, volvieron a cerrarse.

La primer señal de actividad al otro lado de la calle se produjo poco después de las diez —no podía hacer más que adivinar la hora en la oscuridad— cuando la puerta de la verja se abrió y cerró.

Salió con precaución del semisótano y vio aparecer ante su vista a la criada junto al muro de ladrillo cercano a la casa. Se dirigió hacia el cruce a unas cuantas manzanas de distancia por donde pasaba la línea de autobús.

Mal estuvo observando hasta que la perdió de vista y luego retrocedió a su escondite.

La calle se estaba quedando silenciosa. Encendió una cerilla y echó una mirada al reloj. Marcaba las diez y media. La reunión debería disolverse pronto.

Mal se tomó otro trago y paseó de un lado a otro en el reducido espacio durante lo que le pareció un tiempo interminable antes de volver a comprobar la hora. Casi las once. ¿Qué demonios estarían haciendo allí dentro... no se suponía que la gente debía marcharse a una hora razonable cuando estaban invitados a cenar?

Echó un vistazo al Corvette. Seguía aparcado en el mismo sitio. No parecía que Rebecca Meade y su acompañante fueran a salir a ninguna parte aquella noche.

Pasaron otros diez minutos o cosa así. Mal se sentía a punto de estallar de rabia contenida si no podía pasar a la acción inmediatamente.

Por fin, la puerta principal se abrió al otro lado de la calle. Oyó a gente que se deseaba las buenas noches, decía: qué fiesta tan estupenda había sido y cuanto se habían divertido.

Salió afuera para ver quién se marchaba. Al parecer todos se iban al mismo tiempo: la pareja de mediana edad y el tipo joven que había emparejado con Rebecca, bajaban las escaleras, otras personas rodeaban a la tía en el umbral. Cuando Mal se aventuró un poco más en la acera, intentando descubrir a Rebecca en el grupo, un coche dio

la vuelta a la esquina y aminoró la marcha para aparcar en doble fila delante de la casa situada junto a la que le servía de refugio.

Tuvo que volver a ocultarse y escuchar, rebosante de indignación, un amable intercambio de comentarios sobre la velada y promesas de llamarse muy pronto entre el conductor del vehículo y la mujer que se bajó de él. Mientras tanto, oyó los últimos saludos de despedida al otro lado de la calle, en el 1415, la puerta principal que se cerraba y los invitados que se separaban en dirección a sus vehículos.

Los motores se pusieron en marcha, los faros se encendieron y los coches se alejaron. Demasiado tarde para que a Mal le valiera de algo, la mujer de la casa de al lado subió los escalones delanteros y entró en el edificio. El silencio se apoderó de la calle.

Mal salió del semisótano. La luz de fuera del 1415 estaba apagada, lo que significaba que todos los invitados se habían ido, pero dentro se veían luces, arriba y abajo. Rebecca y su' tía no tendrían ninguna prisa en irse a la cama; seguramente les agradaría sentarse un rato a hablar sobre la fiesta. Su mirada recorrió la calle. Algunas casas estaban iluminadas, otras estaban a oscuras. La mujer que acababa de regresar parecía haberse ido directamente a acostar. Se veían luces en el piso de arriba pero ninguna abajo. En la acera de enfrente, las casas a ambos lados del 1415 estaban a oscuras.

La luz de al lado se apagó. Mal cruzó al 1415.

Sophie Tate estaba contenta porque había sido una buena fiesta, cuando cerró la puerta tras el último de sus invitados. Sabía que ella no lo habría pasado tan bien si sus invitados no se hubieran divertido.

Regresó al salón para recogerlo antes de irse a la cama, colocó los almohadones, cogió los vasos y ceniceros y se los llevó a la cocina. Dudó entre sacar la última tanda de platos limpios que Clara había metido en el lavavajillas pero no se sentía con ánimos. Podían esperar hasta mañana, pensó. Estaba cansada. Se fumaría otro cigarrillo y se iría a la cama.

Salió afuera a fumárselo y apagó la luz de la cocina para no atraer a los insectos.

Se instaló en los escalones de la parte de atrás para contemplar su jardín con letárgica satisfacción.

Sonó el timbre de la puerta.

Alguno de los invitados se había olvidado algo y había vuelto a recogerlo, pensó.

8

Sophie Tate suspiró mientras se levantaba de los escalones y entraba en la casa para contestar a la llamada de la puerta. No le agradaba que nadie viniera a aquellas horas, era casi medianoche. Tenía ganas de irse a la cama. Fuera quien fuera, intentaría librarse rápidamente de él.

La sorpresa de ver a Mal Weston en el umbral la dejó sin habla por un momento e incapaz del menor movimiento.

Este cruzó la puerta y la cerró detrás de sí antes de que ella pudiera reaccionar.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere? —estalló por fin—. ¿Quién es usted, joven? ¿Qué está haciendo aquí?

El la miró de hito en hito.

—No intente que me trague ese cuento. Sabe perfectamente quién soy. Usted estuvo ayer en el Club Calicó echándome un vistazo. Quiero hablar con su sobrina, Rebecca Meade.

«Cielo santo», pensó Sophie Tate, «en qué lío tan terrible se había metido. ¿Cómo iba a salir de él»?

Intentó ganar tiempo, replicando con severidad:

—No me gustan en absoluto sus modales, ¿quién le autoriza a entrar así a estas horas de la noche?

—Y a mí no me gusta el modo cómo se burlaron ayer de mí, tampoco —replicó Mal Weston, avanzando dentro del vestíbulo, abarcando con la mirada todo lo que podía ver del salón—. ¿Dónde está Rebecca?

—¿Rebecca? Pero si ella no está aquí. Se ha marchado.

—¿Marchado?

El primer pensamiento de Mal fue que había concertado una cita tardía con el individuo joven, acordando reunirse con él en alguna parte. Inmediatamente comprendió que la habría visto salir de la casa o cogiendo el coche de su tía.

—¿Qué quiere decir con eso de que se ha marchado? —preguntó.

—Se ha ido de viaje. Ya se lo dije... —Sophie Tate se interrumpió intentando separar lo que debía decir en su papel de tía de lo que le había contado ya a Mal Weston como Rebecca—¿no es cierto?

—¿Cuándo? —ahora iba a pillarla en otra mentira.

—Esta mañana. Tomó el avión de las diez.

—Oh —en su interior se inició un lento temblor—. Es extraño. Yo vine aquí esta mañana, me pareció que podía por lo menos despedirme de ella, pero no tuve la menor oportunidad. Nadie de esta casa tomó ningún avión de las diez.

Salió más temprano...

—¿Cómo de temprano?

Su intensa mirada la advirtió de que estaba dispuesto a saltar, como un gato sobre un ratón, ante cualquier mentira que le dijera sobre la hora en que Rebecca Meade salió de la casa. No sabía cuánto tiempo había estado él vigilando. Resultaba demasiado fantástico, increíble, que hubiera venido, ya fuera esta mañana o esta noche.

—Lo que quiero decir es que se fue ayer por la noche —replicó Sophie Tate. Sonaba tan falso que tuvo que adornar la mentira añadiendo apresuradamente—. Rebecca cambió sus planes en el último minuto y tomó un vuelo nocturno. Se ha ido a Hawai. Estará fuera dos o tres semanas y no volverá aquí en absoluto. Quiere tener su propia casa..., independencia, ya sabe, no quiere que yo esté siempre encima de ella...

Sophie Tate pensó con orgullo que aquel toque final proporcionaba credibilidad a su historia. ¿No le había explicado, en su papel de Rebecca, lo severa que era su tía?

Pero la mirada furiosa que él le lanzó anuló su momento de orgullo. No se estaba creyendo ni una sola palabra.

Aún así, no pudo creer a sus oídos cuando le oyó decir:

—Es una maldita mentirosa igual que Rebecca.

El joven pasó furioso a su lado en dirección al salón. Echó una rápida mirada por la estancia, siguió por el comedor, el cuarto de estar, cocina y salió por la puerta de atrás encendiendo la luz para echar un vistazo al jardín.

Ofendida, Sophie Tate iba detrás de él protestando.

—Escúcheme, joven, ¿qué es lo que está haciendo aquí, comportándose de ese modo?

Mal Weston no le prestó la menor atención. Volvió a entrar en la cocina, abrió la puerta de la bodega, encendió la luz y bajó corriendo las escaleras para mirar en el sótano.

—¡Esto ya es lo último! —exclamó Sophie Tate desde lo alto de las escaleras—. Es ridículo. ¿Cree de veras que Rebecca Meade está escondida ahí?

El subió los escalones de dos en dos.

—No sé dónde está, lo único que sé es que aquí está pasando algo muy extraño y voy a descubrir de qué se trata. ¿Dónde está su sobrina? —preguntó agarrando a Sophie por el brazo—. Quiero saber la verdad y la quiero ahora.

La verdad. ¿Qué diría si ella le contara que no existía tal persona de Rebecca Meade, que el club de bridge se la había inventado y enviado el cuestionario como una broma?

No la creería. ¿Por qué habría de hacerlo después de todas las mentiras que ya le habían contado?

—Suélteme —pidió, sacudiéndose de la presión que él ejercía en

su brazo.

Mal la empujó a un lado, salió corriendo hacia el vestíbulo y se apresuró escaleras arriba.

El sentimiento de culpabilidad de Sophie Tate le había impedido hasta entonces toda acción drástica, pero aquello era excesivo. Corrió detrás de él, y le alcanzó en el descansillo.

—¿Cómo se atreve a invadir mi casa de esta manera? —exclamó —. Baje inmediatamente estas escaleras y salga por esa puerta a toda prisa y no vuelva jamás ni intente llamar de nuevo a Rebecca.

A él ya no le importaba lo que la mujer hacía o decía.

—Cállese, vieja bruja —dijo sin siquiera mirarla, con la mano apoyada en el poste de la escalera, con la mirada recorriendo nerviosa el vestíbulo—. ¿Cuál es la habitación de Rebecca?

Ahora fue Sophie quien le agarró a él. No sentía ningún miedo, sólo ira. Le clavó los dedos en el brazo.

—Salga de aquí antes de que llame a la Policía y haga que le echen de aquí —gritó.

Policía. La palabra penetró a través de su ira. Policía.

El se soltó el brazo bruscamente y la golpeó con todas sus fuerzas, un golpe brutal que le dio debajo de la barbilla y la lanzó hacia atrás, con los pies por alto, escaleras abajo.

Sophie Tate gritó al caer, un largo alarido interrumpido bruscamente al aterrizar boca abajo en el suelo del vestíbulo.

¿Estaría muerta? Mal Weston apenas le lanzó una mirada. Ya la miraría con más atención más tarde. Por lo menos le había callado la boca durante un rato; no tenía que preocuparse de que alguien de fuera hubiera oído los gritos con las ventanas cerradas y el aire acondicionado funcionando.

De todos modos sería mejor no quedarse allí mucho más tiempo del que fuera necesario.

La realidad de su situación había empezado a penetrar a través de su ira, tiñéndola de precaución. Utilizó el pañuelo para los picaportes y otras superficies que había tocado al ir de una habitación a otra, abrió puertas de armarios, echó un rápido vistazo al cuarto de baño y en cada uno de los tres dormitorios, aunque sólo encontró señales de ocupación en dos de ellos.

Se trataba de una casa de tres pisos con una escalera estrecha al tercer piso. Permaneció al pie de éstas, miró hacia arriba y escuchó. ¿Debería subir? No tenía necesidad. Si Rebecca Meade estuviera allí arriba habría bajado corriendo al oír gritar a su tía.

No obstante, Mal se quedó un momento más, escuchando el silencio de muerte del vacío de arriba. Parecía ser que la tía tenía razón: Rebecca Meade había salido después de la fiesta, en todo caso no estaba en la casa.

Empezó a bajar las escaleras, un quejido de Sophie Tate aceleró su paso.

Se arrodilló junto a ella. Volvió a quejarse. No estaba muerta. Con las escaleras enmoquetadas y una alfombra para amortiguar su caída, el viejo saco de huesos había sobrevivido a la caída.

Debió suponer que sería así.

¿Estaría muy malherida?

Se puso en pie y se quedó mirándola. Ya no quedaba ninguna ira dentro de sí. Todo su ser estaba concentrado en cómo protegerse de lo ocurrido, el peor lío en que se había encontrado jamás.

Ella sabía su nombre y dirección..., pero, aún así, ¿no podría limitarse a salir de allí y negar firmemente la versión de la mujer?

Mientras daba vueltas a esta idea, sería mejor que se ocupara de las huellas dactilares que había ido dejando cuando entró: la puerta principal y posterior, los enchufes de la luz, la puerta de la bodega...

Corrió de una habitación a otra, usando su pañuelo para limpiar todas las superficies que pudo haber tocado, apagando las luces, sintiéndose cada vez más escaso de tiempo antes de regresar junto a Sophie Tate y volver a quedarse mirándola.

Seguía caída en la misma posición, pero gemía ahora con más fuerza, e intentaba mover la cabeza.

En otras palabras, estaba volviendo en sí.

¿Aceptaría la Policía su palabra contra la de ella? Dios, no. No había ni la menor probabilidad. Con el dinero y el ambiente en que vivía la mujer, debía de tener una magnífica posición en la comunidad, mientras que él no era más que un desconocido, un don nadie...

Peor aún, si la Policía comprobaba su pasado, estaba la chica de Missouri, con los cargos que había presentado contra él, todavía en los archivos de aquella pequeña ciudad de las afueras de Columbia, cuyo nombre no podía ni siquiera recordar. Luego estaba el incidente reciente con Ruth, la de la lista del ordenador. Por lo que él sabía podía empezar a hablar si salía a la luz algo sobre él.

Se dirigió con rapidez al salón buscando, eligiendo un arma, una estatuilla de bronce de pesado metal macizo de veinte o veinticinco centímetros de altura.

La esgrimió con gesto salvaje, encontrando un desahogo de la tensión en cada golpe que descargaba. La parte posterior de la cabeza de Sophie Tate quedó reducida a una pulpa sanguinolenta antes de que quedara satisfecho de que nunca podría contarle algo ni a la Policía, ni a nadie.

El también estaba manchado de sangre, aunque había tratado de mantenerse lo más alejado posible; la sangre le manchaba los pantalones, los zapatos, la camisa, le corría por los brazos y por las

manos.

La estatuilla estaba cubierta de materia orgánica además de sangre; el pañuelo que había atado alrededor se encontraba en la misma situación nauseabunda.

Dejó caer la estatuilla junto al cadáver, con la boca torcida en un gesto de asco. El lamento por otro crimen más famoso acudió incontenible a su mente: «Y, sin embargo, ¿quién hubiera podido pensar que el viejo tenía tanta sangre dentro?»

Apartó de sí la idea. Tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse, como salir de allí antes de que Rebecca Meade —si es que regresaba a casa esa noche— entrara y se lo encontrara allí.

Sin embargo, no podía marcharse con toda aquella sangre encima.

Mal se dirigió a la cocina y dejó correr el agua fría en el fregadero. Lavó primero el pañuelo, lo utilizó para las manos y los brazos y luego se frotó las ropas para quitarse toda la sangre que pudo.

A pesar de las prisas, tuvo cuidado de no dejar huellas dactilares en ninguno de los sitios que tocaba.

Había un espejo junto al fregadero. Contempló su imagen y se echó el cabello hacia atrás con los dedos. Tenía el rostro muy pálido, los ojos le brillaban. Aparte de esto, no había nada en su apariencia que indicara que acababa de matar a una mujer a sangre fría.

Apagó la luz de la cocina y se dirigió a la puerta principal. No miró al cuerpo de Sophie Tate, se limitó a esquivarlo al salir de la casa.

Apagó la luz del vestíbulo con el conmutador situado junto a la puerta, escuchó un momento cualquier sonido del exterior y luego, con la mano todavía envuelta en el trapo manchado para todo uso en que había convertido el pañuelo, abrió un poco la puerta para mirar hacia fuera.

Había menos casas iluminadas, menos coches aparcados. Nada más había variado en aquella media hora, ¿o sería menos tiempo?, desde que Sophie Tate contestara a la llamada de la puerta.

Miró arriba y abajo de la calle. No se veía a nadie en ninguna de ambas direcciones.

No volvió la mirada hacia Sophie Tate que yacía muerta al pie de las escaleras. En su mente, Mal Weston había cargado ya la culpa por lo ocurrido sobre los hombros de la mujer y los de Rebecca Meade. Sus mentiras y trampas le habían forzado a hacerlo.

Salió de la casa cerrando silenciosamente la puerta tras él. Caminó sin prisa aparente hasta su coche, se subió a él y se alejó de la zona.

Condujo a velocidad moderada, dominando el instinto de poner distancias entre él y la calle South Rutherford lo más deprisa posible.

Sin embargo, supuso un gran alivio cuando se encontró en casa. Su vulgar apartamento le pareció un santuario donde, con la puerta cerrada, podía mantener al mundo alejado.

Lo primero de todo se preparó una bebida bien fuerte. Luego se desnudó y se lavó la ropa: camisa, pantalones, ropa interior y los colgó en el cuarto de baño para que se secaran. Se limpió los zapatos con todo cuidado.

Si se le había pasado alguna manchita de sangre por alguna parte, una buena pasada con betún a la mañana siguiente resolvería el problema.

Lo siguiente fue la ducha. Se enjabonó de la cabeza a los pies; dejó que el agua corriera a toda potencia para quitarse la espuma y luego se puso un pijama limpio.

El nudo que sentía dentro empezó a disolverse cuando se preparó otra copa y se sentó con ella a revisar los acontecimientos de la noche.

Pensó que no tenía gran cosa de qué preocuparse. Había quitado de sus ropas y de su persona todas las huellas de lo ocurrido. No había dejado tras de sí ninguna pista de su identidad. Hasta ayer no había puesto jamás la vista encima de la mujer que no tuvo más remedio que matar, y una vez que logró alejarse de la casa y del barrio, no existía ninguna conexión entre ellos que condujera a la Policía hasta su puerta.

El momento de mayor peligro se había producido durante el asesinato mismo y los pocos minutos que había dedicado después a lavarse. Reflexionó que cualquier otro individuo en su situación habría perdido la cabeza y habría salido dé la casa corriendo todo cubierto de sangre, sin detenerse a pensar en lo que podía ocurrir camino de la casa, como un accidente o que al coche se le estropeara algo o, quizá, que alguien pudiera verle al llegar.

Mal podía sentirse orgulloso de haber tenido un poco más de previsión que todo eso.

No había resultado fácil, sin embargo, ahora podía admitirlo ante sí mismo, el haberse quedado para lavarse, escuchando a cada minuto por si alguien abría la puerta.

Alguien...

Se sentó más erguido, la bebida le salpicó la mano. Rebecca Meade. Dios, ¿cómo podía haberse olvidado de ella tan pronto?

Rebecca Meade, tenía su nombre y dirección en su lista de posibles citas y la carta que le había escrito él.

Ella podía relacionarle con la tía. Fue Rebecca quien la había enviado al Club Calicó.

¿Habría regresado ya a casa y descubierto el cadáver de su tía?

Mal echó una mirada al reloj. Casi la una y media. Se levantó y conectó la radio buscando una emisora que diera noticias.

No había nada respecto a la tía. Volvería a escucharlas a las dos en punto.

Acabó su copa y se preparó otra. Se le había pasado la primera punzada de alarma. «A lo mejor», pensó, «no había motivos para que sintiera ninguna en absoluto. ¿Por qué habría de ocurrírsele a Rebecca que existía alguna conexión entre su tía y él, aparte del incidente del bar?»

Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de tener razón. Por lo que se refería a Rebecca Meade, tu tía le había echado un vistazo, le había puesto el veto; Rebecca llamó para anular la cita y eso había sido todo. No tenía ningún motivo para suponer que existiera algún contacto ulterior.

Mal estiró un poco la cama deshecha mientras esperaba el noticiario de las dos. Cuando se emitió siguieron sin mencionar que se había descubierto ningún cadáver en el 1415 de la calle South Rutherford.

Frunció el ceño algo asombrado. Rebecca Meade tenía que haber regresado a casa para entonces.

Bostezó mientras se planteaba la cuestión, de repente se sentía dominado por el agotamiento. Al diablo con todo por aquella noche. Llevaba prácticamente todo el día en marcha. Había sido una noche terrible.

Se metió en la cama y apagó la luz. Estaba al borde del sueño cuando le vino la idea de que la tía podía haber dicho la verdad cuando le contó que Rebecca había cambiado repentinamente de planes y se había marchado de viaje la noche anterior. En realidad no la había podido ver en la fiesta ni tampoco salir de la casa después.

Menuda faena si lo hubiera hecho por nada: la vigilancia que mantuviera desde la calle, el enfado con la tía, la escena que había provocado la muerte de ésta.

Bueno, ahora ya era demasiado tarde para preocuparse. Más valía mirarlo desde el punto de vista de que le vendría muy bien si le hubiera dicho la verdad y pasaran los días, cuantos más mejor, sin que se descubriera el cadáver.

Desde luego, no podía contar con tener tanta suerte. La criada iría a la casa, el lunes probablemente, o algún amigo intentaría establecer contacto.

Aún así cada hora que pasara sería una ventaja para él. Mal se relajó y se quedó dormido.

9

EL domingo por la mañana se levantó a las nueve y recogió el *Post* de Washington. Lo extendió en la mesa y recorrió rápidamente la sección de noticias. Nada..., a menos que se hubiera saltado algún pequeño suelto de última hora.

Se preparó el desayuno: café instantáneo, huevos fritos y tostadas. Mientras comía volvió a estudiar la sección de noticias locales página a página hasta quedarse satisfecho de que no incluía ninguna mención de un crimen cometido la noche anterior. Conectó la radio pero tampoco hubo mención alguna del caso en el noticiario.

Permaneció todo el día en su apartamento, leyendo, durmiendo, sin ánimos para hacer nada, excepto salir a última hora de la tarde para ir a comer algo.

El lunes por la mañana, Mal se levantó temprano para leer el *Post*, que seguía sin mencionar la muerte de la tía.

Prefería que fuera así, por supuesto, pero a pesar de todo le estaba empezando a poner ‘nervioso el no saber si el cuerpo seguía tirado donde lo había dejado o cuánto tardarían en encontrarlo.

Al comprobar que no decían nada en las noticias de las nueve, se dijo que lo mejor sería irse a los Archivos y proseguir allí con su trabajo como si nada hubiera pasado.

Sin embargo, al subirse al coche, Mal tuvo que resistir la tentación de dirigirse a Alexandria y pasar por delante de la casa de la calle South Rutherford. No dejó que la idea le dominara. Sería ir a buscarse problemas, la cosa más estúpida que podía hacer. Lo más conveniente sería apartarlo todo de su mente, no escuchar siquiera la radio del coche hasta que viniera de regreso a casa por la noche.

Pero, al final, mientras volvía a casa entre dos boletines de noticias, se enteró por el Record de Alexandria, que compró en una parada, que su período de espera había terminado.

El titular de primera página decía:

ANTIGUA RESIDENTE DE LA CIUDAD
BRUTALMENTE ASESINADA

Sentado tras el volante de su vehículo aparcado, Mal Weston leyó la noticia. Decía:

> Una mujer de cincuenta y ocho años, residente en Alexandria fue asesinada brutalmente este fin de semana. El cuerpo de la señorita Sophie Tate Curtís, de la calle South Rutherford 1415, fue descubierto esta mañana temprano por

su criada Clara Gibson. Al llegar a su trabajo, la señora Gibson encontró el cuerpo de la señorita Curtís al pie de las escaleras del vestíbulo principal e inmediatamente lo notificó a la Policía.

La muerte de la señorita Curtís se debió a repetidos golpes en la partes posterior de la cabeza. Junto al cuerpo se encontró una figura de bronce manchada de sangre que párese ser el arma con que se cometió el crimen.

El sargento detective Richard Greer, encargado de la investigación, descartó la teoría de que un ladrón, sorprendido por la señorita Curtis, fuera el autor del asesinato. Afirmó que la víctima lucía un valioso anillo de diamantes y otras joyas cuando fue encontrada y no habían tocado el dinero contenido en su bolso. Además, no había señales de que se hubiera forzado la puerta o registrado la casa.

Los vecinos, interrogados por la Policía, informaron que no se habían producido incidentes ni se vieron extraños por la vecindad. La señora Gibson, que tuvo que ser atendida por la impresión sufrida, no pudo efectuar una declaración inmediata.

Un informe médico preliminar indica que la muerte de la señorita Curtis tuvo lugar aproximadamente entre treinta y dos y treinta y seis horas antes de que se descubriera el cadáver. Este cálculo está basado en los testimonios de algunos amigos invitados a cenar en su casa el sábado por la noche.

La señorita Curtis había nacido en la casa donde encontró la muerte. Era hija del coronel Elwood Curtis y su esposa, de soltera Francés Arbogast Tate. Se había graduado en la escuela Morton-Hindley y asistió al Goucher College. Era miembro del Pequeño Teatro de Alexandria, la Sociedad Histórica y varias organizaciones más.

Deja una hermana, la señora Sanford Tryon, residente en el mismo domicilio y varios sobrinos y sobrinas.

La señora Tryon, que se encuentra visitando a unos familiares en Omaha, Nebraska, ha sido informada del fallecimiento de su hermana y se dispone a regresar a Alexandria. Las disposiciones para su funeral están incompletas en espera de su llegada.

Mal dejó el periódico a un lado y condujo hasta su casa. Un boletín de noticias que fue oyendo por el camino consistió en un resumen de lo que acababa de leer y añadía que continuaban las

investigaciones de la Policía. Pensó que era otra forma de decir que no se había conseguido ningún progreso.

Cuando llegó a su apartamento abrió una lata de cerveza y se sentó a leer de de nuevo el artículo del periódico, haciendo una pausa en la referencia a los familiares vivos.

En realidad no eran muchos. Sólo la hermana, la señora Tryon, varias sobrinas —Rebecca sería una de ellas— y sobrinos.

Pero si el apellido de Rebecca era Meade, ¿cómo encajaba en la familia? Había dado Omaha, Nebraska, como dirección permanente en el formulario para las posibles citas, pero la señora Tryon, que se encontraba allí visitando a unos parientes, no podía ser su madre.

Entonces, ¿quién era? ¿No debería haber habido otra hermana, la señora Meade, citada entre los familiares de la difunta?

Un momento después a Mal le llegó la respuesta a estas cuestiones perfectamente sencilla una vez que lo pensó: la señora Meade, la madre de Rebecca había fallecido y por eso no se la mencionaba.

Sin embargo, qué raro que el periódico dijera que la señora Tryon estaba de viaje, pero no dijera nada sobre la ausencia de Rebecca. Qué raro...

Bueno, quizá no tanto. Ella no vivía allí como la señora Tryon, sólo se trataba de su domicilio provisional. De hecho, el sábado por la noche, cuando la tía intentaba convencerle de que Rebecca se había ido de viaje un día antes —a Hawai le dijo, durante dos o tres semanas — puso un especial interés en añadir que la joven no regresaría a la casa de South Rutherford. Quería un lugar propio, había dicho la tía, independencia, que nadie estuviera siempre controlándola.

Ya no podía seguir dudando de que la tía dijo la verdad.

Fue una lástima que en el momento no le creyera ni una sola palabra. En ese caso se hubiera marchado tranquilamente de la casa en vez de verse mezclado en un asesinato..., que además, ahora carecía de sentido, que no había servido para nada.

No sólo eso, sino que había cometido también otros errores, reconoció Mal para sí mismo. Debió haber simulado un robo, romper la falleba de una ventana, algo de ese estilo, y luego haber cogido el dinero y las joyas y puede que algunas otras cosas más. Los robos con violencia eran tan corrientes en la zona en estos tiempos que la Policía no habría buscado ningún motivo ulterior.

En menudo lío se había metido. Pero, Dios santo, se defendió a sí mismo, ¿quién hubiera podido quedarse a resolver todas esas cosas después de haber matado a la vieja bruja? Ya le costó bastante esfuerzo quedarse el tiempo suficiente como para limpiar un poco.

Aún así lo había complicado todo, de eso no cabía duda.

Sin embargo, ya era demasiado tarde ahora para preocuparse de ello. Tenía que pensar en Rebecca, su punto vulnerable, el único.

¿Regresaría en avión para asistir al funeral? No, si se tenía en cuenta el modo cómo había hablado de su tía, sin amor. Pero quizá vendría porque era su deber o, más importante, para enterarse de a quién le había dejado el dinero.

Puede que la hermana, la señora Tryon, se lo quedara todo. O tendría que compartirlo con los otros sobrinos y sobrinas.

Que sueño tan estúpido había tenido sobre Rebecca Meade: primero que estaba viviendo con una abuela de quien iba a heredarlo todo, luego, que la tía le dejaría todo el dinero a ella.

¿Habría alguna posibilidad de que no hiciera el largo trayecto desde Hawai para asistir al funeral?

Ninguna probablemente, si había que fiarse del informe de la Policía. Seguramente querrían interrogarla, sabiendo que había estado residiendo en la casa de su tía hasta el día anterior a su muerte.

V* Pero habría demasiado jaleo como para 494 que ella se parara a pensar en citas por ordenador, en la negativa que le había dado a Mal, en la carta que le había escrito, o en su llamada telefónica. Serían lo último en lo que pensara.

Se aseguró a sí mismo que todavía no corría ningún peligro.

10

El asesinato de Sophie Tate recibió un espacio limitado en el *Post* del martes por la mañana, ya que la noticia de un día de antigüedad había recibido considerable atención de la radio y la televisión en la zona de Washington. En el *Post* no se informaba de ninguna noticia nueva en el resumen del caso. La señora Sanford Tryon, hermana de la fallecida, interrogada por la Policía a su vuelta de Nebraska, no pudo sugerir ningún motivo para lo ocurrido.

No se hacía ninguna mención de la llegada de Rebecca Meade desde Hawai, observó Mal. Ya debería haber tomado al menos el avión si es que pensaba venir.

Pensándolo mejor, sin embargo, ¿tendría que venir?..., ¿consideraría la Policía de Alexandria necesario hacerla viajar desde Hawai si la Policía de allí la tomaba una declaración que resultaba de tan poca utilidad como la de la señora Tryon?

Quizá no. Podría ser que si la chica no tenía pensado regresar para el funeral, la Policía de Alexandria esperara a que concluyera su viaje para interrogarla personalmente.

Esta teoría, por supuesto, se basaba en la suposición de que la declaración de Rebecca no hiciera referencia al hecho de haber enviado a tu tía al Club Calicó para echarle una mirada el día anterior a su muerte.

Mal sentía que podía estar seguro de una cosa, y esa era que la Policía habría comprobado el plan de vuelo del avión de Rebecca Meade para asegurarse de que se encontraba a bordo y no podía ser considerada como sospechosa.

De pronto se le ocurrió la idea de que, puesto que Rebecca no iba a volver a casa de tu tía, era posible que se hubiera llevado todas sus pertenencias, incluida la lista del ordenador y su carta, si es que la había conservado, a su nuevo domicilio antes de marcharse.

En ese caso, no eran muchas las probabilidades de que la Policía pusiera la vista en ninguno de los dos. Podía seguir con sus asuntos y apartar de su mente todo el asunto.

Pero, incluso mientras se decía aquello a sí mismo, sabía que la punzada de inquietud causada por Rebecca Meade no se le iría nunca del todo.

El miércoles por la tarde se celebró un funeral privado por Sophie Tate en el que estuvieron presentes sólo unos pocos parientes y antiguos amigos.

El sargento detective Greer esperó hasta la mañana siguiente para ir a la casa y celebrar una segunda conversación con Evelyn Tryon desde que había regresado a Alexandria el lunes por la noche.

Clara le abrió la puerta. Se había instalado en la casa la noche anterior cuando se marchó el último pariente; Evelyn se sentía demasiado nerviosa como para quedarse sola.

La alfombra manchada de sangre había desaparecido del vestíbulo, dejando un espacio vacío al pie de las escaleras. Aparte de esto la casa estaba en perfecto orden sin nada que pudiera sugerir lo ocurrido cinco días antes. El aire estaba perfumado con el aroma de las flores y un ligero y limpio olor a cera.

Greer habló con Evelyn en el salón. «Ahora que ya había tenido un poco más de tiempo para pensar con calma en el asunto», le dijo, «esperaba que ella pudiera proporcionarle más información sobre su hermana».

Pero Evelyn, que tenía los huesos finos y la esbeltez y estilo de que había carecido Sophie Tate, más parecida a la tosca figura de su padre, hizo un gesto de negación con su cabeza coronada de plata.

—No, me temo que no —replicó—. Me resulta totalmente incomprensible que alguien pudiera hacerle algo tan terrible a mi pobre hermana.

—¿Supongo que no ha tenido tiempo para revisar los papeles y efectos personales para comprobar si falta algo o si las cosas están cambiadas de algún modo?

—Efectivamente, no he tenido ni un minuto, con el funeral y lo demás, la gente que llama o viene a visitarme. Intentaré ponerme hoy con ellos, pero debo decirle que dudo que pueda resultarle de gran utilidad. No hago más que pensar sin parar en el asunto. Después de vivir más de un año bajo el mismo techo, tengo la impresión de que nadie podría llevar una vida más tranquila que mi hermana.

La incomprensión resonaba en la voz de Evelyn Tryon. Miró al oficial de Policía con gesto de desamparo.

—La otra noche, usted dijo que no creía que hubiera sido un ladrón..., pero,

¿por qué no pudo ser alguien así, sargento? Puede que se asustara tanto que mató a Sophie Tate y no se atrevió a quedarse el tiempo suficiente como para robar algo.

Greer, de treinta y cuatro años de edad, alto, de pelo rubio y una expresión amable que ocultaba una mente alerta, esperó un momento después que Evelyn hiciera una pausa y luego preguntó con educada firmeza:

—No estaba asustado para limpiarse antes de marcharse, señora. Los expertos del laboratorio encontraron restos de sangre que coincidían con la de su hermana alrededor del fregadero de la cocina. ¿No le parece que un ladrón que se toma el tiempo de lavarse se llevaría al menos la cartera de su hermana, que estaba bien a la vista en mitad del dormitorio, o le habría quitado las joyas antes de

marcharse?

—¿Se lavó en el fregadero de la cocina? —dijo Evelyn con voz temblorosa—. Es increíble...

—También tuvo tiempo de limpiar sus huellas dactilares de los picaportes, grifos, y de todos los demás lugares donde pudiera haberlas dejado. Así que ya ve...

Evelyn Tryon lo vio, efectivamente. Movió la cabeza.

—No sé qué pensar. Tenga en cuenta cuanto tiempo llevábamos juntas, sargento. Yo creo que conocía a todo el mundo que conocía ella y adonde iba y lo que hacía casi en cada hora del día. Además, no era una persona cerrada. Hablaba mucho de todo lo que le ocurría y de cómo se sentía al respecto. La única vez que pudo ocurrir algo que se saliera de lo corriente fue en esos pocos días después de que yo me fuera a Omaha. Pero fue tan poco tiempo que no me puedo imaginar qué pudo ocurrir que hiciera que alguien deseara matarla.

Hablaron un rato más, pero Evelyn Tryon no tenía nada más que añadir a lo que ya le había contado. Greer le dio las gracias y se puso en pie.

—Muy bien, señora, si se acordara de alguna otra cosa o descubriera algo fuera de lo corriente entre sus cosas, le estaría muy agradecido si me lo comunicara inmediatamente.

—Oh, sí. Por supuesto.

Ella se levantó para acompañarle a la puerta, pero él se dirigió a la cocina diciendo que deseaba hablar un momento con la señora Gibson antes de irse.

En esta sesión, como en la anterior, Evelyn no había sido capaz de ofrecerle una auténtica ayuda, pero su énfasis al hablar de lo carente de acontecimientos que había sido la vida de su hermana produjo una impresión más profunda en el sargento Greer.

«Podría ser una buena idea», pensó, «concentrarse en aquellos últimos días, intentando llenar todas las horas del poco tiempo de que dispuso la fallecida.

Clara, al igual que Evelyn Tryon había tenido tiempo suficiente como para recuperarse de la profunda impresión provocada por la muerte de Sophie Tate aunque, para ella, existiera la impresión adicional de haber descubierto le cuerpo. Pero seguía estando desolada por lo ocurrido; ni siquiera el sustancioso legado que iba a recibir de la mujer fallecida podía suavizar el golpe. Su principal preocupación en aquel momento era que cogieran al asesino.

Se sentaron a la mesa de la cocina, Greer con su cuaderno de notas abierto ante sí, listo para volver atrás, al martes de la semana anterior cuando Sophie Tate llevó a su hermana en el coche al aeropuerto.

Clara no pudo ayudarle a llenar el resto del martes. Empezó su

relato por el miércoles por la mañana, con el trabajo de jardinería de Sophie Tate y sus planes para recibir al club de bridge el jueves por la noche.

Las llamadas telefónicas también contaban. Sí, a veces, Clara contestaba el teléfono si su señora estaba fuera y tomaba el recado. No podía recordar que hubiera tomado ninguno la última semana, pero, sí lo hizo, eran de amigos, no de nadie desconocido.

Ella no vino el jueves, pero pudo suministrar el nombre del peluquero con el que Sophie tenía hora todos los jueves por la mañana. Greer apuntó el nombre en su cuaderno para un posterior interrogatorio.

El viernes por la mañana, continuó Clara, Sophie Tate estuvo trabajando en su escritorio, escribiendo cartas y cheques. Elaboraron juntas el pedido de comestibles para la cena del sábado por la noche y Sophie Tate dejó a Clara en la parada del autobús antes de dirigirse a realizar unas compras.

No había habido nada diferente en el comportamiento de Sophie Tate, ni ninguna llamada telefónica que se hubiera apresurado a contestar personalmente, añadió Clara, en contestación a las preguntas de Greer.

Llegaron a la mañana del sábado, la llegada de Clara a las diez, los preparativos para la noche que les había mantenido ocupadas hasta las tres de la tarde cuando ambas se echaron durante una hora: Sophie Tate en su habitación, Clara en el sofá del cuarto de estar. A eso de las seis, su señora se había bañado y vestido y Clara se puso un uniforme limpio. A las seis y media empezaron a llegar los primeros invitados.

Ya habían estudiado todo esto antes, Greer y Clara, la lista de invitados, las bebidas y la cena que se sirvió, la partida de Clara para tomar el autobús una vez que hubo quitado la mesa, metido la última carga de platos en el lavavajillas y recogido la cocina.

Se había interrogado a todos los invitados al principio de la investigación. Ninguno pudo arrojar luz alguna sobre el asesinato de su anfitriona una hora después de que finalizara la reunión, pero tampoco se descubrió ninguna discrepancia en las historias que contaron.

—Vino a la cocina, me pagó y me dijo lo agradable que estaba resultando todo. Me dijo que nos veríamos el lunes por la mañana. ¿Cómo iba yo a pensá…? Pobre señorita Sophie T. Pobrecita. Era incapaz de hacer daño a nadie. Pobre señorita Sophie T…

Greer esperó hasta que recuperó la calma. Había hecho todo lo posible por ayudarle a llenar esas horas, pero ya no podía decirle nada más.

Pero, después de todo, recordó una cosa más justo cuando se

marchaba.

—Dijo que a lo mejor se pasaba por una tienda de decoración de Georgetown, el viernes por la tarde después de comprar los comestibles. Era respecto a tapizar un sillón.

Clara no pudo decirle el nombre de la tienda, pero eso carecía de importancia. Al volver al despacho, Greer hizo que el detective empezara inmediatamente a llamar a los decoradores de interiores de la zona de Georgetown.

Localizaron la tienda en cuestión al cabo de una hora. El detective Landon fue enviado a interrogar al dueño y así se llenó otro hueco en las últimas horas de Sophie Tate.

Pero Greer seguía estando lejos del bar de la calle M.

Shelby Saunders pudo haberle acercado un poco a él cuando fue a interrogarla por segunda vez aquella tarde. Pudo haberle contado la llamada que Sophie Tate, haciéndose pasar por Rebecca Meade, había recibido en la reunión del club, el jueves por la noche y la cita que había concertado para el viernes por la tarde con quien quiera que llamara.

Pero la señora Saunders no lo mencionó. Había tomado una decisión unos días atrás con las otras dos miembros del club y todas estuvieron de acuerdo en que no tenía objeto mencionarlo y tener luego que explicar ese tonto asunto de las citas por ordenador a la Policía.

Sophie Tate habría tenido tan poco interés como ellas en que se mencionara, se aseguraron unas a otras. No tenía nada que ver con el asesinato. No podía existir la menor conexión. ¿No le había dicho a Shelby, cuando cenaron el viernes por la noche, que había telefoneado al joven para cancelar la cita? Ni siquiera sabían cuál de ellos era ni, ahora que lo pensaban, qué había hecho Sophie Tate con la lista de citas. Lo único que conseguirían sería quedar como unas tontas si le contaban la historia a la Policía.

La invitada que había ocupado el puesto de Evelyn Tryon no contaba. Apenas si conocía a Sophie Tate y no había prestado mucha atención al asunto de la llamada telefónica aquella noche. Desde el asesinato las había dicho que el detective que la interrogó ni siquiera tomaba notas, tan poco era lo que pudo decirle.

La señora Saunders, apoyada por esta decisión del grupo, le dijo a Greer que no había recordado nada nuevo sobre Sophie Tate desde la última vez que hablaron.

Aquello era perfectamente cierto, se dijo a sí misma, pero su conciencia no estaba tan tranquila como debiera cuando el policía se marchó.

11

Pasó una semana. El sargento Greer tuvo que informar al capitán que era su inmediato superior y al inspector encargado de la división de detectives de que no podía informarle de ningún progreso en el asesinato de Sophie Tate. Habían interrogado y en algunos casos, incluso repetidas veces, a los familiares, amigos, vecinos y miembros de todos los grupos a los que hubiera pertenecido alguna vez. Habían peinado sus archivos en busca de tipos sicópatas, individuos violentos de todas clases, sin llegar a nada concreto.

Al no existir nuevas pistas que seguir y tener que dedicar el tiempo a otras cuestiones, hubo que dedicar menos hombres y atención al crimen, aunque fuera de tanta gravedad como un asesinato, ocurrido dos semanas atrás.

Mientras hablaban del asunto, ninguno de los tres tuvo que recordarle a los otros que las posibilidades del asesino de escapar al arresto aumentaban cada día que acrecentaba la distancia entre él y su crimen.

Pero, sin embargo, experimentaba un particular interés por atraparle. El caso se salía de los límites habituales de los asesinatos con que tropezaban: la pelea doméstica, la disputa de unos borrachos, el atraco que terminaba en una lluvia de balas.

Esto concernía a una mujer de buen carácter y posición social cuya vida constituía, al parecer, un libro abierto. No había ningún amante, ningún acuerdo financiero un poco oscuro; nada de problemas familiares. Su hermana, la principal heredera de su considerable fortuna, estaba fuera de sospechas. No existía ningún lejano contacto conocido con alguna extraña asociación ni actividad alguna que pudiera convertirla en enemiga de alguien. En una palabra, no había motivo de ninguna clase para su muerte brutal.

Pero tenía que existir uno y de Greer dependía el encontrarlo.

Para cuando acabó la conferencia, estaba resignado a la decisión de que debería volver sobre terreno ya cubierto porque no disponía de ningún terreno nuevo.

—Vuelva a empezar desde el principio, mañana por la mañana —dijo el inspector—. Empiece por las personas más cercanas a la mujer. Alguna de ellas debe tener alguna clave para lo que sucedió sin darse cuenta de que la tiene.

Greer contuvo un suspiro. El encontrar una pista nueva era más fácil de decir que de conseguir. Casi se sentía dispuesto a aceptar la teoría de la desesperación: el ladrón fortuito sorprendido por la víctima. Mientras iba de regreso a su despacho, pensaba que si al menos hubiera habido el menor signo de entrada forzada a la casa él

hubiera podido aceptar esa teoría: un ladrón que se lavó apresuradamente la sangre de su víctima y abandonó la escena con las manos tan vacías como cuando entró. No era imposible que, justo cuando acababa de lavarse sonara el teléfono o algún animal hiciera un ruido que le impulsara a salir corriendo. Pero Greer se negaba a aceptar unos medios de entrada que no dejaran huellas y una huida con las manos vacías como culminación. Podría aceptar una o la otra, pero no las dos.

Una tercera objeción resultaba incluso de más peso. Los análisis del contenido del estómago de Sophie Tate situaban su asesinato hacia la medianoche, en el momento en que un vecino observó que todavía había luces encendidas en la casa. Un ladrón hubiera evitado semejante situación y buscado un lugar que estuviese a oscuras desde hacía rato.

Cuando se ponía todo junto resultaba imposible de aceptar. Greer no quería ni oír hablar de ello. Esto significaba que él y los hombres a sus órdenes tendrían que empezar otra vez desde el principio sin ninguna pista más de las que disponían al empezar el caso.

No podía saber que una nueva pista estaba a punto de presentarse en la casa de la calle South Rutherford, donde la señora Saunders había acudido a visitar a Evelyn Tryon.

Estaban sentadas bajo el arce en el jardín de Sophie Tate, bebiendo té helado y comiendo unos pequeños pasteles confeccionados por Clara. La conversación derivó hacia el inminente retorno de Evelyn a Omaha, donde su nieto había nacido hacía sólo una semana.

—Estoy deseando verle —dijo la señora Tryon—. Llamé a mi hija Evelyn anoche y me dijo que ha ganado casi medio kilo desde que se lo llevó a casa desde el hospital.

—¿No hay ningún inconveniente en que te vayas? —preguntó Shelby Saunders—. Quiero decir… ¿tienes que advertírselo a la Policía?

—Creo que debo hacerlo, aunque no comprendo qué importancia puede tener, teniendo en cuenta la poca ayuda que he podido darles. Si al menos pudiera hacer algo… No puedo soportar el pensar que no han cogido todavía a ese horrible individuo.

Evelyn suspiró y se removió inquieta en la silla.

—A veces me resulta imposible creer que es verdad. Como ayer, cuando estaba buscando algo en el escritorio de Sophie T., después de volver de arreglar el asunto de la testamentaría. Me encontré con esa lista de las citas por ordenador metida bajo el secante del escritorio. Me impresionó tremendamente. Sólo podía pensar en cuánto se divirtió a costa de ello, más que el resto de nosotras, y quién habría podido pensar en aquel momento…

La voz de Evelyn estaba ahogada por las lágrimas.

—No podría soportar —añadió pasado un momento— que ahora llegara una carta de alguno de ellos. Podría ocurrir. ¿No había dos o tres de que no le habían escrito a Rebecca?

—Bueno... —la señora Saunders habló en tono de duda, guardó silencio durante un rato y luego prosiguió—: Quizá debí decirte esto antes... Uno de ellos llamó aquí en la última reunión de bridge. Fue después de que te marcharas a Omaha.

Siguió contándole a Evelyn el resto de la historia, haciendo una pausa de vez en cuando para refrescar los lapsus de su memoria.

Evelyn la interrumpió' hacia el final con tono acusador.

—¿Pero por qué no se lo has contado a la Policía? —se levantó del asiento y se paseó por la habitación llena de nerviosismo; luego se volvió hacia su amiga—. Fue algo que se salía de lo corriente sólo dos noches antes de que asesinaran a Sophie T... ¿No te preguntó la Policía sobre cuestiones como ésta?

—Sí, por supuesto que sí. Pero Sophie T. me dijo cuando cenamos, el viernes por la noche, que había telefoneado para anular la cita, así que no puede tener la menor relación, como comprenderás, con lo que le sucedió después. Lo hablé con las otras y ellas opinaron lo mismo: que puesto que no tenía ninguna relación con el asesinato de Sophie T., lo único que conseguiríamos sería hacer el ridículo al contarle a la Policía una historia tan idiota como lo del asunto del ordenador.

—La noche en que cenasteis juntas..., ¿puedes recordar lo que dijo Sophie T. sobre telefonear y anular la cita?

La señora Saunders hizo un esfuerzo para recordar.

—No demasiado. Sólo que llamó y la anuló.

—¿Adonde llamó: a casa del joven o al bar donde habían acordado que Rebecca se reuniría con él?

—No lo sé —replicó Shelby Saunders después de meditarlo—. No me sentía especialmente interesada y no le pregunté. Sin embargo, ahora que lo mencionas, me parece que debió haberme dado más detalles aunque yo no se los pidiera. En tono de burla, ya sabes, sobre lo que ella le dijo y lo que él le contestó. Quizá fuera debido a la actitud que tomamos todas la otra noche cuando empezó a hacer el payaso sobre lo de acudir a la cita ocupando el lugar de Rebecca Meade y nosotras le dijimos que lo que tenía que haber hecho para empezar era no haberla aceptado. Se sintió un poco molesta por este asunto y luego no quiso decirnos cuál de los de la lista era el que había llamado...

Shelby Saunders se detuvo de repente, leyendo en el rostro de Evelyn la idea que acababa de venírsele a la mente.

—¿No creerás de verdad que...?

—Sí, lo creo. Ya sabes cómo era Sophie T.: cualquier cosa con tal de divertirse. Aquella tarde fue a la tienda de decoración, en la Avenida Wisconsin, y pudo haber concertado la cita en algún bar de por allí cerca. ¿Por qué razón no podría haberse acercado al local para echarle una mirada al joven en cuestión?

—Pero, ¿por qué habría de hacerlo? —protestó Shelby Saunders sin convicción—. No podía pretender hacerse pasar por Rebecca Meade.

—No, eso no. Pero no sabemos qué otra idea pudo pasársele por la cabeza.

Evelyn se sentó. La preocupación que mostraba el rostro de Shelby Saunders le hizo suavizar el tono de voz.

—Por supuesto, yo no estuve presente como todas vosotras. Por ello no puedo saber qué importancia le hubiera dado yo si hubiera estado aquí. Lo único que sé es que se trata de algo fuera de lo corriente que tiene que ver con Sophie T., y eso es justamente lo que está buscando la Policía, por muy poco que nos agrade que salga a la luz todo el asunto de las citas por ordenador.

Shelby Saunders permaneció un momento sin decir nada, enfrentándose con el hecho de que, puesto que había sido ella la que llevó el cuestionario que le habían enviado a su hija para enseñárselo a las otras en la reunión de bridge, se sentía doblemente poco deseosa de aceptar la posibilidad de que hubiera podido desempeñar un papel en el asesinato de Sophie Tate.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin—, aunque todavía sigue pareciéndome un poco traído por los pelos.

—Probablemente lo es, pero aun así…

—Sin embargo, me siento llena de vergüenza ante la idea de hablarle al sargento Greer del tema, dado que no se lo había mencionado antes. Sé que querrá interrogarme porque fui la que cenó con Sophie la noche anterior, pero, por favor, Evelyn, ¿querrías contárselo tú antes?

Evelyn asintió.

—Le llamaré ahora mismo. De todos modos, tengo que darle la lista de citas.

—Si te dice que viene en seguida… —la señora Saunders cogió sus cigarrillos y el bolso—. Me voy antes de que llegue. Prefiero no verle hasta que me hayas preparado el camino —hizo una pausa y movió la cabeza con tristeza—. Oh, Evelyn. No me había dado cuenta hasta ahora de lo egoístas que hemos sido las demás, preocupándonos de cómo le sonaría a la Policía cuando lo único que debíamos pensar era en la pobre Sophie Tate.

—Bueno, puede que no signifique nada —le consoló Evelyn—. Y aunque sí importara, por lo menos ahora vamos a contárselo a la

Policía.

Entró en la casa para efectuar la llamada, pero eran las cinco y cuarto y Greer ya se había marchado a casa.

—¿Desearía hablar con alguna otra persona, señora? —preguntó el encargado de la centralita.

No era tan urgente, pensó Evelyn. Después de esperar tanto tiempo, podría aguardar hasta mañana.

Dejó su nombre y número de teléfono.

Greer la telefoneó poco después de llegar a su despacho a la mañana siguiente. Una hora más tarde, con una taza de café en el salón de Evelyn, escuchó la historia de las citas por ordenador desde la noche en que el club de bridge envió el cuestionario hasta el relato de Evelyn de oídas sobre las dos llamadas telefónicas, dos noches antes del asesinato de Sophie Tate.

No disimuló en absoluto su disgusto porque no se lo hubieran comunicado antes.

—¿De veras cree que es importante, sargento? —preguntó Evelyn un tanto a la defensiva.

—No tengo ni idea —replicó frunciendo el ceño, mientras estudiaba la lista de ordenador que acababa de entregarle—. Lo único que sé es que mientras yo andaba por ahí buscando una brecha en la vida rutinaria de su hermana, esta información se nos estuvo ocultando.

—Lo siento —dijo Evelyn, sin intentar disminuir su parte de culpa, recordándole que se había puesto en contacto con él en cuanto se enteró de lo de la llamada telefónica—. Me temo que no nos pareció importante a ninguna. Sólo se trataba de algo estúpido completamente acabado: unas mujeres maduras que bebieron demasiado; en caso contrario no habríamos sido capaces...

Poco tiempo después, Greer estaba escuchando las mismas disculpas y explicaciones de Shelby Saunders, sentados en la terraza de su casa de la calle South S. Asaph.

—Lo discutimos entre nosotras, pero no pudimos encontrar la menor relación; así que lo alejamos de nuestras mentes. Después de todo, Sophie T. me había dicho que llamó para anular la cita —le lanzó una mirada inquisitiva y luego apartó la vista—. Estoy segura de que comprenderá que puesto que pensábamos de este modo...

Pero Greer no estaba dispuesto a comprender o disculpar el silencio del club de bridge.

—La señora Tryon lo ve desde una perspectiva distinta —replicó con tono neutro—. Cree que es bastante posible que su hermana pueda haber acudido al bar a echarle una mirada a ese individuo.

—Pero aun suponiendo que lo hiciera, y lo he estado pensando mucho desde ayer, sigo sin comprender qué tiene que ver con el

asesinato. Después de todo, es imposible que hubiera intentado hacerse pasar por Rebecca Meade ante ese joven. Lo más que pudo pasar es que entrara en el bar, pidiera una copa, le echara una mirada y se marchara.

Shelby Saunders hizo una pausa.

—Incluso todo esto no es más que teoría, ¿verdad? Lo único que sabemos de cierto es lo que Sophie me dijo durante la cena aquella noche: que había llamado al muchacho y anulado la cita.

—También sabemos que hay un montón de bares a escasa distancia de la tienda de decoración en donde estuvo —dijo Greer sin querer comprometerse.

La señora Saunders asintió, pero tenía una expresión de incertidumbre.

El sacó la lista de nombres, pero ella se encogió de hombros llena de impotencia.

—No recuerdo cuáles fueron los que escribieron a Rebecca Meade. Hace bastante tiempo, cinco o seis semanas, desde que llegó la última carta, y las primeras llegaron bastantes semanas antes. Puede que quizá alguna de las otras miembros del club... ¿Qué dice la señora Tryon?

—Ella tampoco se acuerda. Lo único que pudo decirme fue que las cartas se destruyeron una vez contestadas.

—No obstante, ¿les preguntará a las otras?

—Sí —replicó Greer sin muchas esperanzas—. Ahora, si le parece que volvamos a esa llamada telefónica, señora...

La señora Saunders rebuscó en su memoria los posibles detalles. Había permanecido en la cocina parte del tiempo, preparándose una copa, y le pareció que Sophie Tate había sonado bastante convincente al teléfono en su papel de Rebecca.

—Después —continuó la señora Saunders—, cuando descubrimos que se trataba de alguien de la lista de citas el que había llamado, me sentí un poco sorprendida de que el joven se hubiera tomado la molestia de buscar el número de teléfono.

—¿Pensaron que podría ponerse pesado por teléfono? —preguntó Greer.

—No, eso no. Sophie Tate dijo algo sobre que le había explicado que se iba de viaje y estaría fuera indefinidamente. Sólo fue que nos pareció... —Shelby Saunders dudó—. Demasiado emprendedor. Un poco atrevido...

Atrevido. Greer archivó la palabra en su mente. Atrevido, agresivo, podría ser la descripción de un asesino.

Siguieron con la ropa que llevaba puesta Sophie Tate cuando se reunieron para cenar ese viernes por la noche y si había mencionado que iría primero a casa a cambiarse.

«Un vestido de algodón morado», replicó la señora Saunders, y que tenía la impresión de que no había realizado ninguna parada en casa para cambiarse camino del restaurante.

No podía decirle nada más. Greer regresó al cuartel general de la Policía para poner en marcha la maquinaria. Todavía se sentía irritado de que le hubieran ocultado información, pero debajo de ese sentimiento estaba la satisfacción de ver abierta una nueva área de investigación y poder asignar nuevas tareas.

Alguien debía empezar a comprobar esa lista de ordenador. Sería mejor enviar a dos hombres. Luego estaba la tienda de decoración. Necesitarían una buena fotografía de la mujer muerta para mostrarla en los bares de aquella zona, añadiéndole color si sólo podían conseguir una en blanco y negro.

No servía de nada pensar que habría sido mucho mejor investigar los bares inmediatamente. Puede que todavía recordaran el rostro huesudo, el brillante pelo rojo y el vestido morado. Además, se trataba de una mujer alta. Eso también ayudaría.

Iría personalmente a ver a las otras dos miembros del club de bridge. Probablemente se sentirían de lo más violentas. Deberían estarlo por intentar mantener en silencio la broma esa sobre las citas habiendo sido asesinada una de las participantes.

No es que pudiera considerar aquello como el punto clave del caso, se recordó Greer a sí mismo. Aun así, era la primera cosa fuera de lo corriente que podía asociarse con la mujer asesinada. No podía evitar el sentirse un poco esperanzado con aquello.

12

Lo último que podía esperarse Mal Weston a la tarde siguiente, era encontrarse al detective Landon, del departamento de Policía de Alexandria, ante su puerta acompañado por un colega de la Policía del condado de Arlington.

El asesinato de Sophie Tate había desaparecido de los periódicos. Mal había dejado de comprar el Record de Alexandria desde hacía más de una semana y al mismo tiempo había dejado de pasar con el coche por delante del 1415 de la calle South Rutherford para divisar a una joven alta y rubia entrando o saliendo de la casa.

La sorpresa de encontrarse con la Policía impulsó a Mal a una rápida negativa de que conociera a Rebecca Meade.

El detective Landon, de modales impasibles, sacó una copia de la lista del ordenador.

—Su nombre y dirección aparecen en ella, señor Weston.

—Oh, eso —interiormente, Mal se maldijo por la estupidez de su mentira—. He enviado dos o tres más. Todavía no he empezado a ponerme al día con todos los nombres que me enviaron después a mí. Ni siquiera puedo recordar la mayoría, aunque debo de tenerlos por algún sitio.

—Pero ¿no ha llamado por teléfono ni establecido ningún otro contacto con Rebecca Meade, cuyo nombre aparece en su lista de posibles citas?

—No, en absoluto.

Incluso mientras hablaba los pensamientos agitados de Mal se detuvieron en la carta que le había escrito a Rebecca Meade. Dios, ¿habría vuelto de su viaje y les habría entregado las cartas..., o sólo tenían la lista, bien a través de ella o porque la habían encontrado al buscar entre las cosas de la casa de su tía?

Mal casi se desdijo de su mentira. Pero, ¿no resultaría extraño si le decía a aquel tipo de rostro inexpresivo que, pensándolo bien, había escrito a un par de chicas y que una de ellas podía ser Rebecca?

Mejor dejarlo así. Si tenían la carta, ¿no sería lo lógico que el tipo le contradijera mostrándosela en lugar de asentir educadamente?

Seguro que sí. Para qué buscarse problemas. Rebecca pudo haber roto la carta, apartarle completamente de su mente después de hacerle aquel desprecio en el Club Calicó. Le habían ocurrido muchas cosas desde entonces: el viaje, la muerte de su tía... Puede que ya se hubiera olvidado incluso de su nombre.

Landon prosiguió con unas cuantas preguntas a Mal de tipo personal: su ocupación (no pareció excesivamente impresionado con la actividad académica mencionada por Mal), de dónde procedía,

cuánto tiempo llevaba residiendo en aquella zona y en qué otras direcciones, si es que las había, residió anteriormente.

Material rutinario, nada más sobre Rebecca Meade, aunque Mal observó que las preguntas incluyeron una inserción aparentemente casual respecto a sus movimientos durante la noche en que murió la tía. Se libró de ella con la afirmación de que la mayoría de las noches, no podía acordarse de ninguna en concreto, trabajaba en casa sobre sus notas.

En aquel momento le pareció natural preguntar, como alguien que no tenía nada que ocultar:

—De hecho, ¿a qué viene todo esto, señor?

—Son sólo unas investigaciones que estamos efectuando relacionadas con otro caso —replicó Landon.

Unos pocos minutos después, él y su colega se marcharon.

Mal cerró la puerta tras ellos con un suspiro de alivio, que no se hubiera permitido si se hubiera dado cuenta de que durante la entrevista Landon le había tomado una fotografía con una cámara disimulada en un encendedor.

En cualquier caso, su alivio duró poco. En cuanto se sentó a estudiar el incidente empezó a preocuparse por Rebecca Meade.

Debía de estar de vuelta de su viaje. Resultaba más lógico que le hubiera entregado la lista de citas a la Policía y no que se la hubieran encontrado por casualidad.

También les habrían contado lo de su llamada telefónica. El policía había preguntado si él le había telefoneado, pero no les había dado su nombre.

¿Por qué?

Porque no se acordaba de él, esa era la razón. Así de poca importancia le daba a la cita que concertaron. Ni siquiera podía recordar cuál era de entre los de la lista.

Pero la Policía, al no llegar a ninguna parte con los otros nombres, volvería a ella con la información recogida sobre cada uno. Más tarde o más temprano acabaría por recordar su nombre.

Esa noche pasó con el coche por delante del 1415 de la calle South Rutherford y encontró la casa a oscuras. Nadie contestó cuando llamó por teléfono.

Tendría que volver a comprar el Record el lunes para estar seguro de que no se le escapaba ninguna referencia al asesinato que había empezado a creer que había dejado atrás sin peligro.

El detective Landon dejó a su colega en la sede central del condado de Arlington y siguió camino hacia la siguiente investigación en Washington, mientras pensaba en la impresión que le había producido Mal Weston.

Era un solitario. No tenía un trabajo fijo y, a juzgar por el

apartamento, no mucho dinero para lanzar el libro que al parecer estaba escribiendo. En su situación pudo haber enviado varios formularios o como quiera que se llamaran, a diversas agencias matrimoniales y no tener en la memoria todos los nombres que le habían enviado como respuesta, especialmente si se trataba de una chica con la que no había intentado ponerse en contacto todavía. Desde ese ángulo su negativa de conocimiento alguno de Rebecca Meade era bastante plausible. Pero, por otra parte...

Nathaniel Harper, que constituía la misión de Landon en Washington, apartó de su mente todos los pensamientos sobre Mal Weston.

La dirección de Harper que correspondía a una buena casa de apartamentos en la avenida Connecticut, predispuso a Landon y al detective de distrito que le acompañaba como pide el protocolo, en favor de Nathaniel Harper. Debía de ser alguien de buena posición, un tipo universitario de aspecto cuidado, quizá estudiante de leyes o de medicina, pensaron, teniendo en cuenta que se presentaba a sí mismo como estudiante a la edad de veintiocho años.

La casa de apartamentos no tenía portero, pero el directorio del vestíbulo les envió a un apartamento exterior del tercer piso.

Landon llamó al timbre. Oyó movimientos dentro, lo que sonaba como un acercamiento disimulado a la puerta que disponía de una mirilla de una sola dirección.

Nadie contestó. Frunció el ceño perplejo y el otro detective volvió a llamar. Parecía que en el interior se estaba produciendo una discusión; los murmullos sonaban más alto de lo que se pretendía, les llegaban retazos de la conversación a través de la puerta.

—Por amor de Dios, Bobo, no puede ser... Hace cuatro meses.

Se oyó una respuesta nerviosa de otra voz diferente, luego la primera de nuevo, aún más alta:

—Si consiguieron una orden de arresto en California, no sería... —luego siguió algo ininteligible—... será un vendedor de alguna revista probablemente...

Landon llamó por tercera vez.

La puerta se abrió lo que permitía la cadena de seguridad y un ojo les observó.

—¿Sí? —dijo el dueño del ojo.

—Soy el detective Landon, de la Policía de Alexandria y el detective Johnson, de la Policía del distrito —replicó Landon sacando su tarjeta de identificación.

—¿Qué te dije yo? —gritó una voz al fondo—. ¿Qué te dije yo, Natty?

Natty por Nathaniel, pensó Landon, esperando pacientemente mientras una mano salía por la abertura para tomar posesión de sus

credenciales que, a juzgar por el tiempo que tardaron, fueron examinadas con la misma atención que si se tratara de los Manuscritos del mar Muerto.

Por fin se los devolvieron, quitaron la cadena y abrieron la puerta de par en par.

—Entren —dijo el llamado Nathaniel.

—¿Es usted… Nathaniel Harper? —preguntó Landon.

—Eso es.

La imagen de un tipo atildado, estudiante de derecho o medicina emprendió el vuelo en cuanto Landon divisó la figura regordeta que casi se aproximaba a su estatura de uno setenta y siete, de pie ante él.

Nathaniel Harper llevaba un traje de béisbol blanco y azul con las palabras «Bolton Little League» cosidas delante y botas rojas que le llegaban a media pantorrilla sobre calcetines de béisbol de reglamento. El cabello, de un castaño claro, le colgaba hasta los hombros, tan abundante y rizado que le enmarcaba su cara de luna llena con tirabuzones naturales. Sus protuberantes ojos azules observaban a los dos detectives con un brillo extraño.

—Pasen, les digo.

Les condujo a través del vestíbulo a un gran salón con una pared llena de ventanas que daban a la calle.

La habitación, de unos cinco metros por siete, parecía todavía más grande por la ausencia de muebles de los que había muy pocos: una deteriorada mesita de café delante de un estropeado sofá. Una lámpara de pie en una esquina, una lámpara de mesa sobre una caja de madera, cojines esparcidos por el suelo. Nada más, excepto, delante de las ventanas, una pesada puerta, apoyada en unos bloques de cemento y llena de libros, papeles y una mezcolanza de basura, hacía las veces de escritorio.

Los ceniceros desbordaban de la mesa y por la moqueta. En una esquina se veía una pirámide de latas de cerveza. Sólo el aire acondicionado evitaba que la habitación oliera tan rancia y sucia como parecía.

Bobo, quien quiera que fuese, había desaparecido. Una puerta que conducía a otras habitaciones, le había proporcionado una posibilidad de retirada.

—Siéntense, —dijo Natty indicándoles el sofá e instalándose en un cojín frente a ellos con voz y expresión alegremente expectante—. Díganme en qué puedo servir a la Policía de Alexandria y a la del distrito. No puedo imaginarme de qué se trata, caballeros. No he conducido mi coche desde que me retiraron el permiso el mes pasado. Me pareció que no sería conveniente, teniendo en cuenta… bueno, sea como sea, no he tocado el volante, así que no puede tratarse de eso…

—¿Conoce usted a una joven llamada Rebecca Meade, señor

Harper? —Landon utilizó la misma frase de presentación que empleara con Mal Weston.

—¿Rebeca Meade? —Natty apoyó la barbilla en una mano, con el codo sobre la rodilla—. ¿Debería sonarme? ¿Es quizás alguien que conocí en una fiesta?

—¿Qué le parece una lista de ordenador de Científicos Asociados?

—Caramba, eso me suena de algo. Les enrié un formulario y ellos me mandaron una lista de nombres. La tengo metida entre otros papeles, pero todavía debe andar por ahí...

Se incorporó, agitando los rizos, para buscar entre el revoltijo de encima de la mesa.

—Mientras tanto, ¿no ha intentado establecer contacto con nadie de la lista?

—Pensaba hacerlo, pero primero no la encontraba y luego llegó Bobo... esto... inesperadamente de California, y con unas cosas y con otras...

—¿Quién es Bobo ,señor Harper?

—Yo soy Bobo, señor, puesto que lo pregunta.

Una figura baja y cuadrada, vestida con un chándal color verde apareció en la puerta que tenían enfrente. Por delante del chándal colgaba una florida barba negra, que se fundía con la orla de pelo alrededor de las orejas con una calvicie completa encima. En el medio de la zona sin pelo se veían unas tupidas cejas negras fruncidas sobre unos agudos ojos negros.

Los detectives contemplaron aquella aparición y luego se miraron el uno al otro.

Landon fue el primero en recuperarse.

—Tendrá algún otro nombre además de Bobo, ¿verdad?

—Sí, pero a usted no le concierne, señor. He estudiado leyes y sé cuáles son mis derechos.

Bobo avanzó hacia ellos con sus sucios pies descalzos y extendió una mano en gesto imperioso.

—Déjeme ver su orden de registro. Supongo que tendrá una para atreverse a invadir la casa de Natty de esta manera.

Landon observó fríamente al joven.

—El detective Johnson y yo no vinimos aquí para efectuar un registro. Sólo pretendemos pedir la colaboración de su amigo en ciertas investigaciones que estamos efectuando. Usted debe saber, puesto que ha estudiado derecho, que esto es lo menos que la Policía espera de cualquier ciudadano con espíritu cívico...

La voz de Landon fue cayendo en el silencio mientras su mirada se dirigía a Natty Harper, atraído por su traje de la Little League, y los rizos que se agitaban arriba y abajo en su búsqueda de la lista de nombres.

—Olvídate de lo que estés buscando, sea lo que sea —dijo Bobo, siguiendo la mirada de Landon—. No tienen orden de registro y tú no estás obligado a ayudarles. Ni siquiera estabas obligado a dejarles entrar. Es una violación de tus derechos constitucionales. Como asesor legal tuyo, puedes decirles que se larguen.

—Por Dios santo, Bobo —replicó Natty con tono quejumbroso—. Sólo me han preguntado si conozco a una chica que está en una lista de ordenador que yo solicité.

—¿La conoces?

—No. ¿Cómo podría conocerla si apenas vi la lista antes de que se perdiera entre todas esas cosas que tengo encima de la mesa?

—Bueno, entonces ya has cumplido con tu deber de ciudadano. Ya pueden irse, oficiales. Natty no conoce a esa chica.

Observaron que los ojos de Bobo tenían el mismo brillo extraño que los de Natty Harper. Ambos estaban animados por algún tipo de droga, pensaron los detectives. Pero aquello no era de su incumbencia.

—Bobo, cuando estabas estudiando leyes, ¿no te tropezaste nunca con algo referente a obstruir la labor de la Policía en el curso de una investigación? —preguntó Landon con tono suave.

—Su investigación aquí ha concluido, señor. Natty les ha dicho que no conoce a esa chica y no hay más que hablar… Natty, como tu asesor legal, mantón la boca cerrada.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Natty Harper abandonó el escritorio y se dejó caer con las piernas cruzadas sobre un cojín. Miró al detective de soslayo por entre sus tirabuzones—. No tengo nada que ocultar —les informó con orgullo—. Puede preguntarme lo que quiera.

—Qué estúpido eres, Natty —dijo Bobo. Se encogió de hombros resignadamente, se sentó en otro cojín y se acarició la barba con un aire de indiferencia que no se extendía a la mirada fija y brillante que dirigió a los detectives.

—Sólo unas preguntas sobre usted mismo, señor Harper —empezó Landon—. ¿Fue Científicos Asociados su primera experiencia con un servicio por ordenador de una agencia matrimonial o similar?

—Por supuesto que no. En el correo me han llegado montones de formularios. Unas veces los he enviado y otras no.

—¿Ha salido alguna vez con alguna de las chicas cuyos nombres le fueron remitidos?

—A veces —replicó Natty con una nota lánguida—. A veces. Dependiendo de mi estado de ánimo y de los altibajos de mi madre. El factor determinante en el tamaño de mi asignación, sabe, es lo enfadada que se encuentre en un momento determinado.

El nunca dejaría de estar enfadado con él, ni de día ni de noche, si fuera hijo suyo, pensó Landon.

—Natty, verdaderamente estás hablando a chorros —observó

Bobo estirando su barba en toda su longitud para admirarla—. ¿Por qué has de decirle a estos policías nada en absoluto sobre los problemas con tu madre?

—No importa —replicó Natty—. No tengo nada que ocultar en este momento… a menos que te preocupes de…

Una mirada de advertencia de Bobo le detuvo en seco.

—Creo que esto es todo, ¿verdad? —preguntó alegremente a Landon.

—Bueno, no del todo. Puesto que ya había establecido citas por ordenador, ¿por qué motivo…? —Landon se interrumpió, olvidándose de la pregunta con la asombrosa imagen de Natty Harper acudiendo a una de esas citas por ordenador.

¿Qué diría la interesada cuando le viera ante su puerta? No es que no hubiera montones de tipos extraños por ahí que no parecían tener ninguna dificultad en salir con chicas…, aunque no podía recordar que ninguno de ellos llevara un traje de Little League. Quizá Harper no se lo ponía cuando salía con una chica…

Landon reaccionó y volvió a empezar de nuevo.

—¿Qué le hizo ser tan descuidado con la lista de Científicos Asociados, señor Harper, puesto que había establecido citas por ordenador en el pasado?

—Esa es una pregunta capciosa, Natty —intervino Bobo con gesto alerta—. No la contestes. Hablando como asesor legal tuyo, acógete a la Quinta.

—Por amor del cielo, Bobo —dijo Natty, y luego, dirigiéndose a Landon—. ¿Cómo puedo saber si hice o dejé de hacer algo casi más de un par de meses atrás? Quizá fue debido al humor en que me encontraba. O puede que no tuviera dinero para salir con chicas.

Su rostro se iluminó mientras tiraba pensativo de uno de sus rizos.

—Sí, eso fue. Dinero, ¿recuerdas, Bobo? —se volvió hacia el otro —. Fue cuando me llamaste a cobro revertido desde California para decirme que si no te enviaba quinientos por giro telegráfico inmediatamente habría…

—¡Cállate! —interrumpió Bobo con brusquedad.

Landon abandonó una línea de investigación que no le estaba conduciendo a ninguna parte.

—Bueno, supongo que podemos dar por concluido lo de Asociados Científicos. Volviendo a usted, señor Harper…, unas cuantas preguntas más sólo para el historial, y acabamos. —Sacó su cuaderno de notas—. ¿De dónde procede usted?

—De Nueva York, Pensilvania, Massachusetts, California y, oh, de Connecticut.

—Me refiero al Estado donde reside… al lugar que usted

considere su residencia legal.

—Domicilio legal… —Natty pareció confuso—. Ahora que lo menciona, no estoy seguro de tener uno. Me limito a moverme de aquí para allá, dependiendo de las circunstancias. Tales como si sigo algún curso de graduado o no, o lo que sea.

—¿No podría ser un poco más concreto?

—Bueno, déjeme ver. Obtuve mi bachillerato… ¿dónde fue? Oh, en UCON. Parece que hace tanto tiempo. Me refiero a la Universidad de Connecticut, claro. Aunque en realidad hace sólo cuatro años. Pero con unas cosas y con otras, había pasado un poco de la edad habitual. Luego estuve en Cornell durante un año… pensé que me licenciaría en Filosofía, pero al final no me pareció adecuado para mí. Ni Cornell tampoco. Me resultaba demasiado masivo. Estaba sufriendo una pérdida de identidad, me dijo mi sicólogo. Un semestre en la Universidad de Boston como estudiante especial no pareció servir de mucho tampoco, así que me tomé un año de vacaciones. Viajé un poco, me interesé por el arte etrusco durante un tiempo. Luego me pareció que me había encontrado verdaderamente a mí mismo en la UP, la Universidad de Pensilvania, en la Escuela Annenberg de Comunicaciones.

Natty hizo una pausa para echar una mirada a Bobo, que seguía acariciándose la barba, pero no le aconsejó que se acogiera a la Quinta.

—Allí es donde conocí a Bobo —continuó—. También a otros tipos, almas gemelas, podría llamárseles. Todos compartíamos un interés por la realización de películas. Sin embargo, ocurrieron algunos problemas con miembros de la facultad… ya sabe, los tipos rígidos que están provocando todas las revueltas de hoy en día. Por eso, los otros tipos, y Bobo y yo decidimos que Berkeley sería más de nuestro estilo y nos dirigimos a California el otoño pasado. Al principio todo fue bien, pero luego sucedieron un par de cosillas aquí y allá…

Natty Harper fue quedándose en silencio, el brillo de sus ojos se apagó brevemente con los tristes recuerdos.

—¿Tales como? —insistió Landon.

—Sólo cosas… —replicó con un gesto vago—. Sea como fuere, en marzo nos pareció mejor regresar al Este por un tiempo. Un amigo que tenía este apartamento quería subarrendarlo hasta que el contrato expire el mes que viene. Así que yo me quedé aquí y Bobo vino en el mes de junio…

—A mí no me metas en esto —intervino Bobo inflexible.

Landon se preguntó en qué clase de problemas se habrían visto metidos en California: líos con la Policía, sin duda alguna, pero ¿de qué clase?

Nunca lo sabrían. Vivían en un mundo diferente, marchaban al ritmo de diferentes tambores...

Se puso en pie. Sea lo que fuere no tenía nada que ver con el asesinato de Sophie Tate Curtís.

El detective Johnson lo expresó de una manera simplista al salir del apartamento.

—¡Dios santo, qué par de chalados!

—Pero no de la clase que yo estoy buscando —replicó Landon.

Explicó esta imagen de Natty Harper al presentar su informe a Greer:

—Está tan ido que sólo le falta un paso para que vengan a buscarle los hombres de las batas blancas —dijo—. Sin embargo, no nos concierne a nosotros, señor, puede fiarse de mi palabra y olvidarse de él.

Greer le creyó.

—¿Qué opina de Weston?

Landon le hizo un informe de la entrevista: la inmediata negativa de Mal Weston de conocer por lo más remoto a Rebeca Meade, la explicación que dio cuando le presentaron la lista, que podía ser válida o no. Prosiguió explicando la impresión que le había producido de una persona solitaria sin un trabajo regular, capaz de establecer su propio horario.

—Sin embargo, su situación no se parece en nada a la de Harper —continuó—. Weston no tiene dinero que le respalde. Yo creo que tiene lo justo nada más.

El nombre de Mal permaneció en la lista como sospechoso.

Greer frunció el ceño al ver que de los otros nombres de la lista sólo estaba tachado el de Natty Harper.

—Nunca tuve muy buena opinión del tema éste de las relaciones establecidas por ordenador desde el mismo momento en que empezó —dijo—. Supongo que la mayoría de la gente que las solicita son personas normales, estudiantes y cosas así, pero ¿qué pasa con el pequeño porcentaje, y sólo Dios sabe si es realmente pequeño, que no lo son? No estoy hablando de los chalados inofensivos como Harper, aunque supongo que ninguna chica querría verlo a la puerta de su casa, sino de los más peligrosos: los maníacos sexuales, sicópatas, como uno quiera llamarlos, también pueden intentar conseguir citas.

—Bueno, algunos de estos servicios, Científicos Asociados es uno de los que conocemos, intentan por lo menos proporcionar alguna protección a la chica al no enviar su nombre a ningún tipo que no aparezca en su propia lista. Además, no te olvides del ordenador; se supone que los empareja según sus gustos y aficiones. ¿No significaría esto que rechazaría a cualquier individuo extraño que intentara colarse? —Landon hizo una pausa—. Supongo que por lo menos

supondrá una especie de filtro.

—Pero, ¿qué puede impedir que yo mande la información que me dé la gana sobre mí mismo? —preguntó Greer—. Dadas las tarifas que cobran estas agencias, no podrían ni intentar comprobar si son auténticos. Siempre que mantuviera la información dentro de unas coordenadas normales, no veo por qué habría de rechazarme el ordenador. Yo podría ser cualquier tipo de criminal, diciendo mentiras sobre mi persona, y sin ninguna dificultad me encontraría con una lista de chicas dispuestas a salir conmigo. Además, ellas tendrían mi nombre en sus listas, lo que las haría sentirse más seguras al ir conmigo. Luego, si yo no era quien decía ser y me llevaba a alguna en un coche, podría verse en un grave problema.

Landon aceptó que tenía razón.

Ambos movieron la cabeza preocupados. Los dos tenían hijas, la del uno tenía cinco años, la del otro, siete. Estuvieron de acuerdo en que no les gustaría verlas mezcladas en ninguna relación establecida por ordenador.

—Supongo que no es más que una moda que ya no es tan popular como lo era hace unos años —dijo Landon—. Estará terminada y olvidada para cuando nuestras hijas sean mayores.

—Puede que entonces haya algo mucho peor —dijo Greer.

13

No. Helen, para ya. Vete.

Pero Helen no hacía caso. Instaló sus casi ocho kilos de peso, o quizá ahora sólo eran siete después de pasar dos semanas alojado en una residencia cuya cocina no satisfacía sus difíciles gustos, sobre el pecho de Rebecca Meade y empezó una limpieza en profundidad de su abundante pelaje color miel.

Tenía unos malignos ojos amarillos, un carácter horrible y unas grandes zarpas dobles con tantas uñas que Rebecca, llamada Becky, siempre sacaba un total diferente cada vez que intentaba contarlas. Hacía mucho que no probaba debido a los maullidos y arañazos que provocaba, pues Helen se ofendía rápidamente con cualquier limitación de su libertad.

Becky lo había aprendido a su propia costa desde que Helen empezó a rondar su puerta en febrero, un gato adulto y hambriento lleno de pulgas. Una gata, pensó, mientras cometía el error de alimentarla. Una pobre gata sin hogar que la mordía y arañaba porque no la conocía, porque tenía miedo, pensó, mientras cometía el error de cogerla en sus brazos. La llamaría Helen, pensó, y salió a la calle a comprarle un collar contra las pulgas.

Fue en primavera cuando descubrió que Helen era un gato macho castrado. Para entonces ya había aprendido a responder, cuando le apetecía, a su nombre. Era demasiado tarde para cambiarlo.

Llevaban ya seis meses viviendo bajo el mismo techo. Helen había adoptado la cama de Beckey como propia. Los escasos impulsos de afecto que el animal sentía se los dedicaba a ella. Había fugaces momentos en los que Becky se los devolvía, intentando persuadirse de que las dobles zarpas constituían una deformidad que le había torcido su personalidad y que, por lo tanto, la ruindad era tan natural para el animal como el respirar.

La mayor parte del tiempo se limitaban a soportarse mutuamente sin demasiado afecto entre ellos.

Aquella mañana de agosto, marcaba el final de las vacaciones de Becky. Tenía que volver a la biblioteca del Gunston College, donde era ayudante del bibliotecario. Durante el resto del mes trabajaría con horario partido: de ocho a doce por las mañanas y de siete hasta las diez, hora de cierre, por las noches.

No era un horario muy bueno para poder salir con chicos. Esa era una de las razones de que hubiera dejado que una salida al cine, el domingo por la noche, se prolongara hasta las dos de la madrugada. Ahora, cuando el despertador se había callado desde hacía veinte minutos, lo único que deseaba era seguir durmiendo.

Intentó quitarse a Helen de encima del pecho. El gato gruñó y le hundió las zarpas.

Becky abrió sus ojos muy azules, miró al gato con adormilado enfado y dejó vagar la mirada hacia el reloj de la mesilla que marcaba las siete y cuarto.

—¡Cielo santo!

Apartó las ropas de la cama y saltó al suelo.

Helen, apresado en medio de las sábanas, se libró de ellas a tiempo para lanzarse de un salto contra su tobillo. Becky le apartó de una patada y corrió hacia el cuarto de baño.

Fue rápida. Seis o siete minutos para ducharse, limpiarse los dientes y ponerse la ropa interior. Diez minutos para arreglarse la cara y peinarse, interrumpidos a la mitad para bajar corriendo las escaleras y dar de comer a Helen y poder sacarlo afuera cuando se marchara.

El reloj decía las ocho y veinticinco para cuando Becky se subía la cremallera de un vestido sin mangas y cerraba el broche de su pulsera de oro favorita en la muñeca. ¿Y los pendientes que hacían juego? Una rápida búsqueda acabó al recordar que estaban en la guantera del coche.

Sólo tuvo tiempo de desayunar un vaso de zumo.

—Maldición! —exclamó mientras se lo bebía al recordar que se le había olvidado bajar el bolso del piso de arriba.

Helen se había instalado para un lavado a fondo tras el desayuno y no quería que lo sacaran afuera. Se evadió de Becky cuando ésta intentó cogerlo, lanzándose hacia el salón, gruñendo y resoplando desde debajo del sofá. Becky se encontró con dos arañazos hasta que finalmente logró agarrarlo y lo sacó, sin demasiada suavidad, por la puerta principal.

Todavía le quedaba subir arriba a por el bolso. Eran las ocho y doce minutos cuando salió del apartamento definido como el anexo por su patrona, la señora Rankin, que vivía en la gran casa de esquina con la que su apartamento formaba una especie de L.

Cruzó corriendo el patio, salió por la verja de hierro forjado y dio la vuelta a la casa hasta el pequeño aparcamiento junto a ella donde se le permitía dejar el coche.

Había mucho tráfico, como siempre ocurría a esa hora, que convergía en el bulevar con dirección a Washington. Becky lo cruzó y luego torció hacia el sur, hacia el colegio superior en la Ruta 1.

Creía que se había resignado a llegar tarde, pero aun así tendía a conducir demasiado de prisa, con algo menos de cuidado que lo hacía habitualmente. Esa tendencia y el intentar pasar un semáforo a punto de ponerse en rojo fueron su ruina. Ni siquiera vio el coche que cruzaba la intersección a toda velocidad hasta que chocó contra la portezuela de la derecha.

El metal rechinó contra el metal, los frenos chirriaron, los suyos y los del otro conductor, no supo cuáles; un tapacubos salió rodando carretera abajo.

Becky, que llevaba puesto el cinturón de seguridad, sintió la sacudida del impacto, pero eso fue todo. Apagó el motor, desabrochó el cinturón y se agachó para recoger el bolso que se había caído al suelo. Entonces miró por primera vez al coche con el que había chocado, un Buick grande. El hombre de mediana edad que salía de detrás del volante levantó la mano hacia un corte que le sangraba en la frente.

Becky, que temblaba un poco al salir de su coche, se acercó corriendo.

—Oh, está herido.

En pocos minutos se encontraron rodeados de gente, coches parados, curiosos que parecían haber surgido de la nada y luego un coche de la Policía.

Tuvieron que declarar; el hombre se negó a aceptar una ambulancia que le llevara al hospital, el coche de Becky tuvo que ser retirado mediante una grúa, pues los guardabarros delanteros estaban doblados sobre las ruedas; el otro coche, más grande y con menos daños, se lo llevó alguien; tuvo que enviar un mensaje a la biblioteca; un mecánico de su garaje acudió con un Chevy alquilado para que pudiera utilizarlo; el sol calentaba cada vez con más fuerza; la gente se había marchado desde hacía rato; Becky recibió una citación para presentarse en el Juzgado Municipal el lunes siguiente acusada de saltarse un semáforo en rojo, no algo más grave después de que llegara la noticia desde el hospital de que las heridas del otro conductor carecían de gravedad.

Becky tenía la sensación de que aquello no se acababa nunca, pero el período de tiempo real transcurrido fue de menos de dos horas. Poco después de las diez se encontraba en su mesa de la sala de referencias de la biblioteca, informando con la mayor brevedad posible del accidente a aquellos que se habían reunido a su alrededor.

Ahora que ya había pasado, no quería hablar de ello. Era mucho más culpa suya que del otro conductor… ¿no había sido ella quien había recibido la citación de la Policía? Un momento de descuido le había proporcionado todo tipo de complicaciones. Tenía que notificarlo a la compañía de seguros, ¿le demandaría el otro conductor? Podría necesitar un abogado para su comparecencia en el tribunal; luego estaba el gasto que eso supondría: el pagar los primeros cien dólares de la factura de reparación del coche y puede que, además, una multa. Además, no podía saber cuánto tiempo tendría que estar sin coche, conduciendo el viejo Chevy que le había alquilado el garaje.

Estos pensamientos bullían en la mente de Becky Meade durante el resto de la mañana mientras intentaba ponerse al día en el trabajo después de las dos semanas de vacaciones.

El único punto brillante en aquel cuadro era que el otro conductor no estaba herido de gravedad.

Llamó a su agente de seguros cuando volvió a casa a mediodía y luego al garaje para decirles que necesitaba un segundo presupuesto del montante de las reparaciones. Se hizo unos huevos revueltos para comer, hizo la cama y arregló las dos habitaciones de la planta baja, el salón y la cocina. Dejó entrar a Helen, que lloraba ante la puerta, mirándole sin demasiado agrado.

—Fue tu culpa, gato. Si no hubieras armado tanto jaleo para salir esta mañana, ese otro coche y yo no nos hubiéramos encontrado en ese semáforo al mismo tiempo.

Helen le lanzó su mirada de soslayo y subió a acostarse. Becky se tumbó un rato en el sofá del salón.

Cuando se despertó, avanzada la tarde, se encontró el Record de Alexandria ante su puerta. No había pensado que aparecería ninguna mención del accidente; pero estaba en una página interior bajo el titular: ABOGADO HERIDO EN LA COLISION DE DOS VEHICULOS. El artículo decía:

> »Un abogado de la localidad resultó herido esta mañana en la colisión de dos coches en el cruce de Richmond Highway y el Grover Boulevard.
>
> »Samuel R. Distin, de 46 años, domiciliado en la calle Davis, 88, fue atendido en la sala de urgencias del hospital de Alexandria de las heridas leves recibidas en una colisión con un automóvil conducido por la señorita Rebecca Meade, de 24 años, residente en la calle North Hanover, 218. Distin fue dado de alta tras recibir atención médica. La conductora del otro coche resultó ilesa. La señorita Meade, que trabaja como bibliotecaria en el Gunston College, recibió una citación para presentarse en el Juzgado Municipal el día 25 de agosto.

—¡Oh, maldito sea! —exclamó Rebecca arrojando al suelo el periódico—. Maldito sea el infierno.

Mal Weston, al comprar el periódico fue todavía más expresivo cuando su mirada, al recorrer la página, cayó en el nombre de Becky.

—¡Santo Cristo! —exclamó y siguió jurando mientras asimilaba la información que le importaba en el artículo: Rebecca Meade, 24 años, calle North Hanover, 218, bibliotecaria en el Gunston College.

Empezó a hablar consigo mismo en forma inconexa.

—¿Será la misma? Decía veinticuatro años en lugar de veintitrés,

pero podía haber pasado un cumpleaños. Dijo que estaba siguiendo un curso, pero podía ser una más de sus mentiras, o quizá estuviera siguiendo uno en Gunston y trabajando allí al mismo tiempo. Sin embargo, ¿qué pasaba con su viaje? ¿Serían de unas vacaciones de lo que acababa de regresar? Dios, eso encajaría con el hecho de que la Policía se hubiera presentado: ella acababa de regresar y les entregó la lista de nombres del ordenador. Tenía que ser la misma. Sería demasiada coincidencia si no. ¿Qué habría pasado con la carta... la rompería antes de marcharse o la habría dejado por algún sitio?

Mal no podía permanecer quieto. Paseó de un lado a otro, mirando de vez en cuando por la ventana como si esperara ver un coche de la Policía deteniéndose ante su puerta.

Pero por mucho que mirara no apareció ninguno. Por fin pudo sentarse tranquilo y pensar en lo que debía hacer, aplicando su cerebro, bastante bueno por cierto, se recordó a sí mismo, el problema que se le presentaba.

Ante todo, tenía que comprobar que Rebecca Meade y la chica del periódico eran la misma persona. Ya estaba casi seguro al ciento por ciento, pero en ese tipo de situación no podía dejar el menor resquicio a la duda.

Fue a buscar la guía de teléfonos. Sabía que no aparecía ninguna Rebecca Meade, lo había comprobado hacía mucho, pero ahora repasó todos los Meade buscando la calle North Hanover, 218. No la encontró.

Marcó el número de información. Había una R. Meade que correspondía a ese domicilio. Después de apuntar el número, preguntó cuánto hacía que habían instalado ese teléfono, pero le contestaron que no podían comunicar esa información.

Mal colgó y pensó en lo que acababa de enterarse. Si se trataba de la misma Rebecca Meade no tenía medio de enterarse, por lo menos sin dedicarle mucho tiempo, de si hacía mucho que vivía en esa dirección. Podía haberse trasladado justo antes de irse de viaje, como había dicho la tía, o puede que incluso meses atrás. En este último caso habría usado la dirección de su tía para mayor comodidad y había dado la casualidad de que estaba en la casa la noche que él llamó. Con una zorra tan mentirosa como ella, o su tía, no había modo de saber lo que era verdad y lo que no lo era.

Lo único que sabía seguro era que se había mudado a su domicilio actual después de que se publicara la presente edición de la guía de teléfonos aparecida en octubre pasado. No, ni siquiera eso. Podía ser que no quisiera que apareciera su nombre en el listín.

La siguiente llamada de Mal fue al Gunston College. Pidió que le pusieran con la biblioteca y luego preguntó por Rebecca Meade.

—Ah, usted pregunta por la sala de índice —replicó la chica que

contestó al teléfono con tono de duda—. Pero no sé si está aquí ahora mismo… un momento, por favor.

La oyó dejar el auricular y preguntarle a alguien:

«¿Ha vuelto ya Becky Meade?», y la respuesta que llegaba débilmente desde lejos: «Sí, hoy. ¿No te has enterado del accidente que ha tenido cuando venía a trabajar esta mañana?»

Había vuelto, observó Mal. Vuelto del viaje. Otra indicación de que se trataba de la misma Rebecca.

La joven volvió a coger el teléfono.

—Espere un momento. Voy a pasarle con la sala de índice.

—Gracias —Mal esperó oyendo clics y zumbidos hasta que una voz masculina dijo:

—Sala de consultas.

—La señorita Meade, por favor.

—La señorita Meade no vendrá hasta la tarde. Puede llamarla entre siete y diez.

—Gracias.

Otra pequeña información sobre Rebecca, la llamaban Becky, pensó Mal mientras colgaba el teléfono. Había trabajado por la mañana y volvería por la tarde. Sería mejor enterarse de si trabajaba con horario partido, o como quiera que lo llamaran, de forma regular o sólo de vez en cuando.

Miró el reloj. Las seis y cinco. Se prepararía algo de comer e iría en el coche hasta la biblioteca para echarle una mirada a Rebecca Meade. Si resultaba ser una morena, o tener uno ochenta de estatura o ser de color podría olvidarse de ella de una vez por todas.

Pero seguro que no era así. Sería la que él creía que era y tendría que partir de ahí y pensar qué es lo que podía hacer a continuación.

Para empezar, echaría un vistazo a la calle North Hanover, 218. Recordaba el nombre por haberlo visto en las placas callejeras. Al parecer, Rebecca vivía a unas pocas manzanas de la casa de su tía.

Mal Weston no fue el único en observar la coincidencia de nombres en el artículo del Record. La señora Saunders lo leyó y, por diferentes razones, experimentó la misma sensación de angustia.

—Rebecca Meade —exclamó incrédula y corrió hacia el teléfono. Su primera llamada fue para Evelyn Tryon, pero se interrumpió a medio marcar el número al recordar que Evelyn se había marchado el sábado a Omaha.

Pero tenía que llamar a las otras dos miembros del club de bridge. Si hubiera visto el artículo en el periódico ya habrían llamado ellas.

Ambas estaban en casa y se mostraron igualmente consternadas y de acuerdo en que debían llamar la atención de Greer sobre el tema en caso de que a él se le hubiera pasado por alto.

—Voy a llamarle ahora —dijo Shelby Saunders—. Aunque son

más de las cinco y probablemente ya se habrá ido a su casa… como cuando Evelyn intentó aquella vez ponerse en contacto con él.

Pero resultó que esa tarde Greer estaba todavía en la comisaría de Policía media hora después de su horario habitual de nueve a cinco de la tarde. Sin embargo, estaba en una reunión, le dijeron a la señora Saunders y sólo se le podía interrumpir por motivos graves.

Ella dio su nombre y número de teléfono y pidió que la llamara antes de marcharse.

En el momento en que la señora Saunders intentaba ponerse en contacto con él, Greer se encontraba ante la ventana de su despacho en el segundo piso, dando la espalda a Landon y a los otros dos detectives que trabajaban a sus órdenes en el caso del asesinato de Sophie Tate. Hasta entonces, la lista del ordenador no había señalado en ninguna dirección específica, pero ya lo haría, pensó Greer, pasando su mirada abstraída por la fila de casas al otro lado de la calle. No había más remedio, teniendo en cuenta la llamada telefónica dos noches antes del asesinato.

Se volvió para enfrentarse con el trío sentado en un extremo de la larga mesa de conferencias.

—La cuestión es saber cuál de esos tipos es un mentiroso —dijo.

Sólo se habían quedado con cuatro de los siete nombres de la lista. Uno de los que habían escrito a Rebecca Meade había sido eliminado, pues había sido trasladado a la costa oeste hacía seis semanas. Otro tenía una magnífica coartada para la noche del asesinato, el 2 de agosto, por haber actuado de testigo en una boda en Baltimore ese día y haber pasado la noche allí, en casa de un amigo.

El detective Landon había eliminado a Natty Harper. Eso dejaba sólo a un joven que admitía haber escrito a Rebecca para pedirle una cita, pero fue rechazado; Mal Weston y los dos que quedaban en la lista y que afirmaban no haber intentado ponerse en contacto con ella ni por carta ni telefoneándola.

Las otras dos miembros del club, al enseñarle la lista de nombres, mostraron la misma vaguedad debido al paso de tantas semanas que Evelyn y Shelby Saunders respecto a quien había escrito y quien no. Pero todas estaban seguras de que alguien de esa lista había llamado el jueves por la noche.

Sophie Tate no se estaba burlando de ellas hablando ante un teléfono vacío después de que alguien llamara porque se había equivocado de número o algo así. Su voz, sus gestos, la conversación, lo hacían parecer auténtico así como lo que les contó después sobre cómo el joven se había hecho con su número de teléfono.

Greer compartía su convencimiento de que la llamada telefónica procedía de alguien de la lista; lo que significaba que uno de ellos mentía.

Sophie Tate también había mentido, según supo Greer, cuando le dijo a la señora Saunders que había llamado para anular la cita que había concertado la noche anterior. Habían seguido su pista hasta el club Calicó en la calle M, un lugar que ella no frecuentaría normalmente, excepto para echar un vistazo al joven que acudía a la cita establecida por ordenador para Rebecca Meade.

No era una persona que pasara inadvertida. El barman, cuando le mostraron una foto en color de ella, recordó el brillante cabello rojo, el rostro delgado, el traje morado. Sin embargo, no sirvió de gran ayuda al mirar las fotos de los cuatro integrantes de la lista.

—Esto está siempre lleno de muchachos como ésos. A menos que sean clientes fijos, soy incapaz de distinguirlos.

Las llamadas telefónicas eran parte de la rutina diaria para el camarero. El que Sophie Tate hubiera dado un aviso para Mal Weston, había desaparecido hacía mucho de su mente.

Tampoco significaba mucho que ninguno de los cuatro pudiera presentar una coartada para la noche del asesinato. A menos que se tratara de una ocasión especial, la mayoría de la gente no podía recordar lo que estaba haciendo en un momento determinado de una noche concreta, dos o tres semanas atrás.

—Vamos a empezar e investigar más a fondo a los cuatro —dijo Greer al final de la conferencia—. La procedencia familiar, los historiales de la escuela y la universidad, los expedientes laborales, todo al completo.

El grupo se dividió. La investigación tomaría un sesgo más amplio a medida que salieran los mensajes de teletipo desde el departamento de Policía de Alexandria, Va, hacia los departamentos policiacos de las ciudades natales, escuelas, lugares de trabajo, para solicitar información sobre los cuatro sospechosos.

Greer, de vuelta en su despacho, encontró el mensaje de que llamara a la señora Saunders.

No había visto el periódico todavía. Dijo que el nombre era efectivamente una gran coincidencia y apuntó la dirección de Becky.

—Desde luego no es un nombre muy corriente —dijo la señora Saunders.

—No, pero por lo menos el Meade no es tampoco inhabitual. Pero, así y todo…

Lo dejó así. Después de colgar, lo pensó mejor, llamó a información y obtuvo el número de Becky.

Sería mejor ir a verla personalmente, pensó. No obstante, la llamaría antes.

Eran cerca de las seis. Becky había dado de comer a Helen y estaba tomando su cena cuando sonó el teléfono.

Se quedó sumamente sorprendida cuando Greer se identificó a sí

mismo.

—¿Tiene algo que ver con el accidente de esta mañana? —preguntó—. Espero que no le haya pasado nada al otro conductor. Llamé a su esposa hace un rato y me dijo que se encontraba bien…

—No tiene nada que ver con eso, señorita Meade —replicó Greer—. En realidad puede que no tenga nada en absoluto que ver con usted, pero me gustaría que habláramos.

—Pero no puedo imaginar qué es lo que quiere —interrumpió Becky, nerviosa.

—Es sólo una cuestión de alguien con un nombre similar. Sin embargo, es demasiado complicado para explicárselo por teléfono.

—Bueno, tengo que estar en la biblioteca, en el Gunston College, a las siete en punto. Ahora estaba cenando…

El Policía le preguntó cuál era su horario. Era totalmente imposible que se vieran a la mañana siguiente, explicó ella y añadió:

—Esta mañana llegué con dos horas de retraso, comprende, no puedo tomarme ningún tiempo libre otra vez mañana.

Finalmente decidieron que él la esperaría delante de su apartamento esa noche, justo después de las diez. Esperaba que su esposa no hubiera hecho planes para esa noche. Según su opinión, eran demasiadas las veces que él se los trastocaba. Sin embargo, la mayor parte del tiempo estaba resignada a las irregularidades de la vida de un policía.

Becky colgó el teléfono y un momento después volvió a él. ¿Cómo sabía que el sargento Greer era quien decía ser? Ocurrían demasiadas cosas extrañas. Buscó el número del departamento de Policía.

Se sintió violenta cuando volvió a tenerlo al aparato.

—Sólo estaba haciendo una comprobación. Quería estar segura.

—Bien por usted, señorita Meade. Hasta esta noche.

En nombre del cielo, ¿qué podía querer aquel sargento de Policía? La pregunta revoloteaba por la mente de Becky durante la cena y a intervalos, más tarde, en la biblioteca.

Mientras no tuviera nada que ver con el accidente sentía más curiosidad que preocupación por la entrevista que se avecinaba.

14

No había más que un puñado de estudiantes de los cursos de verano en la sala de índice cuando Mal Weston entró en ella poco después de las siete de esa tarde. No era una sala grande; en realidad, pensó con condescendencia, la biblioteca entera podría caber en alguna de las salas de consulta que él estaba acostumbrado a frecuentar. Pero en verdad, el colegio mismo era demasiado pequeño y nuevo para su gusto.

Vio a Becky sentada a su mesa, la única rubia a la vista, nada más entrar en la habitación. Su pelo era más bien amarillo que lo que él llamaba rubio. Amarillo como el maíz con un toque de color rojo que la hubiera convertido en pelirroja si hubiera sido un poco más oscuro. Pero a primera vista, sin más disquisiciones sobre el color del pelo, Mal abandonó la poca esperanza que tenía de que no se tratara de la misma Rebecca Meade.

Se acercó más y leyó Señorita Meade en la placa que tenía delante en la mesa.

Estaba hablando con una chica de pie junto a ella. Dispuso de un momento o dos para estudiarla: una chica esbelta, guapa, con el cabello rubio hasta los hombros y unos ojos azules que lo parecían aún más debido a su atractiva piel tostada. No resultaba sorprendente, pensó con envidia, después de haber pasado un par de semanas tomando el sol en Hawai. La joven presentaba un aire de buena educación, de ligera reserva que él había asociado desde el principio con Rebecca Meade en cuanto vio la elegante casa antigua en la calle South Rutherford. Él lo calificó como un aire esnob. Eso es lo que era, por supuesto, una mentirosa, una zorra que sólo traía complicaciones.

No necesitaba para nada un ordenador para conseguir salir con chicos. Tal y como él había imaginado, había enviado el formulario como una travesura, una broma, algo de lo que reírse con sus amigas y especialmente con su tía, esa vieja bruja mentirosa que le había echado un vistazo en el Club Calicó y le había puesto el veto para Rebecca Meade.

Dios, cómo odiaba a esa chica, por haberle metido en aquel jaleo, por representar un peligro que podía significar su ruina.

Becky alzó la vista. Su cara mostró un fugaz gesto de sorpresa al observar la fría intensidad de la mirada del joven.

Mal se volvió rápidamente hacia una estantería de revistas, cogió una y empezó a hojearla.

Ahora era él quien se sentía observado.

Ella no sabía quien era, por supuesto, pero evidentemente lo estaba estudiando. Sería mejor salir de allí...

Oyó pasos detrás de él, una voz masculina que decía:

—Hola, señorita Meade. ¿Encontró ese libro de psicología que estuve buscando por la mañana?

Mal le dirigió una mirada de soslayo.

El recién llegado, parado ante la mesa, impedía que ella le viera. Dejó la revista y se marchó.

Cuando Becky se incorporó para coger el libro que el estudiante le había pedido, pudo entrever fugazmente a Mal que se alejaba por el vestíbulo. Podía tratarse de un nuevo estudiante del curso de verano que se había matriculado con retraso para el segundo semestre mientras ella estaba de vacaciones. Era atractivo, pensó, pero desde luego no se interesaba por ella del modo habitual. Sus ojos parecían taladrarla completamente cuando ella se fijó en él por primera vez.

Bueno, ya se había marchado. ¿Qué importancia tenía? Olvídalo, se dijo a sí misma.

Era todavía de día aunque empezaba a oscurecer, cuando Mal llegó a Alexandria. Reflexionó en que el atardecer parecía marcar la pauta de sus llegadas allí, mientras buscaba un lugar para aparcar en South Hanover, una manzana más arriba de la calle comercial principal que cruzaba la ciudad antigua, dividiendo las calles en norte y sur.

Mal cruzó la calle principal por el semáforo y siguió a lo largo de North Hanover a un paso reposado que no indicaba ningún propósito definido. Por el rabillo del ojo iba siguiendo la secuencia de los números de la calle.

Aun así, casi se le pasó el 218, situado junto a una verja de hierro en un alto muro de ladrillo que rodeaba el patio trasero de la gran casa de esquina que acababa de pasar.

Mal siguió hasta la esquina siguiente, dudó como si se hubiera olvidado algo y dio media vuelta. El muro era demasiado alto como para poder mirar por encima, pero manteniéndose en el borde más alejado de la acera pudo ver a través de la verja un patio con suelo de ladrillo bordeado de arbustos. Un ala del edificio principal de un piso y medio de altura ocupaba por lo menos la mitad del espacio. El ala, larga y estrecha, parecía tener sólo una puerta que daba al patio. Allí era donde vivía Rebecca Meade, pensó, separada del resto de la casa con su propia entrada particular.

Siguió caminando hasta la esquina. La parte principal de la casa daba a lo que resultó ser la calle Charlton. El edificio de viejos ladrillos descoloridos, tenía tres pisos de altura, pero no era mucho más ancho que el ala de la parte de atrás.

Mal pasó por delante caminando lentamente. Observó una placa en la puerta principal, que decía: E. R. RANKIN. Había espacio para dos coches junto a la casa, sólo uno de ellos estaba ocupado, y una

puerta hacia la parte posterior. El muro, visto desde aquel lado, terminaba en el ala anexa o, si había sido construido primero, se había convertido en parte de ella.

Donde acababa la propiedad empezaba una fila de casas adosadas.

Mal cruzó la calle y regresó a su coche.

Volvió a emprender el camino de regreso a la biblioteca, vio una cabina de teléfono junto a una gasolinera y siguiendo un impulso aparcó junto a ella para utilizarla.

Ernest R. Rankin aparecía en la dirección de la calle Charlton. Mal marcó el número. La voz de una mujer, temblorosa por la edad, le respondió:

—¿La señora Rankin?

—Sí.

—Me llamo Ben Howard, señora Rankin. Estoy buscando un apartamento y alguien me dijo el otro día que usted podría tener uno para alquilar.

—Oh, cielos, no. Me temo que hay un error. El único sitio que tengo para alquilar es el anexo en la parte de atrás y ya está ocupado. Que yo sepa, la chica que lo ocupa no tiene intención de marcharse.

—Comprendo. Gracias de todos modos.

Mal colgó cuando la señora Rankin iba a empezar a contarle que había un apartamento por allí cerca que creía iba a quedar libre dentro de poco.

El anexo, pensó, mientras regresaba a su coche. Así es como llamaban a ese ala de la casa.

Se preguntó cuánto haría que Rebecca Meade se había mudado allí. Si hubiera seguido hablando con la señora Rankin un poco más podría habérselo dicho, pero, por otra parte, cuanto menos hablara con cualquiera conectado con la chica, mejor. No sabía todavía qué pasos tendría que dar al final.

Todavía tenía que matar más tiempo, casi una hora hasta que cerraran la biblioteca. Por lo menos podría buscar un sitio para tomarse una cerveza…

Mal regresó a la biblioteca a las diez menos cuarto, aparcó a una distancia discreta de la bien iluminada entrada principal, pero lo bastante cerca como para ver a Rebecca Meade cuando saliera. Tenía la intención de seguirla hasta su casa o a donde quiera que fuese.

La joven salió por la puerta principal pocos minutos después de las diez con una chica tan alta que tenía que alzar la vista para hablar con ella. Por la mente de Mal cruzó la idea que la misma Rebecca no parecía tan alta como el metro setenta que había indicado en el formulario; pero eso, pensó, sería probablemente porque la estaba comparando con aquella torre que debía medir más de un metro

ochenta.

Se despidieron en la zona de aparcamiento. Rebecca se subió a un viejo Chevy azul, la otra chica se metió en su propio coche.

No supuso ningún problema seguir a Rebecca. Otros muchos coches arrancaban a su alrededor para salir del recinto universitario. No había motivo alguno para que ella se fijara en sus faros que giraron hacia el norte en la autopista hacia Alexandria.

La matrícula comercial del viejo Chevy atrajo su atención. El coche de la joven debió de resultar dañado en el accidente de aquella mañana, pensó.

Permaneció algo más rezagado al llegar a Alexandria cuando ella giró hacia la calle South Hanover, donde el tráfico era menor y no era probable que la perdiera. Se dirigía derecha a casa, al parecer. Le bastaba con no perder de vista los pilotos de posición del vehículo de Becky.

Iba dos manzanas más atrás cuando la calle se convirtió en North Hanover y seguía manteniendo la misma distancia cuando ella indicó el giro a la izquierda hacia la calle Charlton. Cuando él pasó calle adelante la vio girar para meterse en la casa grande.

Al parecer, su alojamiento incluía el derecho a un aparcamiento. Debía de pagar un alquiler dos veces superior al suyo al vivir en un lugar como aquél con el mismo tipo de atmósfera que la casa de su tía.

Había coches aparcados a ambos lados de la calle North Hanover. Tuvo que recorrer una manzana entera para encontrar aparcamiento.

Desanduvo rápidamente el camino a pie, apenas visible entre los árboles. No llevaba ningún propósito determinado en mente; hubiera dicho que sólo estaba familiarizándose con la rutina diaria de Rebecca Meade.

Se detuvo entre las sombras y la vio doblar la esquina desde el lugar donde había dejado el coche: la luz de la farola formaba un halo alrededor de su cabello.

Al momento siguiente sonó la portezuela de un automóvil y un hombre avanzó hacia ella. Mal no pudo verle bien, pero advirtió que se movía con paso rápido y juvenil.

Se saludaron, pero Mal estaba demasiado lejos como para oír lo que decían. El hombre mantuvo abierta la verja para que ella entrara y desaparecieron juntos.

Parecía una cita de última hora. ¿La esperaría aquel tipo todas las noches que tuviera que trabajar hasta tarde?

Mal esperó para ver si salían a algún sitio. Pasaron unos diez minutos sin que dieran señales de vida. Alguien salió de la casa situada pasado el muro, se metió en un coche aparcado delante y emprendió la marcha. Los faros iluminaron a Mal, quien se inclinó rápidamente como para recoger algo que se le hubiera caído. Cuando

el coche estuvo fuera de su vista se dirigió al suyo. No le convenía en absoluto atraer la atención del vecindario. El amigo de Rebecca Meade podía permanecer allí durante horas o incluso pasar la noche. Mal no podía saberlo. Sería mejor marcharse a casa.

Becky encendió la luz de fuera antes de marcharse aquella tarde hacia la biblioteca. Aun así, a Greer le pareció, al cerrar la verja tras de sí, que el patio estaba oscuro, alejado del círculo inmediato de luz junto a la puerta. Todo resultaba muy atractivo, pero había demasiados arbustos por allí ofreciendo escondites y estaba demasiado alejado de los vecinos, incluso los de la casa principal o los de la puerta de al lado. Una bombilla más potente en el antiguo farol de carruaje ayudaría un poco, pensó, rozando uno de los tejos excesivamente crecidos situados a ambos lados de la puerta mientras esperaba que ella la abriera.

—¿Vive aquí sola, señorita Meade? —preguntó siguiéndola adentro de un vestíbulo minúsculo donde apenas había sitio para que la puerta pudiera abrirse sin rozar el inicio de la escalera estrecha y empinada.

—Sí, así es —dijo Becky mientras encendía las luces a medida que iba avanzando hacia el salón situado a la izquierda—, ¿No le parece un sitio encantador? Sólo llevo viviendo aquí desde enero, pero me entusiasma. Además, tiene aire acondicionado. El inquilino que vivía aquí antes ayudó a instalarlo, me dijo mi patraña.

Se estaba agradablemente fresco en el interior, mejor que afuera. Greer recorrió con la mirada la habitación desde el umbral.

Una gran chimenea con una antigua vasija de cobre colgando de una argolla ocupaba casi toda la pared posterior. Unas estanterías con libros ocupaban la pared opuesta. Las dos ventanas muy profundas, una enfrente y la otra a un lado de donde él se encontraba, tenían contraventanas interiores que Becky había cerrado. La mayoría de los muebles eran sobrantes familiares o piezas sin barnizar que ella misma había limpiado y encerado, pero el efecto total era de comodidad y encanto.

—Siéntese, señor Greer —Becky le indicó un sillón junto a la chimenea—. ¿O debo decir sargento?

—Sí, eso estaría bien —replicó él sonriendo.

—Bueno, sargento, antes de que me diga de qué se trata, voy a prepararme una ginebra con tónica. ¿Quiere una usted también?

—Me apetece mucho, gracias. ¿Puedo ayudarle?

—No, gracias. Puedo arreglármelas sola.

Becky se dirigió a la cocina.

En lugar de sentarse, Greer se dirigió a las estanterías que ofrecían una mezcolanza que iba desde libros de texto universitarios hasta novelitas de misterio e incluso observó divertido, *El mago de Oz*

situado junto a Zola.

Becky regresó con las bebidas, le entregó la suya y se sentó. Bebió y le miró por encima del borde del vaso.

—Ahora puede contármelo.

—No es tanto una cuestión de contar como de preguntar, señorita Meade —él se sentó también y le lanzó una mirada irónica—. Esa es la misión de la Policía, sabe: hacer preguntas. La primera es: ¿ha establecido relaciones o citas por ordenador recientemente o mientras estaba estudiando? He dado, por supuesto, algunos de los libros que tiene por aquí y por su trabajo en Gunston, que es licenciada universitaria.

—Sí, lo soy. Además, tengo el título de bibliotecaria. Pero no, nunca he salido con nadie por medio de una de esas agencias de ordenadores, ni en la universidad ni nunca. Qué extraño, ahora que lo menciona. Hace un tiempo estuvo muy de moda, pero yo nunca me interesé en ello.

¿Por qué habría de hacerlo? El pensamiento de Greer fue un eco del de Mal Weston: una chica como ella podría tener todas las citas que quisiera sin necesidad de ningún ordenador.

—Comprendo.

—Pero yo no —dijo Becky—. No puedo imaginar por qué lo pregunta.

Greer tomó un sorbo de su bebida.

—Está muy buena —dijo saboreándola—. No hay mejor bebida en verano que una tónica con ginebra, ¿verdad?—. Tomó otro trago y continuó con tono vago—. Se trata de una coincidencia de nombres, señorita Meade. Algo que ha surgido en otro caso en el que estamos trabajando.

—En otras palabras: no quiere decírmelo.

—Bueno, si prefiere decirlo de ese modo —rió él. Inmediatamente se puso serio—. Sólo una pregunta más y me terminaré la bebida y la dejaré en paz... ¿Ha intentado alguien que usted no conozca obtener una cita con usted por teléfono, ligar con usted en algún sitio o algo parecido?

—No, no ha habido nada de eso —replicó ella también seria a su vez—. Pero ocurre que no he estado aquí. Acabo de volver de unas vacaciones de dos semanas en Delaware. Mis padres tienen allí una casa en Bethany Beach. Regresé el sábado para resolver unas cuantas cosas. Anoche fui al cine con alguien que conozco desde hace casi un año. Así que ya ve que no ha habido ocasión para el tipo de situación que usted sugiere.

—Pero, antes de eso... digamos una o dos semanas antes de marcharse, ¿hubo algo entonces?

—No, nada en absoluto —Becky le lanzó una mirada especulativa

—. ¿Esa chica que tiene un nombre como el mío, se ha metido en algún lío por culpa de una de esas agencias de relaciones por ordenador?

—Algo de ese estilo —Greer le ofreció un cigarrillo y encendió uno para sí—. ¿Ha venido alguno de esos vendedores a domicilio?

—No, desde hace un par de meses por lo menos —replicó Becky negando con la cabeza.

—Bueno... —El policía permaneció silencioso fumando su cigarrillo, tomándose sin prisas la bebida—. Si surgiera alguna cosa, lo que dudo, ¿querrá ponerse en contacto conmigo, señorita Meade? Llámeme por teléfono y si no estoy, yo la llamaré después.

—Llamadas misteriosas, vendedores a domicilio, algún intento de ligar conmigo...

—Cualquier cosa por poco importante que parezca —Greer, una vez remachada la idea, cambió de tema—. ¿Lleva mucho tiempo en Alexandria?

—Sólo desde enero, cuando conseguí el trabajo en la universidad.

Le hizo una o dos preguntas más sobre su vida; su padre era un hombre de negocios de Baltimore, su educación, Friends School y Universidad de Maryland, mientras terminaba la bebida. Luego dejó el vaso sobre la mesa, delante de él y se puso en pie.

Beckey le acompañó hasta la puerta y dijo:

—El hecho de que mi nombre apareciera en el periódico a causa del accidente esta mañana fue lo que le hizo fijarse en mí, ¿verdad, sargento?

—Bueno, sí, me pareció extraño... —Dejó que su voz se apagara. No tenía intención de alarmarla cuando probablemente no había necesidad de ello. Lo más probable era que ninguno de los sospechosos hubiera leído el Record, puesto que ninguno vivía en Alexandria; o, si por casualidad se hacían con un ejemplar, no se fijarían en el nombre de Rebecca Meade. Sólo alguien como la señora Saunders, que llevaba toda la vida allí, leería todas y cada una de las noticias del periódico.

Pero al menos su visita había puesto en guardia a la joven. Estaría sobre aviso cualquier cosa fuera de lo normal.

Además, reflexionó Greer mientras se despedía de ella y se marchaba, aunque uno de los cuatro hubiera matado a Sophie Tate Curtís y viera la noticia en el periódico de hoy, no tenía ninguna razón para atacarla. La mejor solución sería mantenerse apartado lo más posible de alguien, que al menos en su mente podía estar asociada con su víctima.

Becky permaneció en el umbral hasta que Greer salió por la puerta de la cancela y la cerró tras de sí. Luego, cuando empezó a cerrar la puerta, se acordó de Helen. Al gato no le gustaban los

desconocidos, no es que los demás le gustaran tampoco mucho, y en vez de venir para que le dejaran entrar se había mantenido alejado cuando ella llegó a casa con Greer.

—Helen. Ven aquí, Helen.

Helen dio la vuelta a la esquina con paso mesurado, sus andares estilo Elsa —el león—, como los llamaba Becky. Sus grandes zarpas dobles casi se cruzaban una delante de la otra en su tranquilo avance.

—Venga, muévete, gato —dijo ella impaciente espantando una mariposa nocturna—. No quiero que entren contigo todos los insectos del país.

Helen, con el rabo empenachado orgullosamente alzado, pasó junto a ella y entró en el vestíbulo. Becky cerró la puerta y le echó la llave.

Se preparó otra copa, le dio a Helen un refrigerio de leche en polvo ligeramente disuelta, que le encantaba. Qué extraña esa visita del sargento Greer, pensó, sentándose en el salón con la bebida. Una chica con un nombre como el suyo metida en algún lío por .culpa de unas citas establecidas por ordenador. Quizá tuviera, digamos, el mismo apellido y un nombre parecido... aunque no había muchos. Rachel, Rosalie, Rosamund... también Regina. Este era el que más se aproximaba.

Justo entonces, Helen se dignó saltar a su regazo y lanzó un profundo ronroneo de satisfacción cuando ella le rascó entre las orejas.

—Ahora estás actuando como un gato amable —le dijo Becky. Pero su tono era ausente, seguía pensando en la visita de Greer. Acariciando suavemente, su mano se movió hacia el territorio prohibido de los costados de Helen. El gato dejó de ronronear. Movió la cola con fastidio. ¿Es que todavía no había aprendido que sólo estaba permitido acariciarle alrededor de la cabeza y las orejas? Le mordió en la muñeca y saltó de su regazo.

—Gato malo —le regañó ella sujetándose la herida.

Helen le lanzó su mirada de soslayo y empezó a alisarse el pelo desordenado.

Mientras Becky permanecía sentada regañando al gato recordó de repente la mirada dura y fría que le lanzara el hombre de la biblioteca esa noche... ¿estaría incluido en lo que el sargento Greer llamaba algo fuera de lo normal?

Por supuesto que no.

15

El martes por la mañana Becky se levantó nada más sonar el despertador, con lo que la situación fue bastante menos acelerada que el día anterior. Tuvo tiempo de fregar los platos del desayuno, hacerse la cama y arreglar el salón. Incluso Helen se mostró cooperativo y permitió que le sacaran afuera con sólo un gruñido lanzado de modo automático. Becky le devolvió el gruñido. El gato la ignoró y se dirigió al banco construido alrededor del acebo situado junto al muro.

Becky observó cómo se alejaba y luego se volvió para alisar la alfombra del vestíbulo, que se había pillado con la puerta cuando empezó a cerrarla.

Se marchó antes de las ocho menos veinte y realizó un recorrido sin novedad hasta la librería en su coche prestado.

Una hora más tarde, Mal Weston llegó a casa de Becky desde la calle Charlton y observó al pasar por delante con el coche que el Chevy azul ya no estaba en su aparcamiento habitual junto a la casa principal. No había esperado que estuviera, ya que había telefoneado varias veces sin obtener respuesta antes de decidirse a salir. Debió haberse ido a trabajar a las ocho, pensó, preguntándose si tenía un horario diferente según los días. Era algo que tenía que comprobar.

Aparcó varias puertas más abajo del apartamento de Becky y regresó a pie, entró con aire decidido, como si acudiera allí por una causa justificada. Cerró la verja tras de sí y cruzó el patio hasta la puerta con el mismo paso decidido. Llamó y esperó observando a su alrededor de pie en el ancho escalón de la entrada. No podían verle desde la parte principal de la casa. El muro impedía que le vieran desde las ventanas del primer piso de la casa de al lado. No había ninguna en la parte de arriba de la que tuviera que preocuparse, el tejado se inclinaba por aquel lado casi hasta la parte superior del muro. Había observado el aire desigual que le daba a la casa al subir por la calle North Hanover. No sabía que se trataba de una casa de estilo; sólo que su extraño diseño favorecía sus propósitos.

Volvió a llamar a la puerta y siguió tomando nota de los alrededores mientras esperaba una respuesta que estaba seguro que no lograría.

La puerta estaba descentrada, a no más de metro o metro y medio de la esquina, donde el ala se unía con el muro formando una esquina adornada de arbustos. Mientras Mal la miraba, un gran gato color miel con zarpas dobles, salió de detrás de los arbustos, se sentó y le contempló sin ninguna amabilidad.

No le gustaban los gatos. Mal volvió la mirada hacia la izquierda, calculando que habría casi cuatro metros de espacio en ese lado entre

la puerta y la esquina exterior del edificio. Su profundidad debía de ser el doble de la anchura, pensó. Había dos ventanas delante, una arriba y otra en la planta baja.

Oyó pasos en el otro lado del muro. Pasó una mujer. Los arbustos le habrían impedido verle si hubiera mirado a través de la verja, pero, aun así, se sentía vulnerable allí afuera. Se dirigió a la esquina del edificio anexo y estudió la disposición de la casa principal.

Las contraventanas del tercer piso estaban cerradas. El tejado del anexo impedía la vista desde una de las ventanas del segundo piso y el acebo desde la otra. Abajo se veía una puerta cerrada y una ventana que parecía que no se había abierto desde hacía años, probablemente desde que la señora anciana con la que habló la noche pasada por teléfono empezó a alquilar el ala del edificio.

Mal dio la vuelta a la casa de forma que no pudieran verle desde la verja. El musgo crecía en el suelo de ladrillos de la parte posterior siempre en sombra. El aire parecía más frío, pero tenía un leve olor a humedad donde los arbustos excesivamente crecidos impedían que pasara la luz. La pared lateral del ala estaba bordeada con una alfombra marrón de agujas de los árboles.

Mal sacó un par de guantes de algodón y se los puso antes de intentar abrir las dos ventanas bajas. Ambas estaban cerradas, pero la más alejada, una ventana a bisagra, se movió fácilmente en su marco.

Se puso a trabajar en ella con una navaja. Necesitaba una mano de pintura. Eran tantas las escamas de pintura que se habían caído que los trocitos levantados por la navaja no se notarían. Finalmente, el pestillo cedió y la ventana se abrió. Debajo de ésta se encontraba una mesa de pino de alas plegables. Mal la apartó a un lado y al momento siguiente se encontró en la cocina de Becky con la ventana cerrada y echado el pestillo y las virutas de pintura quitadas de en medio.

Solo sus ojos se movían mientras miraba y escuchaba. El fregadero, a la izquierda, con el contorno de lo que fuera una puerta que comunicaba con la parte principal de la casa todavía visible en el yeso de alrededor. Junto al fregadero había una nevera, armarios y una puerta en la pared de enfrente. Una estufa estaba colocada en la pared a su derecha, con puertas a ambos lados, la más cercana daba al salón. La cocina entera no medía más de nueve metros cuadrados.

No se oía ningún sonido. Sólo el silencio de una casa vacía.

Mal se dirigió a la puerta situada al lado más alejado de la estufa. Conducía a un vestíbulo con una escalera a su izquierda y la puerta de la calle directamente frente a él.

Abrió la tercera puerta y miró dentro de lo que podía llamarse un armario o cuarto trastero que corría a todo lo largo de la cocina, pero tenía menos de un metro de anchura. Encendió la luz del techo para ver mejor. El armario era un muestrario de utensilios de limpieza,

maletas, botas, esquís, canastas de ropas y otros objetos diversos. En un extremo había una caldera de gas, un calentador de agua y un aparato de aire acondicionado; en el otro, ropa de invierno en bolsas colgadas de una barra. Se abrió paso por el interior y siguió observando atentamente. Dos almohadas y un calentador eléctrico en el estante interior; una caja de metal con candado que parecía el lugar más adecuado para guardar papeles, si es que guardaba algunos. Pero no su carta. Si la había conservado, lo más probable es que la tuviera en algún escritorio o en un cajón.

Abrió las tres piezas del suelo de maletas. Estaban vacías. No había nada más que pudiera interesarle. Apagó la luz y cerró la puerta.

Vio un pequeño escritorio en el vestíbulo. Mal lo registró rápidamente. Facturas domésticas, recibos de grandes almacenes, todos al día, sin las cartas de apremio a las que él estaba acostumbrado. Rebecca probablemente tenía para vivir bastante más que su salario.

Las pocas cartas que encontró eran bastante recientes. Una de una compañera de estudios —se enteró de que Rebecca había estudiado en la Universidad de Maryland— dos o tres de individuos de diferentes partes del país. Nada de su padre en Nebraska...; probablemente se telefoneaban en lugar de escribirse, el coste carecería de importancia para ellos. Una carta de una mujer de Vermont que parecía ser una antigua amiga de la familia que quería saber si iría a visitarla en el otoño para ver los árboles y que le enviaba saludos cariñosos del primo Bob.

¿Sería alguien a quien llamaba cariñosamente primo o uno auténtico por el lado paterno de la familia?

No había modo de saberlo. En el escritorio no encontró nada que ampliara su conocimiento de Rebecca Meade. Si guardaba las cartas antiguas, estaban en otro sitio. Por supuesto, aquél no era su domicilio permanente, se recordó a sí mismo. Todavía no, al menos. Llevaba poco tiempo viviendo allí.

Mal se dedicó a continuación a los estantes de libros. Sólo había libros y unos cuantos adornos, no vio cartas ni papeles de ningún tipo.

El cajón de la mesa contenía naipes y servilletas de papel.

Los cajones de los armarios de la cocina estaban completamente dedicados a las necesidades domésticas.

Subió al piso de arriba. Una media ventana en el descansillo daba sobre la fila de casas de la calle Charlton. La puerta de la izquierda conducía al dormitorio.

Mal hizo el inventario desde el umbral. Dos puertas en la pared de la derecha, una que daba al baño con un plato de ducha, la otra probablemente correspondía a un armario. Dos ventanas, una en

frente, la otra a un lado. Muebles de pino: cama, escritorio, un arcón bajo la ventana que daba a la calle, mesilla de noche con una lámpara y un teléfono junto a la cama, una silla. Eso era todo.

Dos objetos sobre el escritorio, unas fotos en un marco doble de bisagra y un joyero fueron los primeros en atraer su atención. Se acercó al escritorio para mirarlos más de cerca. Las fotografías mostraban una pareja de mediana edad, el 520 hombre llevaba gafas, la mujer tenía cabello rubio algo canoso. Los padres de Rebecca, pensó: el padre y la madre fallecida, la hermana de Sophie Tate.

El joyero contenía bisutería mezclada con unas cuantas piezas de mayor valor: un anillo de zafiros, un anticuado broche con pequeñas perlas y diamantes, un anticuado brazalete.

Se dirigió después a los cajones del mueble: ropa interior, camisones, suéters, cinturones, guantes, accesorios diversos.

El arcón contenía sábanas y mantas. El cajón de la mesilla era un revoltijo de objetos diversos. El armario ropero y el de las medicinas del cuarto de baño no contenía nada de interés. Los únicos papeles que encontró fueron una receta de carne a la Stroganoff y una lista de la compra en el cajón de la mesilla de noche. Si su carta estaba en la casa, debía de encontrarse en la caja metálica de abajo. ¿O quedarían todavía parte de las pertenencias de Rebecca en la casa de South Rutherford? Si fuera así, estaban tan fuera de su alcance como si estuvieran en la Luna.

Mal echó una última mirada al dormitorio. No había dejado huellas de su paso, pues había tenido los guantes puestos todo el tiempo; volvió a poner todo en su sitio tal como lo había encontrado.

Su reloj indicaba las once y cinco. Sería mejor que se marchara. Puesto que no sabía el horario de Rebecca Meade, había tentado demasiado a la suerte.

Bajó las escaleras y echó una última mirada alrededor antes de abrir la puerta de la calle, sólo un poco para mirar por la abertura. No había nadie en el patio ni pasando junto a la verja. Salió al escalón delantero, pero mantuvo abierta la puerta, su posibilidad de huida, cuando oyó voces en el otro lado del muro. Esperó con los ojos, fijos en el portón mientras dos chicas pasaban ante él. No vio a Helen, que salía de detrás de los arbustos y se desplazaba silenciosamente al interior.

Mal concedió tiempo a las dos jóvenes para que se alejaran a una cierta distancia, cerró la puerta y cruzó rápidamente el patio. Nadie le vio salir por la verja y bajar por la calle hasta donde había dejado el coche.

Se sentía de mal humor, con la sensación de que no había conseguido gran cosa a pesar de sus esfuerzos, ni siquiera su carta, por no mencionar algún tipo de información sobre Rebecca Meade.

Nunca podría pensar en ella como Becky. El nombre resultaba demasiado cariñoso para alguien que representaba una amenaza para su futuro entero.

No a causa de la carta; de eso podía olvidarse, se dijo mientras se alejaba en el coche. Si caía alguna vez en manos de la Policía él podría defenderse diciendo que hacía tanto tiempo que ya se le había olvidado al no obtener respuesta.

Lo que realmente importaba era la cita que había establecido con Rebecca. En cuanto recordara que era con él con quien había pensado encontrarse en el Club Calicó, se encontraría en una grave situación.

No podía comprender por qué no le había dicho por lo menos a la Policía algo respecto a esto. Quizá ya lo hubiera hecho; quizá estaba hablando con ellos en este mismo momento, intentando recordar su nombre. O, una nueva posibilidad, todavía no había mencionado el Club Calicó porque no quería admitir el estúpido jueguecito que había montado, enviando a su tía en su lugar.

Sea como fuere, no podría mantenerlo en secreto mucho tiempo más. Si no se lo pensaba mejor ella misma, la Policía lo haría en su lugar. Más tarde o más temprano, de algún modo, la verdad saldría a la luz..., a menos que él lo evitara.

Sólo había un medio de conseguirlo. Había sabido desde el principio que ella constituía su punto débil, la potencial fuente de peligro. Ahora que había regresado y había entregado la lista de citas a la Policía, el peligro se había agudizado.

Nunca sintió la menor duda en su mente de lo que haría si esto ocurría, si tenía que elegir entre Rebeca Meade y él mismo...

16

Becky no regresó aquel día a casa a las doce. Ella y otra amiga que trabajaba con el mismo horario en la biblioteca comieron juntas y tomaron el Capitol Beltway hasta el centro comercial más cercano. Estuvieron buscando entre las rebajas de fin de temporada y dos o tres almacenes y tiendas especializadas. A pesar de la baja situación de su cuenta bancaria, Becky se compró un par de sandalias que constituían una ganga irresistible. La otra chica sintió lo mismo por un vestido que estaba en liquidación. Luego estuvieron viendo la ropa de la nueva temporada, aunque no pudieron sentir demasiado interés por ella sabiendo que la temperatura en el exterior era de más de treinta grados.

Eran las cuatro cuando se separaron en Alexandria junto al aparcamiento donde Becky había dejado el Chevy. Le pareció oír nuevos ruidos en él al dirigirse a casa. Tendría que confiar en la suerte y esperar que le durara la semana hasta que le tuvieran reparado su coche.

Encontró sitio para aparcar delante de la verja. Dejó el coche allí en lugar de dar la vuelta a la calle Charlton y se dirigió a su apartamento deteniéndose para coger el correo del buzón; vio que sólo tenía un folleto de propaganda, antes de abrir la puerta con su llave. Se acordó de Helen y silbó para llamarlo, pero no apareció.

El teléfono sonó mientras cruzaba el umbral. Era un pretendiente pidiéndole que saliera con él.

Le contó lo de su trabajo nocturno en la biblioteca, pero el muchacho no se desanimó.

—Pasaré a buscarte después de las diez y tomaremos un par de copas en algún sitio. ¿Qué te parece mañana por la noche? Hoy tengo que ir a una reunión.

—¿Política? —preguntó Becky. El joven estudiaba derecho y ella sabía que se interesaba por la política.

—Ahora que lo mencionas, sí —replicó él, riendo.

—Muy bien. Quedamos a las diez y cuarto.

El le preguntó por sus vacaciones. Hablaron un poco más y luego colgaron.

Becky puso en marcha el aire acondicionado, parecía muy agobiante dentro, se dirigió a la cocina y se preparó una bebida fría. De pronto se sintió llena de cansancio y se sentó a la mesa de la cocina. El madrugón de por la mañana y el ir de compras había sido demasiado, pensó. Lo que necesitaba era una siesta. Subiría a acostarse y pondría el despertador a las cinco y media...

Pero toda idea de dormir se desvaneció cuando subió al piso de

arriba y vio a Helen instalado encima de su cama.

—¡Helen! —se quedó inmóvil en el umbral—. ¿Cómo has entrado en la casa?

Helen abrió un ojo, agitó la punta de la cola y volvió a dormirse.

Ella se lo quedó mirando incrédula. El gato sobre su cama… ¿Podría haberse metido dentro después que ella le sacara afuera por la mañana?

Volvió a repasar la secuencia de los acontecimientos. Cuando estuvo lista para salir, con el bolso bajo el brazo, había cogido a Helen, lo sacó afuera, se detuvo un momento en el escalón para asegurarse que la puerta estaba cerrada, mientras Helen se dirigía al banco de debajo del acebo, caminando con sus andares de Elsa-el-león.

Había habido ocasiones en que el gato había vuelto a colarse dentro, pero no esa mañana; conservaba una clara imagen del animal caminando hacia el banco mientras ella bajaba el escalón. No, no fue exactamente así. Se había dado media vuelta, pero fue sólo durante uno o dos segundos, para estirar la alfombra que estaba pillada con la puerta.

Ni siquiera tenía que pensar en si cerró bien la puerta una vez colocada la alfombra. Si no lo hubiera hecho y Helen hubiera sido capaz de empujarla para entrar, se habría encontrado la puerta entreabierta al llegar a casa. En lugar de eso, tuvo que abrir con la llave y darle un buen empujón para poder entrar. Era grande y pesada y a veces se atascaba cuando hacía calor como hoy.

Entonces, ¿cómo había entrado Helen?

Alguien le había abierto la puerta.

¿La señora Rankin? Tenía una llave de más para las emergencias, pero, que Becky supiera, nunca la había usado desde que ella era inquilina suya.

¿Podría haberse presentado hoy alguna emergencia?

Becky se dirigió al teléfono, buscó el número de su patrona y lo marcó.

La señora Rankin, que tenía setenta y tantos años y un marido inválido de quien ocuparse, guardaba bastante las distancias. El único contacto con Becky era cuando ésta acudía a pagar el alquiler.

—Por supuesto que no —replicó la señora Rankin cuando la joven le preguntó si había entrado en su apartamento aquel día—. No se me ocurriría semejante cosa, señorita Meade. ¿Por qué iba a hacerlo? —añadió molesta y sorprendida.

—Bueno, se me ocurrió que si algo se estropeaba… el calentador de agua o algo por el estilo… —la voz de Becky se fue debilitando con tono de disculpa.

—Si hubiera ocurrido una cosa así, y no sé cómo podría

enterarme a menos que usted me lo comunicara, le habría dejado una nota. ¿Le ha ocurrido algo al calentador de agua? —añadió la señora Rankin con el mismo tono inflexible.

—No, no es eso. Es sólo que me encontré a mi gato dentro cuando llegué a casa y yo lo había sacado antes de irme esta mañana.

—Bueno, ya sabe cómo son los gatos —la voz de la señora Rankin indicaba que Becky estaba armando jaleo por nada—. Debió de volver a entrar sin que usted se diera cuenta.

—Sí, señora; probablemente tiene razón —ahora lo único que quería Becky era poder colgar el teléfono—. Siento haberla molestado.

Colgó, se dirigió a las ventanas y comprobó que estaban cerradas. El cuarto de bañe» tenía una claraboya. Se subió para comprobarla también.

Luego se ocupó de las tres ventanas del piso de abajo. Todas estaban cerradas y no mostraban señales de haber sido manipuladas.

Una vez acabada la inspección, Becky, pensando vagamente en un antiguo inquilino que tuviera una llave de la casa todavía, permaneció en el medio del salón mirando a su alrededor preocupada. No parecía faltar nada...

Sus joyas, pensó de repente. El broche y el brazalete de la abuela Meade... Subió corriendo las escaleras.

No faltaba nada del joyero. Ningún ladrón había entrado allí.

Bueno, en realidad no creyó de verdad que hubiera entrado uno, ¿verdad?

No, realmente no. Pero aun así...

Miró a Helen.

—¿Cómo has entrado en la casa? —preguntó. El gato la miró con un parpadeo.

Al bajar las escaleras Becky se acordó del sargento Greer. Cualquier cosa, por poco importante que parezca, había dicho. Un gato dentro de la casa cuando debería estar fuera, entraría seguramente en ese apartado.

Se dirigió al teléfono.

Greer se encontraba en su despacho poniéndose al día con el papeleo. Lo apartó a un lado.

—¿Sí, señorita Meade?

—Creo que alguien ha entrado en mi casa. No sé cómo entraron, pero me parece que alguien ha estado aquí.

—Iré en seguida —dijo Greer.

Se presentó ante la puerta pocos minutos después. Ella había echado la cadena después de llamarle, algo que no solía hacer durante el día, pero de lo que sintió la necesidad al pensar en una presencia extraña violando su intimidad y la sensación de seguridad que había experimentado hasta hacía media hora.

La llamada de Greer a la puerta puso de relieve estos nuevos sentimientos. Dejó la cadena echada y miró para ver de quién se trataba en vez de abrir directamente, como hubiera hecho antes.

—¿Ve lo cuidadosa que soy? —dijo mientras le dejaba pasar.

—Buena idea.

Se sentaron en el salón. La historia de Becky empezó a sonarle un poco tonta a sus propios oídos a medida que la iba relatando o quizá fuera la disminución de su inquietud al ver la sólida figura masculina frente a ella; o era la luz del atardecer, que había llegado a la ventana lateral e iluminaba la habitación. Fuera lo que fuera, no podía expresar su propia certidumbre de que había sacado a Helen aquella mañana y que alguien, no sabía cómo, lo había dejado entrar después. Nada parecía fuera de su sitio, las joyas estaban intactas, ninguna señal de manipulación en la cerradura... ¿en qué se basaba?

Greer negó con la cabeza cuando ella sugirió la posibilidad de que un antiguo inquilino tuviera todavía una llave.

—¿Para qué iba a volver, a menos que pretendiera robar alguna cosa?

—Quizá para buscar algo que se hubiese dejado aquí —le refutó Becky rechazando ella misma esta sugerencia nada más hacerla—. Pero en ese caso avisaría a la patrona...

—Eso creo yo. Un lugar como éste, en una agradable vecindad, sólo se lo alquilaría a personas respetables, ¿verdad?

—Yo tuve que darle algunas referencias —concedió Becky.

—Bueno, vamos a echar un vistazo por aquí —dijo Greer.

Examinó las ventanas con más atención de lo que lo hiciera Becky, retirando algunas escamas de pintura como hiciera Mal Weston, al abrir la ventana de ella. La alfombra de agujas marrones le engañó al no retener ninguna pisada.

Cerró la ventana y le echó el pestillo y luego le preguntó a Becky si había comprobado el armario trastero. La joven hizo un gesto de negación.

Abrió la puerta y entró al tiempo que encendía la luz para poder echar una mirada al interior, empujando a un lado las bolsas de ropa colgadas de la barra que podrían ocultar a cualquiera que se escondiera tras ellas.

Se echó hacia atrás para dejarle sitio a Becky.

—¿Cree que le falta algo de aquí?

—Me parece que no.

Subieron al piso de arriba. El se quedó mirando pensativo sus joyas más valiosas.

—Cualquier ladrón se las llevaría.

—Lo sé.

Greer cerró el joyero. Su mirada se detuvo en la colcha, que casi

rozaba el suelo todo alrededor de la cama. La levantó como sin darle importancia y miró debajo.

Helen, enroscado encima de la almohada, le había estado dirigiendo una mirada hostil, como a un intruso, desde el momento en que entró en la habitación.

Lo de la colcha fue demasiado. Helen saltó al suelo y salió con andares majestuosos a buscar en otro lado el aislamiento al que tenía derecho. Un momento después un imperioso maullido flotó escaleras arriba.

—Será mejor que lo deje salir. No sé cuánto tiempo lleva aquí dentro —exclamó Becky.

Greer la siguió escaleras abajo. Mientras ella dejaba salir al gato, él le preguntó:

—¿Hay alguna probabilidad de que entrara con usted a la casa cuando llegó esta tarde?

—Ninguna en absoluto —replicó Becky con decisión..., Silbé para llamarle cuando abrí la puerta. No se le veía por ningún sitio... ya estaba dentro, por supuesto —le lanzó a Greer una mirada preocupada —. Usted cree que el gato se volvió a meter dentro disimuladamente cuando yo me fui esta mañana, sargento, pero sé que no fue así.

—Muéstreme cómo pasó todo.

Becky abrió la puerta, salió al exterior con Greer a su lado y atrajo hacia sí la puerta, pero sin cerrarla del todo. Luego volvió a abrirla, dio un paso atrás en el vestíbulo y repitió los movimientos de alisar la alfombra.

—¿Dónde estaba el gato cuando usted volvió a entrar adentro?

Ella señaló hacia el árbol del acebo.

—Se dirigía hacia allá.

—¿Cómo estaba de lejos cuando usted se dio media vuelta?

—Aproximadamente en la esquina del edificio.

Unos cuatro metros o así desde el escalón, calculó Greer. Pero los gatos pueden moverse con la velocidad del relámpago si les apetece. Pudo haber pasado como una centella junto a la joven mientras estaba ocupada arreglando la alfombra.

Greer comentó esta posibilidad cuando volvieron dentro. Becky dijo que no, no se tardaba tanto en alisar una alfombra. Pero su tono era menos seguro de lo que le hubiera gustado al cruzar por su mente la idea de que, a no ser por su visita de la noche pasada, ella ya habría aceptado esa teoría como la explicación más probable de la presencia del gato en la casa.

El sargento de Policía, con algunas pequeñas reservas, también aceptó esta solución y se marchó unos minutos después.

—¿Cree usted que esto pueda estar relacionado con ese caso en el que está trabajando? —le preguntó Becky en la puerta.

—No, señorita Meade, no lo creo. Como ya le dije antes, creo que el gato volvió a entrar esta mañana sin que usted se diera cuenta. Puesto que no podemos estar seguros al cien por cien, me gustaría sugerirle que siga teniendo cuidado durante los días siguientes. Eche la cadena a la puerta, compruebe de vez en cuando que las ventanas tienen los pestillos cerrados. No le abra la puerta a nadie tampoco, a menos que usted sepa de quién se trata. Además —añadió levantando la vista al aparato de luz—, yo le sugeriría que pusiera una luz más potente aquí fuera. Si quiere, yo se la puedo instalar ahora si tiene una bombilla disponible.

Becky trajo la más potente que tenía, una bombilla de cien watios. El sargento quitó la anterior, de setenta y cinco watios, casi quemada, e instaló la nueva.

—Así está mejor —dijo.

—Gracias. —Becky dudó mientras cogía la bombilla vieja y luego preguntó—. ¿No le parece que debería saber algo más de ese caso suyo, sargento, si estoy mezclada en él de alguna manera?

—Puede que sí, si yo creyera que tiene algo que ver con usted, pero no opino así. Sólo le estoy sugiriendo precauciones rutinarias, señorita Meade, que debería tomar siempre como algo habitual, especialmente viviendo aquí sola. Está un poco aislada, sabe.

—Hasta ahora yo lo había considerado más como intimidad —replicó Becky.

—Bueno, digamos que es ambas cosas. Sin embargo, no deje de llamarme, si surgiera algo que le preocupara. Mientras tanto, sólo como precaución extra, haré que el coche patrulla vigile especialmente su casa.

—Es una idea muy amable. Me hace sentirme mejor .Muchas gracias por venir —añadió ofreciéndole la mano.

—De nada. Es mi obligación. Recuérdelo, llámeme si surgiera la menor cosa..., aunque dudo mucho que ocurra.

Cuando se marchó, sus palabras tranquilizadoras dejaron a Becky con una sensación de estar segura y protegida, pero por debajo seguía notando un punto de inquietud por el tema de Helen.

Eran casi las cinco y media. Llamó al gato para que entrara y le dio de comer mientras su cena se calentaba en el horno. Le quedaba el tiempo justo para refrescarse un poco después de cenar y fregar los pocos platos que había utilizado.

Se detuvo en el umbral del salón antes de irse a trabajar. La luz del día estaba empezando a declinar en la habitación. Encendió una lámpara, cerró las contraventanas y luego se dirigió a la cocina para hacer lo mismo allí y encender el aplique de luz situado junto a la ventana y la lámpara de lectura de la mesa.

Helen estaba en la puerta. Becky le dejó salir, encendió la luz de

afuera y comprobó que la puerta estaba bien cerrada una vez que le había echado la llave.

No se dio cuenta de que Helen la había seguido a través de la verja hasta que le vio dirigirse a la casa de al lado. Los dueños, una pareja de mediana edad llamados Gould, estaban tomando unas copas en el patio. Eran unos vecinos más amables que la señora Rankin; cuando Becky logró dar alcance a Helen y lo levantó de los escalones, la señora Gould la llamó.

—¿Tienes tiempo para tomar una copa con nosotros, Becky?

—No, gracias. Tengo que estar en la biblioteca a las siete. Volveré a meter a Helen en el patio y me voy en seguida.

—No sé por qué te molestas —observó la señora Gould—. Trepa por encima de la verja siempre que le apetece. Esta mañana estaba en los escalones de la entrada cuando volví de compras.

Becky, que intentaba mantener sujeto al gato, que se debatía y silbaba, se detuvo en seco.

—¿Esta mañana, señora Gould? ¿A qué hora fue?

—Alrededor de las diez, diría yo.

—Está segura... ¡Ni siquiera se te ocurra morderme, animal horrible! —Becky golpeó a Helen con fuerza al ver que él se lanzaba contra su cara, ante lo cual, el gato cambió de táctica y le arañó el brazo con las zarpas y le hizo sangre.

—Vuelvo enseguida —gritó Becky, volvió a golpearle y corrió hacia la verja con Helen. Lo metió en el patio y volvió donde la señora Gould limpiándose la sangre del brazo por el camino.

—Sólo quería preguntarle si está completamente segura de la hora, señora Gould —explicó.

—Bueno, no al minuto exacto. Sin embargo, sé que salí de compras temprano, justo después de las nueve, así que debió de ser sobre las diez cuando Helen estuvo aquí.

—¿No pudo ser ayer cuando le vio?

—Desde luego que no. Ayer no salí de compras. Estuve fuera todo el día. Pero,

¿qué importancia tiene, Becky?

—Creí que lo había dejado encerrado dentro cuando me fui esta mañana. Al parecer estaba equivocada. Tengo que irme corriendo. Hasta luego.

En lo que estaba equivocada, pensó mientras se alejada en el Chevy, era en aceptar la teoría de Greer sobre cómo había entrado Helen en la casa, y en rechazar su propia certeza de que el gato estaba fuera cuando se marchó. Ahora tenía a la señora Gould para confirmarlo. Había ocurrido en algún momento entre las diez y la vuelta de Becky a casa alrededor de las cuatro.

—¿Qué diría Greer cuando se enterara?

Le llamaría desde la biblioteca.

Pero no pudo ponerse en contacto con él.

—Me temo que no podrá hacerlo hasta mañana por la mañana, señorita —dijo la telefonista—. Está libre de servicio y se ha ido a Richmond esta noche, según tengo entendido. ¿Desearía hablar con alguna otra persona?

Becky dudó. Pero, ¿cómo podría empezar a contar su historia sobre un gato que estaba dentro cuando debería haber estado fuera a un detective desconocido que no sabía nada del asunto.

—No, gracias —replicó.

—¿Desea dejar un mensaje, señorita?

—No, no es tan urgente. Volveré a llamar por la mañana.

Bueno, aquello era bastante cierto, pensó mientras colgaba el auricular. No era verdaderamente urgente el pequeño misterio sobre Helen. Sólo significaba que el sargento Greer podría empezar a pensar una nueva solución para él mañana en lugar de esta noche.

Era un pensamiento hostil, basado en el resentimiento de que no estuviera disponible inmediatamente. Lo rechazó. Cuando él le dijo que le llamara cuando quisiera, eso no significaba que fuera a permanecer pegado constantemente al teléfono. No podía imaginarse que ella fuera a llamar tan pronto.

La cuestión de Helen podía esperar hasta mañana.

17

Aquella chica le recordaba a Mal Weston a Rebecca Meade; por lo menos tenía el mismo tono de pelo, del color del maíz. Sin embargo, al mirarla más de cerca, comprendió que se trataba de un tinte, una decoloración o como se llamara para producir ese tono... o más bien una versión más burda que carecía de los brillantes reflejos del cabello de Rebecca Meade, que demostraban que era algo auténtico, una espléndida melena.

Esta chica tenía también los ojos azules; pero los suyos, a diferencia de Rebecca Meade, estaban profusamente maquillados. Tenía más o menos la misma estatura de Rebecca, un metro setenta, aunque por su mente volvió a cruzar el pensamiento de que Rebecca no había parecido tan alta delante de la biblioteca la noche anterior, y la misma constitución, le pareció también, al verla acercarse a la máquina de cigarrillos.

Ahí acababa el parecido. La chica tenía unos rasgos más toscos, una nariz respingona, mandíbula pesada y una boca ancha, de labios gruesos. Nadie pensaría que procedía del ambiente de clase alta que sugería la casa de la calle South Rutherford.

Eran sólo las siete de la tarde, demasiado pronto para ligar, pero la joven sentada a una mesa frente a Mal en un restaurante de la calle K, estaba buscando uno.

Ambos habían pedido la misma comida: el plato especial del día de un dólar cuarenta y cinco: chuleta de ternera con salsa de tomate, ensalada y una verdura, más el mismo extra, una botella de cerveza.

Eso le ofreció a la chica una oportunidad de entablar conversación mientras no dejaba de mirarle.

—Parece que a los dos nos ha dado por la chuleta de ternera —dijo ella con animación.

Mal tenía que matar todavía una hora. Ella parecía una conquista fácil que quizá le interesaría proseguir en otra ocasión.

—No es la chuleta de ternera; es que esta noche tengo que tener cuidado con la parte derecha del menú.

—Ah, es una de esas noches, ¿verdad? —rió la joven—. Las que hay que pasar hasta el día de cobro.

—En mi caso se trata de esperar la llegada del siguiente cheque de casa —su tono negligente indicaba que se trataba de una cantidad considerable.

—Caramba, qué suerte tienes. El único dinero que yo consigo es el que me gano.

—Pobrecita ella —exclamó Mal, pero la ironía pasó desapercibida.

—Oye, ¿te importa si cojo mi cena y me siento contigo? Me siento muy sola aquí sin nadie. Una de mis compañeras de habitación iba a reunirse conmigo, pero no ha podido venir.

—Por supuesto, ven aquí —dijo Mal.

No se ofreció para ayudarla mientras ella daba dos viajes llevando el plato y la servilleta de papel, el mantel individual, el bollo de pan, la mantequilla y la botella de cerveza.

La joven no pareció darse cuenta de ello o de que no mostró la cortesía de ponerse en pie cuando ella se deslizó en el asiento frente a él.

Le contó rápidamente muchas cosas sobre sí misma. Procedía de Parkesburg, Virginia; se había graduado en el instituto el año pasado y llevaba trabajando como mecanógrafa para la Comisión federal de comercio desde marzo. Vivía en Arlington, junto a la Ruta 50, compartiendo un apartamento, cuya renta ascendía a ciento ochenta al mes, con otras dos chicas.

—Pero nos sale a sólo sesenta cada una, sabes —le explicó como si él no pudiera hacer la operación de aritmética—. Además es un edificio antiguo, así que resulta bastante espacioso. Sall y Jean, son mis compañeras de piso, tienen un dormitorio verdaderamente grande y yo tengo el más pequeño para mí sola. Lo prefiero aunque tenga que pasar por la cocina para ir al cuarto de baño.

La historia de su vida le salía a borbotones en su afán por causar buena impresión en aquel joven tan atractivo que había logrado pescar.

Si Mal hubiera sido otro tipo de persona le habría resultado patética una chica sin mucha educación, ni inteligencia o personalidad, una mecanógrafa intentando conquistar a su hombre en una ciudad que rebosaba de jóvenes como ella.

Mal apenas la escuchaba. Le indicó a la camarera que trajera dos botellas más de cerveza.

—Apúntelas en mi nota —le dijo, haciéndole saber así a la joven que no iba a pagarle también la cena.

Pero ella se mostró encantada con aquel pequeño signo de progreso.

—No debería dejarte que me convidaras a una cerveza cuando ni siquiera sabemos nuestros nombres. Yo me llamo Patty Ann Bryant.

Le pegaba un nombre como aquél, pensó él mientras servía la cerveza de ella y luego la suya.

—Mal Weston —dijo. Levantó el vaso—. Salud, Patty Ann Bryant.

—Caramba, qué bien suena eso —dijo ella con una risita—. Suena a ensalada. ¿Qué significa?

—Es español —replicó él, preguntándose si podría aguantarla lo suficiente como para llevársela a la cama, lo cual no sería muy difícil

y si merecería la pena si lo lograba.

De pronto se imaginó a Rebecca Meade en su mesa de la sala de consultas la noche pasada, hablando con un estudiante. Su aire de buena educación añadía una cualidad especial a su belleza.

Zorra orgullosa y mentirosa que le había tratado como si fuera basura. Dios, cómo la odiaba...

—¿Mal significa Malcolm? —preguntó Patty Ann, pinchando las patatas fritas con el tenedor—. Dios, tenías ahora mismo una expresión de lo más rara..., como si estuvieras furioso o algo así.

—¿De veras? —forzó una sonrisa, relajando los músculos faciales que se habían tensado al pensar en Rebecca Meade.

—Eso está mejor. ¿Mal significa Malcolm?

—Sí.

—Ya me parecía a mí —Patty Ann movió la cabeza con satisfacción—. Era lo único que se me ocurría. Pero escucha, yo he sido la única que ha hablado. Ahora te toca a ti contarme algo de tu vida,

Mal. ¿De dónde eres?

—De Jefferson City, Missouri.

—¡Oh! ¿Qué estás haciendo en Washington?

—Soy escritor —no pudo resistirse a impresionarla aunque la consideraba como un número, una cretina indigna de su atención.

—¿Un escritor? Caramba —tenía los ojos muy abiertos—. No había conocido nunca a ninguno. Debes de saber un montón de cosas. ¿Fuiste a la universidad y todo lo demás?

—Sí.

—¿Qué clase de cosas escribes?

—Ahora estoy justamente investigando para una biografía de William Clarke Quantrill, un combatiente fronterizo en la guerra civil..., ¿o prefieres la guerra entre los Estados?

—Vaya —ella no dejaba de mirarle—. Quantrill. ¿Luchó por el Norte o por el Sur?

—Por el Sur. En Missouri y Kansas. Era un guerrillero. Algo así como John Hunt Morgan, si es que has oído hablar de él.

—Puede que en clase de historia —replicó ella con tono vago.

Clase de historia. A Mal se le secó la garganta con los recuerdos que aquello le traía. Tomó un trago de cerveza.

Clase de historia en la universidad: historia de América, 1850-1900. La señorita Downes, profesor auxiliar, intentando dejarle en ridículo por su defensa de Quantrill.

«Señor Weston, si puede nombrarme a algún historiador de prestigio que haya intentado alguna vez comparar las cargas de caballería del general Morgan —y no es que yo tampoco sea una gran admiradora de éste— con el rastro de sangre, asesinato y robo que fue

la carga distintiva de Quantrill y su banda de forajidos, estaría interesada en enterarme.»

La señorita Downes apuntó hacia él su nariz ganchuda y adoptó una expresión de expectante curiosidad mientras esperaba su respuesta, interrumpiéndole cuando empezó a citar a un escritor de la época del propio Quantrill.

«No, señor Weston, ninguna justificación contemporánea o glorificación. Le estoy pidiendo el nombre de algún historiador que haya llevado la perspectiva de un período posterior a su valoración de Quantrill. ¿Puede darme ese nombre, señor Weston?»

No pudo. No sabía tantas cosas de Quantrill entonces. Lo había convertido en su héroe, pero no podía citar un historiador que le hubiera alabado.

«Santo cielo, señor Weston, ¿cuánto tiempo va a tenernos esperando?

La clase rió. Y rió.

Hubiera deseado matar a aquella vieja vaca allí mismo; la habría estrangulado con la trenza de pelo rojo que llevaba alrededor de la cabeza; la hubiera matado a golpes con sus propios puños.

Casi podía ver la sonrisita enfermiza que debía presentar él mismo mientras rechazaba las imbéciles observaciones de la profesora.

Cuando su libro se publicara y la reputasión de Quantrill quedara libre de todo el barro que le habían lanzado durante todos estos años, Mal sentiría un enorme placer en meter un ejemplar por la garganta de la señorita Downes.

—¿Tienes escrito mucho ya del libro? —preguntó Patty Ann, intentando parecer muy entendida.

—¿No acabo de decirte que estoy realizando la investigación? —replicó Mal con impaciencia—. No es algo que se pueda hacer de la noche a la mañana; hay que leer y tomar notas, pasarlas a máquina, hacer un índice y referencias cruzadas para uso posterior.

—Oh, ya comprendo —Patty Ann, que se encontraba perdida, buscó un terreno más seguro—. Apuesto a que tu familia está muy orgullosa de ti. ¿Tienes hermanos o hermanas?

—No.

—¿Sólo tu padre y tu madre, entonces?

—Ambos están muertos.

Puede que efectivamente lo estuvieran. Sólo estaba seguro respecto de su padre, el terrible aburrimiento del peregrinaje anual a su tumba un domingo cercano al Día de los Difuntos; una de sus tías llevando un geranio para que él lo colocara delante de la lápida de piedra barata que decía James Malcolm Weston, 1913-1948. Las tías de Mal, las hermanas de su padre, las señoritas Weston, una divorciada desde hacía mucho tiempo que había vuelto a adaptar su

nombre de soltera, y la otra, que no se había casado nunca, permanecían junto a la tumba con caras largas y lanzando suspiros mientras Mal colocaba la planta y se removía inquieto y sudoroso con la chaqueta que le obligaban a llevar como si estuvieran en la iglesia.

El sol siempre caía de plano; no recordaba ni un solo domingo gris o lluvia refrescante asociada con ese viaje. Después de permanecer allí unos minutos, venía el trayecto de regreso por la carretera polvorienta hasta el pueblo y la espera delante del «drugstore», cerrado en domingo, hasta que llagaba el autobús.

A veces, mientras esperaban, alguien conocido de sus tías se detenía a charlar con ellas. Mal sólo veía el estúpido pueblecito cociéndose al sol y una conversación de adultos que le resultaba incomprensible.

Excepto por la nota especial que aparecía en sus voces cuando le mencionaban: «Así que éste es el niño de Jim. Crece como la mala hierba, ¿verdad?»

El niño de Jim. Tenía nueve o diez años cuando descubrió, escuchando las conversaciones de sus tías (el único medio que tuvo nunca para enterarse de algo sobre sus padres que tuviera una palabra de verdad), por qué su presencia provocaba un tono especial en las voces de la gente del pueblo. Cuando Mal tenía dos años, su madre se fugó con un dependiente de comestibles, dejando atrás a su esposo y a su hijo; nunca se había vuelto a saber de ella, ni viva ni muerta. El padre de Mal se había apresurado a dejarle el niño a sus hermanas y encontrado consuelo en el alcohol. Cuando Mal tenía cinco años, su padre, completamente borracho, se había dirigido una noche al riachuelo cercano a su diminuta granja, se cayó y se ahogó.

Según dedujo Mal, todo era culpa de su madre. Había sido la ruina de su padre, no fue buena con nadie, estaba embarazada de cinco meses cuando consiguió que su padre se casara con ella; teniendo en cuenta su moralidad, sólo Dios sabía si él era el único responsable de su situación.

Pero no era cristiano hablar de este tema, solía decirle una de las tías a la otra. Tenían que suponer que Mal era el hijo de Jim, su sobrino, y hacer todo lo que pudieran por él; era la cruz que Dios les había enviado.

Eran muy piadosas sus tías.

Las odiaba .Odiaba al hombre cuyo nombre llevaba; al débil, fracasado, puede que cornudo, que era su padre legal. Odiaba a su madre, la ramera que le había abandonado sin una mirada atrás. Esperaba que estuviera muerta y en el ardiente infierno con el que sus piadosas tías le habían amenazado desde que era un niño.

—Oh, qué pena —dijo Patty Ann refiriéndose a sus padres—. Entonces no tienes ninguna familia, ¿verdad?

—Bueno, dos tías que me han criado. Tienen un poco de dinero, así que en eso tengo suerte.

Suerte. Una peluquería de mala muerte, un piso inmundo al que llamaban hogar, una vida de mala muerte.

Mal se terminó la cerveza y miró el reloj. Las ocho menos cuarto.

—Tengo que irme.

—¿De veras que tienes que marcharte? —la desilusión se reflejaba en su cara, redonda y estúpida.

«Qué imbécil», pensó Mal Weston cogiendo su cuenta.

—Hasta pronto.

Pero ella no se daba por vencida tan fácilmente. Le agarró del brazo y se puso en pie.

—Espera un minuto. Si estás libre luego más tarde, mis compañeras de piso y yo vamos a dar una pequeña fiesta y me encantaría que vinieras. Es un T T B, ya sabes, trae tu botella, una fiesta abierta —buscó en su bolsillo un cuaderno y lápiz—. Te escribiré la dirección para que no se te olvide...

El dejó que le pusiera el trozo de papel en la mano. Puede que no fuera una mala idea el dejarse caer por allí más tarde...

Una fiesta abierta, gente entrando, saliendo y bebiendo. ¿Quién se iba a fijar en la hora en que llegaba, excepto aquella chica que se pegaba a él? Podría convencerla de que había llegado antes, lo que quisiera...

Era cuestión de prever las cosas. Al parecer, Rebecca Meade había destruido su carta, pero su nombre seguía en la lista de citas que le había entregado a la Policía.

—Parece divertido —dijo, metiéndose el trozo de papel en el bolsillo—. Tengo un montón de trabajo previsto para esta noche, pero intentaré ir.

—Sí, hazlo. Me encantaría que vinieras, aunque sea tarde. Inténtalo.

—Haré lo que pueda.

Pagó su nota en la puerta y le hizo un gesto a Patty Ann, quien agitó los dedos diciéndole adiós.

«Qué pesada, qué estúpida», pensó mientras se alejaba.

18

Un coche patrulla de la policía se detuvo frente al apartamento de Becky, al otro lado de la calle, a las nueve de aquella noche. Simpson, el agente que conducía, se bajó del vehículo. Cruzó para comprobar la dirección, abrió la verja y entró en el patio con la linterna encendida.

Comprobó primero la puerta y llamó al encontrarla cerrada, por si acaso la joven que vivía allí, R. MEADE decía la placa, estuviera en casa y le oyera moverse afuera.

No hubo respuesta. Le habían dicho que no regresaría a casa hasta después de las diez. Tenía que volver entonces y asegurarse de que entraba en la casa sin novedad.

Las tres ventanas de abajo estaban cerradas. Sólo un fino anillo de luz se filtraba alrededor de dos de ellas, pero en la ventana empotrada de la parte de atrás las contraventanas no estaban tan bien cerradas. Pudo mirar a través de una rendija hasta la mitad de la cocina, con una lámpara de pared que formaba un charco de luz sobre la mesa situada bajo la ventana. La habitación presentaba un ordenado aspecto vacío. Las puertas de la derecha estaban abiertas; la situada frente a la ventana se veía cerrada.

Simpson dio la vuelta por el patio, enfocando la luz contra cualquier recoveco o esquina que pudiera proporcionar un escondite. Lo único que encontró fue un gran gato amarillo, que corrió a esconderse tras un arbusto..

Una vez completado el recorrido se marchó, cerrando cuidadosamente la verja al salir. Cuando regresó al coche-patrulla informó al cuartel central que había inspeccionado las instalaciones del 218 de la calle North Hanover. Cuando su mensaje fue aceptado, dijo «Diez-cuatro», colgó el micrófono y continuó su patrulla con la radio conectada muy baja.

A las diez y cuarto estaba de regreso ante la puerta de la calle North Hanover procedente de la dirección opuesta. Esta vez, al no disponer de espacio para aparcar junto al bordillo, se situó en doble fila frente al portón.

Becky se lo encontró esperándola cuando dio la vuelta a la esquina de la calle Charlton. Al parecer, el sargento Greer era hombre de palabra en hacer que el coche-patrulla echara un vistazo a la casa. Volvió a perdonarle que se hubiera marchado a Richmond.

—¿Señorita Meade? —Simpson se bajó del coche cuando ella se aproximó a la verja.

—Sí.

—¿Está todo bien?

Becky le sonrió; era un joven no mucho mayor que ella, con

aspecto cuidado y servicial.

—Que yo sepa, sí, oficial.

—Bueno, si no le importa, voy a echar otra mirada por aquí —dijo mientras abría la verja para dejarla pasar.

Becky esperó en el umbral mientras él inspeccionaba el patio y luego se acercó adonde se encontraba, con Helen siguiéndole los pasos a cierta distancia.

—Por aquí todo está bien, señorita Meade. ¿Quiere que mire dentro?

Becky pensó que aquello sería demasiado. Se encontraría tonta haciéndole mirar en armarios y debajo de la cama...; pero, por otra parte, la perspectiva de meterse en una casa vacía sin saber todavía cómo había entrado Helen antes era un poco intranquilizadora.

Al abrir la puerta encontró un término medio.

—No creo que eso sea necesario, pero le agradecería si quisiera esperar en el vestíbulo mientras yo echo una mirada por el interior.

—Con mucho gusto, señorita.

Simpson no estaba casado y era susceptible a las rubias. «Esta —pensó—, con su espléndido cabello brillante y grandes ojos azules, es exactamente mi tipo.»

La siguió al vestíbulo mientras Helen se deslizaba por delante de él.

—Sólo tardaré un minuto.

Becky desapareció dentro de la cocina. El policía oyó la puerta que se abría y cerraba. Si ese era el armario trastero que había visto en su primera inspección, no lo estaba registrando muy a fondo. Quizá no fuera necesario. Puede que fuera tan pequeño que bastara una mirada rápida.

La joven entró al salón por la otra puerta, echó una mirada y pasó a su lado en dirección a las escaleras, dejando un leve aroma a perfume detrás de ella.

—Un minuto más —dijo empezando a subir.

—No tenga prisa, señorita Meade. Mire con calma.

Escuchó en el piso de arriba los pasos de la joven y se dejó llevar imaginando que ella gritaba que había alguien arriba escondido en el armario y él actuaba como un héroe, salvándola del peligro.

Helen, sentado muy erguido en el salón, le contemplaba con mirada hostil.

—Gato grande y amarillo con esos ojos malignos y zarpas increíbles, ¿quién te está molestando? —dijo en voz muy baja.

Helen no movió un pelo del bigote y siguió mirándole. Simpson no tenía nada contra los gatos, pero no le gustaba aquel. ¿Por qué lo tendría la señorita Meade? Una chica tan agradable como ella debería tener un gato amable.

Helen, sin apartar los ojos de él, saltó de la silla. Simpson le hizo un gesto de burla llevándose la mano a la nariz, pero se detuvo en seco al oír los pasos de Becky en el descansillo.

—Todo está en orden —dijo mientras bajaba corriendo las escaleras.

—¿Miró verdaderamente bien? —preguntó para prolongar el encuentro. ¿Debajo de la cama y todo eso?

—Por supuesto que sí. Aunque me hizo sentirme un poco tonta, sin embargo —rió y le ofreció la mano—. Gracias por estar aquí.

—Ha sido un placer, señorita Meade.

«Incluso tiene las manos bonitas —pensó mientras se la estrechaba—. Piel delicada, dedos largos y delgados...»

—Bueno, creo que será mejor que vuelva al coche —contuvo un suspiro y se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches, señorita Meade.

—Buenas noches y gracias otra vez.

Becky cerró la puerta tras él y echó la cadena. Se sentía contenta de que hubiera estado allí. Ahora podía admitir ante sí misma que se había sentido un poco nerviosa toda la tarde ante la idea de tener que volver sola. No lo bastante como para pedirle a alguna de las chicas que la acompañara a casa, pero aun así, un poco inquieta.

—¿Qué te ha parecido el amable policía, Helen? —preguntó camino del salón. Su voz se hizo más aguda—. ¿Qué estás haciendo en ese sillón? Sabes que te está prohibido. Bájate inmediatamente.

Helen se bajó sin ningún apresuramiento, queriendo dar la impresión de que iba a hacerlo de todos modos.

—Creo que me voy a tomar una copa —dijo Becky dirigiéndose a la cocina—. No, no hay nada para ti, Helen. No necesitas un aperitivo. Ya estás bastante gordo. Quédate aquí.

Helen obedeció. Ya se había tomado un aperitivo afuera, antes de que oscureciera: una desafortunada ardilla listada que se aventuró fuera de su nido en la pared.

Becky se preparó la bebida y se la llevó al salón. La casa parecía muy silenciosa. ¿Y si conectaba el estéreo o el televisor? Mejor no. Se puso a hablar con Helen mientras sorbía la bebida. Aquello se había convertido en una costumbre desde el día, desafortunado decía ella, en que había acogido al gato.

Eran casi las once cuando se terminó la copa. Sin embargo, no sentía sueño, a pesar de que se había levantado temprano, a las seis y media, y de todas las cosas ocurridas desde entonces.

«De todos modos será mejor irse a la cama», pensó. Se llevó el vaso a la cocina y encendió la lámpara de allí. Al día siguiente volvería tarde con Don. Se subiría con algún libro, algún resto de la clase de literatura que le ayudara a quedarse dormida.

Elsie Venner le llamó la atención al recorrer con la mirada las

estanterías. Por lo que recordaba, le haría quedarse dormida inmediatamente.

Helen se había ido a la cocina. Becky silbó para llamarlo mientras apagaba las luces del salón y encendía la de lo alto de las escaleras.

AI empezar a subirlas, con el gato pisándole los talones, se acordó de la luz de afuera. ¿La había apagado? Abrió la puerta para comprobarlo.

No; pero, pensándolo bien, la dejaría encendida.

Permaneció un momento en el umbral, contemplando el patio silencioso. El aire era suave, con la blandura aterciopelada de una noche veraniega de Virginia.

Cerró la puerta y echó la cadena. El silencio la envolvió al subir las escaleras hacia su cuarto, roto tan sólo por el crujido del segundo escalón y el leve rechinar del séptimo .Uno de estos días, se dijo a sí misma, y no por primera vez, encontraría alguna alfombra de oferta y taparía los viejos escalones desgastados.

Pronto terminó su rutina diaria de desvestirse, lavarse, limpiarse los dientes y ponerse crema en la cara. Se metió en la cama. Helen saltó para reunirse con ella, pero gruñó con enfado al ver que Becky cogía la otra almohada, la suya, para estar más cómoda mientras leía.

El aire acondicionado se puso en marcha con un lejano murmullo desde el armario de la cocina.

Becky abrió Elsie Venner, leyó el tranquilo principio, volvió la página...

Al final del primer capítulo, Oliver Wendell Holmes empezó a ejercer un efecto soporífero. Una página o dos más y los ojos de Becky empezaron a cerrarse. Otra más y quitó la almohada extra de debajo de su cabeza, apagó la luz de la mesilla y dejó que el libro se deslizara hasta el suelo.

Helen se enroscó en su almohada todo lo pegado a Beck que podía, ronroneando suavemente hasta que se quedó dormido.

Para Becky, el sueño desapareció perversamente en el momento en que apagó las luces y cerró los ojos.

Cuando cesó el ronroneo de Helen había otros sonidos que escuchar: coches que pasaban de vez en cuando; el débil eco de la televisión de los Rankin, procedente de la parte principal de la casa; un perro que ladraba a lo lejos; voces afuera, en casa de los Gould, pensó; la portezuela de un coche al cerrarse; el coche que arrancaba...

Becky abrió los ojos. La habitación estaba demasiado oscura. Se levantó y abrió las contraventanas. Así estaba mejor. No, entraba demasiada luz por la ventana de la calle debido a la lámpara que dejara encendida afuera. Mejor cerrar esas contraventanas. La ventana lateral dejaba entrar toda la luz que necesitaba, la suficiente para distinguir los contornos de los muebles, la puerta entreabierta del

cuarto de baño, Helen enroscado encima de la almohada, como una mancha clara contra la madera oscura del cabecero.

La televisión de los Rankin se apagó justo cuando Becky volvía a meterse en la cama. Eso significaba que se habían terminado las noticias. Todas las noches oían las de las once y apagaban inmediatamente el televisor. Resultaba deprimente pensar los prisioneros que eran de la rutina. Le daría una alegría oír que un día la dejaban encendida para ver una película o algo así. Y no es que tuvieran que levantarse temprano para ir a trabajar. Podían dormir hasta tan tarde como quisieran.

Helen se acercó más, un peso caliente y peludo contra el brazo de Becky.

¿Cómo habría entrado hoy en la casa?

Lo primero que haría por la mañana sería llamar a Greer. Había sido muy amable por su parte enviar a ese policía joven. Además, era muy simpático...

Hacía un calor insoportable detrás de las bolsas de ropa en el armario de la cocina. Cuando Mal Weston las apartó hacia un lado, le pareció que llevaba horas detrás de ellas. La primera vez, un breve intervalo en realidad, fue cuando oyó a alguien llamar a la puerta, probablemente algún amigo de Rebecca Meade que no sabía que esa noche estaba trabajando. La segunda vez fue cuando oyó abrirse la puerta y voces en el vestíbulo.

Después pasó un rato muy malo al notar que la joven abría el armario por la razón que fuera, encendía la luz del interior, volvía a apagarla inmediatamente y cerraba la puerta.

Alguien había llegado a la casa con ella; de vez en cuando oía una voz masculina en la lejanía. Pero con el aire acondicionado funcionando y la puerta del armario cerrada no podía distinguir ni una sola palabra de lo que hablaban.

Oyó cerrarse y abrirse la puerta de la calle, pero siguió oyendo la voz de la joven. «Ha traído a casa a más de una persona», pensó.

Le pareció una eternidad hasta que se apagó la línea de luz que brillaba bajo la puerta del armario. Oyó un silbido, no sabía para qué, y la puerta principal, que volvía a abrirse y cerrarse. Alguien más, el último de los invitados quizá, que se marchaba.

Así parecía. El siguiente sonido que oyó fueron pasos en el piso de arriba. Se iba a meter en la cama.

Entonces fue cuando Mal salió con cuidado de su escondite, limpiándose el sudor de la cara, y abrió un resquicio la puerta del armario.

Sus ojos se encontraron con la oscuridad, pero cuando se volvió hacia el vestíbulo pudo ver luz arriba de las escaleras. Salió a la cocina y permaneció quieto y silencioso, escuchando.

Unos débiles sonidos, ¿voces o qué?, llegaban de la parte principal de la casa. Todavía había alguien levantado. No tenía prisa.

Esperó. La luz siguió encendida arriba. Moviéndose silenciosamente con las zapatillas deportivas que llevaba fue avanzando hasta el vestíbulo.

Una página crujió. Rebecca estaba leyendo en la cama. Pero justo cuando estaba interpretando este sonido, la luz se apagó y la oyó dejar el libro.

Retrocedió hasta la cocina, escuchando los mismos sonidos exteriores que oía Becky: coches que pasaban, el ladrido del perro, el repentino silencio de la otra parte de la casa.

Siguió esperando. Le dejaría tiempo de sobra para quedarse dormida.

Tengo que dormirme, pensó Becky. Tengo que hacerlo. Si no, mañana estaré rendida; pareceré un zombi, mañana por la noche, cuando salga con Don, bostezando en su propia cara cuando empiece a contarme lo de la reunión política a la que ha ido esta noche. A veces se pone muy pesado con eso de la política, pero, al fin y al cabo, la gente debe entusiarmarse con algo. Pero, ¿hasta qué punto? Si me casara con Don sería una de esas "viudas políticas”. Sé que si me casara con Mike Blair sería una "viuda del golf”. Pero si me casara con alguien que estuviera todo el día en la casa sería todavía peor. Un término medio es la mejor solución con todas las aficiones...

Becky perdió el hilo de sus pensamientos, cayendo hacia el sueño. Otro minuto más y se quedaría dormida...

Un sonido la volvió a la realidad, con los ojos muy abiertos, totalmente despierta. Era un sonido que conocía muy bien: el crujido del segundo escalón empezando por abajo.

Lentamente, con cuidado, se sentó en la cama, esforzándose por oír sobre los latidos de su corazón y volviéndose hacia el óvalo oscuro de la puerta.

Silencio total. Pero sus nervios no se dejaron engañar. Se tensaron, espoleados todos y cada uno de ellos por la certeza de que había alguien en las escaleras.

Becky se bajó con cuidado de la cama, reteniendo el aliento mientras Helen se deslizaba encima de su almohada, pero no lanzó ningún maullido de queja. Estaba profundamente dormido.

Becky dio la vuelta al piecero de la cama encorvada, temerosa de que su silueta se recortara contra la débil luz de la ventana lateral. Otro crujido, no tan fuerte como el primero, la detuvo en seco junto al poste de la cama. Era el séptimo escalón. Tres más y el giro de la barandilla dejaría su puerta a la vista.

No podía respirar. Tuvo que hacer un esfuerzo para que sus dedos soltaran el poste de la cama y sus piernas temblorosas la llevaran los

pocos pasos hasta la puerta.

Se escondió detrás de ella; era el único refugio posible en la habitación.

No supo cuánto tiempo permaneció allí apoyada contra la pared, helada de miedo, con los dientes apretados para impedir que le castañetearan. Sintió más que oyó a alguien en el descansillo en lo alto de las escaleras. Un soplo de movimiento dentro de la habitación fue el siguiente sonido que llegó a sus oídos. Vio la alta figura de un hombre, una sombra más oscura entre las sombras, que se deslizaba junto a los pies de la cama llevando algo en las manos, ¿una almohada...?

Sus ojos siguieron el avance de la sombra hacia el lado más alejado de la cama, donde ella dormía, en el que Helen, enroscado como una bola sobre su almohada, justo encima del embozo, parecía a la débil luz casi como una persona dormida.

Mal Weston creyó que lo era. Dejó caer con fuerza la almohada encima de Helen y él se arrojó encima.

Becky salió como una centella de detrás de la puerta y se precipitó hacia las escaleras. Los apagados aullidos de Helen y los juramentos de Mal resonaron tras ella. Los del hombre aumentaron de potencia al soltar la almohada y sentir al ofendido gato que le arañaba antes de saltar de la cama y refugiarse debajo de ella en busca de protección.

Las zarpas de Helen, al retrasar la persecución, dieron a Becky los segundos de margen necesarios para descorrer la cadena, abrir la puerta y salir corriendo al patio pidiendo auxilio.

Mal la alcanzó al llegar a la verja. Le puso una mano sobre la boca para hacerla callar y con la otra la agarró por la garganta. Pero era demasiado tarde. Los Gould, que estaban tomando una última copa en el patio, llegaron corriendo de su casa. En el mismo momento un coche que se acercaba aminoró la marcha y frenó del todo mientras sus faros iluminaban la escena junto a la verja. Becky, que luchaba por liberarse, logró por fin ver el rostro de su asaltante, el rostro del hombre que la noche anterior se la había quedado mirando en la biblioteca.

Mal la empujó a un lado, abrió la verja y dio vuelta corriendo a la esquina de la calle Charlton.

Su coche estaba aparcado a manzana y media de allí. Si pudiera llegar a él, pensó, antes de que el conductor entrometido que se había detenido frente a la casa de Rebecca tuviera la idea de perseguirle en su coche, estaría. a salvo.

Pero la suerte de Mal se terminó en la manzana siguiente con su coche a la vista.

Ni siquiera vio al agente Simpson, aparcado a la vuelta de la

esquina en el cruce, con los faros a media luz y transmitiendo su informe al cuartel general.

Simpson sí le vio: un hombre corriendo, una situación sospechosa a esa hora de la noche. Enfocó la luz hacia Mal, abrió la ventanilla del coche y le ordenó que se detuviera.

Mal se lanzó de cabeza a su coche, puso en marcha el motor y salió a toda marcha.

Simpson se fue detrás con la sirena a toda potencia, la luz del techo lanzando destellos, transmitiendo mientras conducía la descripción del vehículo de Mal, la dirección que había tomado y pidiendo ayuda para poder detenerlo.

Becky seguía caída en el suelo cuando los Gould y el conductor del automóvil entraron corriendo en el patio. La ayudaron a ponerse en pie; todos preguntaban al mismo tiempo lo que había ocurrido y si estaba herida.

—No, estoy bien —sollozó Becky sobre el hombro de la señora Gould—. Estoy bien. Ese hombre... vino a la biblioteca anoche, pero... no le había visto nunca antes en mi vida...

Interrumpió su incoherente explicación, se aferró a la señora Gould y preguntó: —¿Está bien Helen? El hombre tenía una almohada... para asfixiarlo con ella... sólo que se creyó que era yo...

La señora Gould intentó tranquilizarla y la llevó hacia la casa, mientras el señor Gould y el conductor del coche se adelantaban para llamar a la Policía.

Helen, agitando la cola, con cada pelo de su cuerpo erizado de indignación, salió por la puerta.

—Ya lo ves, Becky —dijo la señora Gould—. Helen está bien. Aquí viene.

Becky corrió hacia él.

—¡Oh, Helen! ¡Pobrecito mío!

Se agachó para acariciarlo. Helen silbó con furia, mordió la mano que se disponía a rozarlo y se perdió entre los arbustos.

Créditos

Título original: *Do not fold, spindle or mutilate*

Doris Miles Disney, 1970

Traducción: Ángeles Ortega

Editorial Forum: 1983

ISBN: 84-85604-90-3

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford / Rbear*** en *ExVagos*

Convertido a Doc con AVS Converter

Retoques de conversión con Word

Convertido a HTML con Word

Convertido a QED con QualityEbook

Retoques de QED con Notepad++

Convertido a FB2 con QualityEbook

Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura